

MEDITAR EN LA PASIÓN DE JESÚS



P. Luis de San Carlos, C. P.

LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

EXPUESTA AL PUEBLO

SEGÚN LOS EVANGELIOS Y LA TRADICIÓN



**Traducción del
R. P. ISIDORO DE SAN PEDRO**

**"EI PASIONARIO"
SANTANDER, APARTADO 67
1928**

M É T O D O

PARA MEDITAR LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Al leer este librito, hermano, no te debes contentar con saber solamente cuánto ha padecido Jesús. Te será, por el contrario, mucho más provechoso, si después de haber leído uno o más puntos, te detienes un poco de tiempo a meditar sus acerbísimos dolores. Entonces penetrarán bien estas penas en tu mente y en tu corazón, y tu espíritu quedará como empapado por el sentimiento de la Pasión de Jesús.

Pero quizás seas de esas personas que frecuentemente se preguntan a sí mismas: *¿Cómo voy a meditar, yo que no soy capaz y no sé ni conozco el modo?*. . . Ante todo no creas que para meditar se requieren cualidades extraordinarias. No, para meditar bien, no se requiere ni gran capacidad ni talentos ni estudio ni hermosos pensamientos ni luces extraordinarias ni grandes ardores ni gustos sensibles sobre los misterios o sobre las verdades que se meditan, sino solamente una voluntad buena, que desea eficazmente su propia salvación, y una humildad sincera, que conozca sus necesidades. En pocas palabras: basta tener las cualidades de un pobre que conoce y está penetrado íntimamente del sentimiento de su extrema miseria. . .

Ahora bien, ¿hay cosa más fácil que presentarse con estas disposiciones? Luego, el motivo de tu incapacidad es un pretexto vano, del cual hermano, no debes dejarte dominar.

¿Qué cosa es la meditación? La meditación no es otra cosa que el ejercicio de las tres potencias del alma, esto es, de la *memoria*, del *entendimiento* y de la *voluntad* sobre cualquier verdad de nuestra santa fe. Para el que quiera meditar la Pasión del Señor, la meditación es el ejercicio de las citadas tres potencias sobre cualquier punto de la Pasión. La *memoria* nos

recordará los padecimientos de Jesús, el *entendimiento* nos los hará conocer, la *voluntad*, a la consideración de esos padecimientos, prorrumpirá en santos afectos y buenas resoluciones.

¿En cuántas partes se divide? Se puede dividir en tres partes; *preparación*, *meditación* propiamente dicha y *conclusión*. Una palabra de explicación sobre cada una de ellas.

Preparación. Consiste en disponer el alma a meditar; puede ser remota o próxima. La preparación remota es cuando el alma, antes de ponerse a mediar, aún durante sus ocupaciones diarias, piensa y establece el *punto* que va a mediar, el fruto que quiere deducir, el *tiempo* y el *lugar* más oportuno y adecuado para hacer con fruto la meditación. Muchos no meditan bien porque descuidan esta preparación remota, resultando de ello que en el momento de meditar no saben sobre qué punto han de fijar la atención. La preparación *próxima* es la que se hace inmediatamente antes de considerar el punto preestablecido, el cual consiste en los actos siguientes: 1. Invocación al Espíritu Santo; 2. Acto de fe; 3. Acto de humildad; 4. Acto de adoración; 5. Acto de arrepentimiento; 6. Acto de oración o súplica. La preparación debe ser breve y proporcionada al tiempo que se quiere dedicar a la meditación; en general basta emplear cinco o diez minutos. En el *Ejemplo Práctico* se hallarán los breves sentimientos que se pueden expresar al hacer cada uno de los actos.

Meditación. Es la parte más importante y la que da el nombre a la oración mental. Aquí es donde propiamente se ponen en ejercicio la *memoria*, el *entendimiento* y la *voluntad*. La *memoria*, recordando, reconstruye el hecho de la Pasión que vamos a meditar; la *memoria* hace aquí la llamada *composición de lugar*. Para conseguirlo más fácilmente podemos leer uno o más puntos de este librito relativos a la materia prefijada. No es necesario detenerse mucho; basta representarse el hecho con las

principales circunstancias, sin detenerse en minuciosas descripciones. Hecho esto, el entendimiento hace sobre la materia sus reflexiones, naturales, sencillas, que broten espontáneamente por sí mismas de lo que tienes presente en la memoria. Al meditar en la Pasión del Señor, es muy útil recordar las siguientes preguntas y escuchar las respuestas que nos da la fe, a saber: 1. ¿Quién padece?; 2. ¿Qué cosa padece?; 3. ¿Por quién padece?; 4. ¿Cómo padece?

Estas preguntas te darán abundante materia de meditación y llenarán de luces tu entendimiento. Pero no basta: después que has ocupado tu entendimiento en la meditación de la Pasión de Jesús, debes ocuparlo también en meditar sobre tu conducta respecto a lo que meditaste. Examina la conciencia, y haz a ti mismo la aplicación. “Esta es la parte principal de la meditación: la aplicación práctica así mismo de lo que se medita. Ve si regulas tus pensamientos, juicios y obras en conformidad con las verdades que meditas”. Detente aquí todo el tiempo que puedas; porque no hay tiempo mejor empleado que el que se dedica al conocimiento de sí mismo. La luz de las penas del Salvador, por una parte, y de tus imperfecciones, por otra, harán que tu corazón se conmueva y que la voluntad entre entonces con sus actos. Los primeros serán los que nazcan espontáneamente de la materia meditada, esto es, actos de compasión, de acción de gracias, de arrepentimiento, de amor, expresados en pocas pero fervorosas palabras mentales. Después debes seguir los propósitos. En cada meditación se hace uno general de evitar los pecados y defectos voluntarios y otro particular, el cual debe ser el que se desea obtener de la meditación. Para que el propósito resulte eficaz, es bueno establecer en él los medios que se han de poner en práctica, durante el día, a fin de mantenerlo. La omisión de estos medios es la causa porque muchos no cumplen el propósito particular que hicieron en la meditación.

Conclusión. Al llegar este punto, la meditación toca a su término. Consiste en un acto de acción de gracias a Dios por las luces y gracias recibidas durante la meditación y súplica al Señor, a la Virgen, a los Santos Ángeles, y a los Santos protectores. Pide la gracia de la fidelidad a los propósitos hechos, de la perseverancia final, de tu salvación eterna, y jamás te olvides de rogar por la Santa Madre Iglesia, por los pobres pecadores, por las benditas almas del purgatorio. Reza en fin el *agimus ti bi gratias*, haz la señal de la Cruz y después te pueden entregar a tus ocupaciones.

EJEMPLO PRÁCTICO

*De meditación sobre la Pasión Santísima de nuestro Señor
Jesucristo*

Supongamos que se quiere meditar la cruel flagelación del Salvador.

PREPARACIÓN

Preparación remota. - (Durante el día sin dejar las ocupaciones, di de vez en cuando, más con la mente que con los labios, estas o parecidas expresiones): Jesús mío, mañana por la mañana, durante la Santa Misa, en la iglesia en el lugar más retirado y recogido, meditaré tu flagelación; quisiera hacer propósito particular de mortificar mi carne rebelde. Jesús mío, haz que esta meditación me resulte bien. María santísima intercede por mí. . . Ángel de mi guarda, ayúdame a prepararme. . . Jesús mío, haz que tus penas me sirvan de poderoso auxilio para mortificarme.

Preparación próxima. - (En el lugar donde se quiera hacer la meditación, tome una posición ni demasiada cómoda ni demasiada incómoda, y empiece de esta manera):

Invocación del Espíritu Santo.- En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles, enciende en ellos el fuego de tu amor, envía, Señor tu Espíritu y todo será creado y se renovará la faz de la tierra.

Se puede invocar también al Espíritu Santo rezando un Credo.

Acto de fe en la presencia de Dios.- Dios mío, heme aquí en tu presencia; heme aquí delante de tu divina voluntad. Creo firmemente que estás aquí presente, que me ves, rodeas, y penetras todo mi ser. Si lo creo Dios mío, más que si lo viese con los ojos de mi cuerpo. Avívame esta fe.

Acto de humildad.- Señor, yo no soy digno de hablar ni de tratar contigo, Majestad infinita, ante quien tiemblan los cielos y la tierra. Yo no soy más que una mísera creatura, afeada con innumerables defectos, merecedora de ser separada de ti para siempre. Dios mío, me avergüenzo y confundo.

Acto de adoración.- Te adoro Dios mío, postrado delante de Ti Es deber y obligación mía; ¡pero qué poco sé cumplir con ella! Por eso siento la necesidad de unir mis adoraciones a las de los Ángeles y Santos del cielo. Que te adoren ellos por mí.

Acto de arrepentimiento. - Señor, ya que no rechazas ningún corazón contrito y humillado ni dejas ningún arrepentimiento sin perdón, por eso me arrepiento de las faltas cometidas, detesto las ofensas que te he inferido y quisiera morir mil veces antes que volverlas a cometer. Dios mío, ten misericordia de mí.

Acto de súplica.- Con el perdón concédeme también, Dios mío, la gracia de hacer bien esta meditación a la cual me has llamado. Dame luces para entender bien las penas y dolores de Jesús en la flagelación. . . María Santísima. . . Ángel de mi guarda, (Santos protectores) intercedan por mí cerca de Dios.

MEDITACIÓN

Composición del lugar.- Es obra de la memoria y de la fantasía; ayudará mucho a la una y a la otra leer antes lo que está escrito en los números 87-88-89-90 de este librito.

He aquí, a Jesús, sometido al tormento de la flagelación.

Del tribunal de Pilatos, le conducen y trasladan al lugar destinado a este suplicio, en donde le despojan de sus vestidos y le atan fuertemente las manos a una columna baja. Su sagrada persona queda encorvada; los verdugos, armados de crueles instrumentos, los descargan con inaudita ferocidad contra su delicadísimo cuerpo. No hay parte en él que no tenga su correspondiente tormento, ni miembro que se vea libre de los azotes: el pecho, espalda, dorso, lados, piernas son horriblemente atormentados. La piel se le pone amoratada, la sangre brota por todos los poros, corre por toda su divina persona, tiñe los azotes, el vestido de los verdugos, y empapa la tierra. La vehemencia y furor de los golpes hacen que vuelen por los aires briznas de carne; en algunos puntos se descubren los huesos. . . Jesús no puede tenerse en pie, desfallece; apenas le desatan cae sumergido en su propia sangre.

Reflexión.- (Es obra del entendimiento). Alma mía, acércate ahora a Jesús reducido a tan lastimoso estado, y pregúntate a ti misma: *¿Quién es el que así padece?* ¿Un hombre cualquiera? ¿Un siervo, un criado, un esclavo? Aun cuando fuera un malhechor, un reo, deberías tener piedad. Pero no; es el Verbo Eterno, la sabiduría del Padre, el Creador, el Dominador del Universo, Dios hecho hombre para ser Salvador del hombre; tu bienhechor, amigo, padre, esposo. Jesús mío, ¿Eres Tú el que yo veo ahora deshecho por los azotes?. . . *¿Y qué es lo que padece?* - Hecha una mirada, y ve si puede haber dolores más atroces. Jesús, pureza y santidad por esencia, sometido a la vergonzosa pena de verse despojado de sus vestidos delante de aquella plebe

soez. Su cuerpo inmaculado, magullado, desagarrado, desollado, desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. No tiene figura de hombre, es una sola llaga, parece un leproso. Jesús mío, ¿cómo podré creer que eres el más hermoso entre los hijos de los hombres? Y ¿quién podrá decir cuánto más sufrirá en el corazón y en el espíritu entre los oprobios de tan despiadados tormentos? -¿*Por quién padece?*- No padece por sí, ni por las culpas que no ha cometido ni puede cometer, sino por las culpas de la humanidad entera, por las tuyas en particular. Para descontar los pecados de inmodestia, sufre la confusión de verse desnudado; los pecados deshonestos son la causa de tanta crueldad y estrago. El justo padece por el pecador, el inocente por el reo. Alma mía, tú merecías esos azotes... Reconoce, al menos, la grandeza y gravedad del pecado impuro... ¿*Cómo padece?* Con una mansedumbre y paciencia que no conoce límites. Fácilmente podría vengarse, y no se venga; bastaría una señal, un deseo y todos sus enemigos perecerían. Al contrario, sufre y calla, sin dar la más mínima señal de impaciencia y de resentimiento, dejando adivinar la acerbidad de sus dolores por la sangre y por las llagas de que está cubierto su cuerpo, y por las lágrimas que corren de sus ojos... Pero, sobre todo, sufre con infinita caridad. El amor que te profesa le tiene ligado a la columna y le hace soportar tan crueles tormentos. Si pudieras penetrar en su divino corazón lo verías encendido en deseos de padecer todavía más para librarte a ti de los azotes de la ira divina... Mira cómo sufre. Reflexiona sobre ti misma, alma cristiana, examina tu conducta. Jesús es el modelo divino a quien debes imitar. ¡Qué diferente eres de El! Tú huyes hasta del padecimiento inherente a la condición humana; obligada a sufrirlo, te lamentas, te inquietas, te enojas, concibes sentimientos de odio, de venganza... Y sin embargo, mereces el padecimiento; recuerda tus pecados y avergüénzate... Tú eres la verdadera causa de esos azotes con tus molicias y sensualidades. ¿Con qué interés y atención has refrenado tus instintos desordenados? ¿Cómo has mortificado tus sentimientos

interiores y exteriores? ¿Cómo has sometido el cuerpo a la razón y a la fe?... Dios mío, me avergüenzo al examinar mi conciencia; ¡qué diferente soy de Jesús!...

Afectos y propósitos. (Es obra de la voluntad). Quiero, Jesús mío, cambiar de vida. Te doy, Jesús mío, todos mis afectos... (Afectos de compasión). Me compadezco, Jesús mío, de tus acerbísimos dolores. Ya que no puedo ofrecerte otra cosa, acepta mis sentimientos, estas lágrimas de compasión. Quisiera compadecerte como los Santos; como María Magdalena, como tu misma Madre... (Afectos de gratitud). ¡Señor, bendito seas y eternamente agradecido! Tus llagas sanan mi alma de todo pecado y tu sangre me limpia de las culpas. ¡Jamás me olvidaré de ti! (Afectos de arrepentimiento). Sí, me arrepiento de todos mis pecados, los detesto, los abomino. ¡Ojalá hubiera muerto antes de cometerlos!... (Afectos de amor). Os amo, Jesús mío, por lo que has sufrido por mí. Mi pobre corazón no conocerá en lo sucesivo más amor que el tuyo, e impelido por este dulce amor, todo lo sufriré por ti. En señal de la sinceridad de estas disposiciones, acepta, Señor, los propósitos que te hago. (Propósito general). Propongo firmemente evita toda clase de pecados y defectos, especialmente los advertidos; seré humilde, paciente, casto... (Propósito particular). En particular, Jesús mío, te prometo mortificar mi carne, y hoy mismo, en la comida y en la cena, me mortificaré dos veces en el comer y beber.

CONCLUSIÓN

¿Qué te daré ahora, Señor, por las gracias que me has concedido durante esta meditación? *(Acto de acción de gracias)*. Te doy gracias de todo corazón; quisiera que todas las palpitaciones de mi corazón fueran en este día un continuo acto de acción de gracias. Me asocio a los Ángeles y Santos del cielo, a los justos de la tierra y te ofrezco las gracias que incesantemente te dan. Acéptalas, Dios mío, como si fuesen mías... *(Acto de súplica)*. Pero, ¿mantendré estos sentimientos y estos propósitos? Si miro

a mi debilidad, no. Necesito de tu asistencia y auxilio. Señor, asísteme y ayúdame siempre. En el momento del peligro, aumenta en mí el horror al pecado y las fuerzas para evitarlo. Oh Jesús, por tu flagelación, por tus llagas, salva mi alma, conviértete a los pecadores, consuela a los atribulados, asiste a los agonizantes, protege a mis parientes y bienhechores, da la paz a la Iglesia, la perseverancia a los justos... ¡Venga a nosotros tu reino!!!... *Agimus tibi gratias, omnipotens Deus, pro universis beneficiis tuis; qui vivis et regnas in saecula saeculorum. Amén. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amén.*

ADVERTENCIAS

1. *En el Ejemplo práctico* he supuesto que la meditación es de un solo punto. En caso de que se quisiera dividir la meditación en dos o tres puntos, se hace la misma *preparación*, pero se cambia en cada punto las partes de la *meditación*, esto es, la composición de lugar, las *reflexiones*, los *afectos* y los *propósitos*, adaptándolos a lo que se medita.

2. El *Método* enseñado para meditar es muy útil para los principiantes y para todas aquellas almas que no pueden meditar de *otra manera*. Es bueno que el alma lo recuerde para servirse de él cuando lo necesite. Pero además de la *oración ordinaria* hay otra *oración extraordinaria* o *infusa*, que el Señor concede gustoso a las personas que corresponden a las gracias divinas, en la *oración ordinaria*. Estas personas se hallan también, no cabe dudarlo, entre las personas seglares, mucho más entre las personas religiosas de vida activa, y sobre todo en las de vida pasiva, en los monasterios de clausura. Los escritores de la Teología Mística hacen observar, muy justamente, que el número de las almas favorecidas por Dios con el don de la oración es muy superior al que comúnmente se cree. (Scaramelli. Tr. I, n. 1-2; Poulain. Cap. XXVIII, n.3). No es mi intento hablar de oración extraordinaria, me basta haberla

indicado, a fin de que ninguno crea que el *Método* deba siempre y absolutamente seguirse.

SUPLICA

QUE HA DE HACERSE ANTES DE LA LECTURA:

Señor mío Crucificado, ilumina mi mente y compunge mi corazón mientras me dedico a la lectura de vuestra dolorosa Pasión. Concédeme el deseo y la fuerza necesaria para imitar tus luminosos ejemplos de virtud, por intercesión de tu afligida Madre María Santísima.

SUPLICA

QUE HA DE HACERSE DESPUÉS DE LA LECTURA:

Te doy gracias, Jesús mío Crucificado, por los buenos pensamientos y afectos que has suscitado en mí durante la lectura de tu Pasión. Te ruego humildemente me concedas la gracia de conservar siempre el fruto espiritual que me has inspirado en esta meditación.

LA PASIÓN DE JESUCRISTO EN LAS PROFECÍAS

1. La Pasión de Jesucristo vaticinada por los Profetas.- La historia de Jesucristo fue escrita antes de que El naciese. Los profetas de la antigua alianza tuvieron fijas sus fatídicas miradas en Jesucristo; vieron, desde lejos, sus maravillosos hechos, y los contaron a los pueblos, que veían en El a su futuro Redentor.

Lo que se dice de la vida de Jesús en general, debe decirse en particular de su Pasión. Todo ha sido vaticinado, desde la más grande a la más pequeña circunstancia, y al leer las profecías nos parece leer la historia evangélica de la Pasión. Fue vaticinado, en particular, el odio y el complot de los enemigos contra Jesús; la traición de uno de sus discípulos; la venta por treinta monedas de plata; la falsedad de las acusaciones; la flagelación; la condenación a muerte; la cruz, la hiel y vinagre; la división de las vestiduras; la crucifixión; la compañía con los ladrones; la sepultura; la resurrección; el abandono por parte de Dios y del pueblo de Israel.

¿Por qué había de padecer tantos dolores el futuro Mesías? Los profetas tuvieron mucho cuidado de hacerlo saber. El se ofreció porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca; como oveja será llevado al matadero. Fue llastado por nuestras iniquidades, quebrantado por nuestros pecados... y con sus cardenales fuimos sanados.

Consideración: Los Profetas, vaticinando la Pasión de Jesús, la veían y la meditaban; y tú, unido en espíritu a los Profetas, haz tuyos sus afectos hacia las penas del Salvador.

2. Predicciones de Jesús.- Llegado que hubo el tiempo establecido por Dios, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y crecido en sabiduría y en edad, delante de Dios y de los hombres, vio acercarse la hora de su inmolación. Conocía

detalladamente los estragos que se harían en El, como así se lo hizo conocer a sus amigos y enemigos.- Los sacerdotes judíos y los escribas le preguntaron, con qué poder arrojaba tan imperiosamente a los profanadores del templo. Jesús respondió prediciendo su Pasión: *Destruid este templo, y en tres días lo levantaré*; entendiendo hablar del místico templo de su cuerpo que debía morir sobre la cruz.- Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos enviaron en otra ocasión ministros para que lo prendiesen; mas Jesús les dijo: *Aun estaré con vosotros un poco de tiempo; y después voy a aquel que me envió*; indicando de este modo que su muerte estaba próxima.- La misma predicción hizo después de la curación del poseso. *Poned en vuestros corazones estas palabras: El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres*.- En una palabra, se puede decir que no dejó pasar ocasión alguna para predecir y hablar de su próxima muerte, especialmente a sus discípulos, a fin de alejar de ellos todo motivo de escándalo, cuando le vieran morir sobre una cruz.

Consideración: Jesús habla gustoso de su Pasión, a fin de hacerla conocer antes de que se verifique en su divina persona. Y tú, escucha gustosa su lectura, y tráela con frecuencia a la memoria para agradar a Jesús.

3. Circunstancias de la Pasión.- No se contentó con decir su Pasión de un modo general; la hizo conocer anticipadamente hasta en las minuciosas particularidades.- Anunció y señaló al traidor en la persona de uno de sus apóstoles. Pedro, en efecto, le había dicho: *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Jesús le respondió: ¿No os escogí yo a los doce; y uno de vosotros es diablo?* Indicando claramente con esto al apóstol Judas Iscariote que le haría traición, como nota el evangelista.- *Anunció, cada uno de los tormentos que debía padecer después de la traición. “He aquí, nosotros subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los príncipes*

de los sacerdotes, y a los Escribas, y a los ancianos, y le sentenciarán a muerte, y le entregarán a los Gentiles. Y le escarnecerán y le escupirán, y le azotarán, y le quitarán la vida.” Anunció su muerte sobre una cruz. *Y le entregarán a los gentiles, para que le escarnezan, y azoten, y crucifiquen.”* Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto; así también es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre. La serpiente de bronce levantada en el desierto, estaba colocada, sobre una especie de cruz.- Anunció que estaría sepultado cerca de tres días. *Así como Jonás estuvo tres días, y tres noches, en el vientre de la ballena; así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra.* En fin, compendiándolo todo en pocas palabras, quiso decir: *He aquí, nosotros subimos a Jerusalén y se cumplirá todo lo que los profetas han escrito del Hijo del hombre”.* Y los profetas que menciona Jesús no callaron ninguna de las principales circunstancias de su Pasión.

Consideración: Jesús conoce y predice cada uno de los tormentos que ha de padecer; y tú adora la sabiduría del verbo Eterno que lo ve todo y medita su Pasión con fe viva.

4. Deseo de padecer.- Lo que más importaba a Jesús, era hacer conocer a sus discípulos que se sometía voluntariamente a sufrir estos tormentos por amor de ellos y de todos los hombres. *Con bautismo es menester que yo sea bautizado y ¡cuánto me angustio, hasta que se cumpla!* Era el bautismo de su sangre que debía derramar por toda la humanidad, y sufría porque se le retardaba el tiempo de su Pasión. Se comparó al buen pastor. *“Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas... Yo conozco mis ovejas y las mías me conocen. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre; y pongo mi alma por mis ovejas”. No me la quita ninguno; más Yo la pongo por mí mismo; poder tengo para ponerla y poder tengo para volverla a tomar”.* Las palabras que dirigió al apóstol Pedro son muy significativas, a este propósito. Jesús había hablado

claramente a sus apóstoles de la proximidad de su Pasión; pero Pedro, después de haberlo escuchado lo llamó aparte, comenzó a increparlo diciendo: Por el afecto que tenía a su Maestro, Pedro no quería persuadirse que *Cristo, el Hijo de Dios* vivo se sometería a tantas humillaciones. Pero Jesús le sacó pronto de dudas dirigiéndole estas duras palabras: Quítate de delante, Satanás, (tentador), me sirves de escándalo; porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las de los hombres”. De este modo hacía Jesús comprender claramente que ansiaba la Pasión y la sufría voluntariamente por la gloria de su divino Padre, y por la redención de la humanidad.

Consideración: Jesús desea tanto padecer por tu amor; y tú aprende a sufrir siempre por amor de Jesús.

II

CONDUCTA DE LOS ENEMIGOS

5. Expulsado de la Sinagoga. - No estaba lejos el momento de la inmolación de la Víctima Divina. Los Escribas, Fariseos y Ancianos del pueblo odiaban a Jesús, porque había desenmascarado muchas veces su hipocresía en la práctica, puramente exterior, de la ley, disfrazando su espíritu. No siempre pudieron disimular este odio, en particular cuando enviaron ministros para que le prendiesen; cuando tomaron piedras para apedrearle, y cuando, después de la curación del ciego de nacimiento, quisieron prenderle. Pero la envidia y el odio no tuvieron límites después de la resurrección de Lázaro, de la entrada triunfal en Jerusalén y de las entusiastas aclamaciones del pueblo. *¿No veis, se dijeron unos a otros; no veis, que nada adelantamos? Mirad que todo el mundo se va en pos de él.* Determinaron, por lo tanto, deshacerse de él. El primer acto, que debía servir como punto de partida, era el expulsarlo de la Sinagoga, excomulgándolo. No faltaban

pretextos; bastaba dar un sentido torcido a las palabras y acciones del Salvador relativas al sábadó, al templo, a las tradiciones de los ancianos, a las prerrogativas de la nación, y su conducta con los pecadores. Se reunieron en consejo y determinaron separar y expulsar a Jesús de la sinagoga. El día establecido apareció un sacerdote en los umbrales de las numerosas Sinagogas de Jerusalén y en voz alta, declaró separado del pueblo en vida y en muerte, a Jesús de Nazaret, seductor y falso profeta.

De esta manera la eterna sabiduría fue acusada de error, la inocencia acusada como rea de delitos, el Salvador del mundo proclamado peligroso para la humanidad. Jamás, sin embargo, como en este momento, apareció Jesús el segregado de los pecadores, y sus mismos enemigos, sin quererlo, proclamaron oficialmente esta prerrogativa.

Consideración: Los judíos arrojan a Jesús porque les resultó molesto y les sirve de reproche; reflexiona que también tú puedes arrojar de tu corazón a Jesús con tu vida reprochable.

6. Un mal consejo.- Después de haber expulsado oficialmente a Jesús, de la Sinagoga, los enemigos *andaban buscando cómo le prenderían por engaño y le harían morir*. La tarde del martes antes de la Pascua, los Pontífices y los Fariseos se reunieron en consejo muy secreto, en el cual sólo podían tomar parte los más conocidos y exaltados enemigos de Jesús. Con el fin de asegurarse más y más del secreto de sus deliberaciones, eligieron como punto de reunión una casa privada y solitaria de Caifás, situada sobre un monte, llamado hoy el monte del Mal Consejo, a medio día de Jerusalén, en dirección de Belén. Cuando estuvieron todos presentes, se abrió la discusión con estas palabras. *¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así creerán todos en él; y vendrán los Romanos y arruinarán nuestra ciudad y nación*. La discusión

fue muy animada; cada uno propuso un medio para impedir a Jesús obrar milagros y hacer secuaces. La opinión de los jefes de la conjuración era muy diferente. Caifás, presidente del consejo, se levantó y dijo abiertamente: *Vosotros no sabéis nada ni pensáis que os conviene, que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca.* Era lo mismo que decir; es necesario dar muerte a Jesús, a lo cual todos asintieron. Nota, sin embargo, aquí el Evangelista: *Caifás no dijo esto por sí mismo; sino que siendo sumo pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por la nación, más también para juntar en uno los hijos de Dios, que estaban dispersos.*

Consideración: Los enemigos se reúnen para decretar la muerte de Jesús; y tú, recogiendo las potencias de tu alma, resuelve hacerlo vivir siempre en ti con su gracia.

7. Astucia de Judas. - La muerte de Jesús estaba decretada, pero no era cosa tan fácil hallar el modo y el tiempo para llevarla a ejecución. Los enemigos tenían miedo al pueblo y decían: *No le prendamos en día de fiesta, no sea que se mueva alboroto en el pueblo.* No tardó en aparecer Judas, uno de los doce apóstoles, el cual les sacó pronto de dudas. Aquella misma tarde había salido del templo Jesús, con sus discípulos, y se había dirigido al Monte de los Olivos, donde solía pernoctar. Judas se separó de la comitiva, quizás con el pretexto de avituallar; pero muy otros eran los fines del traidor. Encargado de la administración del colegio apostólico, y de todo lo que entregaba la piedad de los fieles, hacía algún tiempo que había cobrado demasiada afición al dinero, y si seguía a Jesús, no era más que por la esperanza de saciar su avaricia, robando. Pero esta esperanza se desvanecía de día en día: así que, se convenció de que el servir a Jesús no le beneficiaba en nada. Resolvió abandonarlo con la traición, procurando reportar de su felonía algo de aquel dinero, por el cual agonizaba. Giró por la ciudad,

entró en el templo, escuchó los discursos, que acá y allá se pronunciaban acerca del Maestro, y supo tal vez por secreta confidencia que en aquella misma tarde, en dicho lugar, se celebraba la importante reunión, y que se premiaría con buena recompensa al que entregase a Jesús en manos de sus enemigos. No necesitaba más. Invadido por el demonio de la avaricia, Judas toma la resolución: corre a la solitaria casa de Caifás, se presenta a la asamblea, se ofrece a entregar a Jesús para adueñarse del premio ofrecido.

Consideración: Judas obra con la astucia más refinada a fin de obtener unas cuantas monedas; y tú debes estar siempre santamente apercibido para ganarte la eterna recompensa.

8. Contrato infame.- Las tinieblas cubrían la faz de la tierra, y Judas, favorecido por ellas, se dirigió hacia el lugar del concilio. Desciende la vertiente de Sión y toma el camino de Belén. No camina, sino que corre, vuela, impulsado por el temor de no llegar a tiempo. Al que le hubiera encontrado en el camino, le parecería un hombre que había perdido la cabeza. Llega, por fin, al lugar de la reunión, halla modo de hacerse introducir, y se pone al momento en comunicación con los príncipes de los sacerdotes, y con los magistrados sobre el modo de ponérselo en sus manos. El traidor pregunta: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Ellos al oír estas preguntas, se holgaron y convinieron darle una suma de dinero, señalándole treinta monedas de plata o siclos, suma que se pagaba por la compra de un esclavo. Judas acepta la oferta, y el infame contrato queda estipulado. Desde aquel punto no tuvo más pensamiento que el de encontrar el momento oportuno para cometer la traición y entregar a Jesús a los judíos. Mientras tanto convenía disimular. Volvió presuroso a la soledad del monte Olivete, en donde se hallaba Jesús con los otros apóstoles; se unió nuevamente a ellos portándose con la mayor desenvoltura y disimulo. Pero su malicia no podía huir a los divinos ojos del Maestro, que

conocía perfectamente las ocultas tramas del renegado discípulo.

Consideración: Judas vende al Salvador por un precio vil; tú debes reflexionar que el pecador no concede ningún valor a la gracia de Jesús.

III

LA ÚLTIMA CENA

9. **El adiós a la madre.-** Al día siguiente, miércoles, el Salvador se traslado con sus discípulos a Betania, lugar poco distante de Jerusalén. Aquí, alejado del gentío, oculto a sus enemigos, en la soledad y con íntimos coloquios prepara a los discípulos a su próxima muerte. Además, viéndose próximo a la muerte, quería dar el último adiós a las personas más amadas: a Lázaro, a María Magdalena, a Marta, y a otros que le habían sido siempre muy afectos. Entre ellos ocupaba, ciertamente, el primer puesto, su bendita Madre María Santísima; para la cual había reservado esa verdad, un testimonio particular de amor filial en este último adiós que iba a darle. Nada dice de esto el evangelio; pero negarlo sería contradecir al sentimiento universal de la piedad cristiana. Jesús, pues, arrodillado delante de su Madre, le dice que ha llegado el tiempo de sacrificarse por el género humano, a fin de reconciliarlo con Dios; por lo cual le pide su bendición antes de ir a cumplir la voluntad de su Padre celestial. ¡Que escena más sublime! ¡Qué momento más solemne para María! No mira en estos momentos a los vivísimos sentimientos de Madre sumergida en un dolor que no tiene nombre; entre lágrimas abundantísimas repite aquel *fiat* que había pronunciado en la Anunciación y en mil otras circunstancias de su vida, y se conforma enteramente con la voluntad del divino Padre. Jesús puede ir ya a la muerte,

sabiendo que su Madre está divinamente resignada con el gran sacrificio.

Consideración: Jesús y María, al separarse, sufren tanto por tu eterna salvación; aprende tú a separarte aún de las personas más amadas, si así lo exige la voluntad de Dios.

10. De Betania a Jerusalén. - Cumplidos de este modo los deberes de afecto y piedad hacia parientes y amigos, Jesús no pensó más que en la ejecución de su gran obra. Pero antes quiso celebrar la Pascua, y la quiso celebrar en Jerusalén, en el recinto de la misma ciudad. En la mañana del jueves llamó a Pedro y a Juan y les dijo: *Id a aparejarnos la Pascua, para que comamos.* Y ellos dijeron: ¿En dónde quieres que la aparejemos? Luego que entréis en la ciudad, respondió Jesús, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en donde entrare, y decid al dueño de la casa: El Maestro te dice: ¿En dónde está el aposento, donde tengo de comer la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará una sala grande aderezada, disponedla allí. Los dos obedecen al instante, se encaminan a la ciudad, encuentran al hombre, lo siguen, hallan las cosas como les había dicho Jesús y prepararon la Pascua. Esta preparación no era cosa de pocos momentos. Queriéndose ceñir en todo a las costumbres de la nación, tuvieron que trabajar casi todo el resto del día y sólo hacia la tarde estaba todo preparado. Después de algunas horas, al atardecer, Jesús, con sus discípulos, se dirigió lentamente hacia la santa ciudad.

Consideración: Los Apóstoles, obedeciendo a Jesús, preparan el lugar de la última cena; tú debes preparar bien el místico cenáculo de tu alma para la santa comunión.

11. Cena legal.- Llegada la tarde al oscurecer y casi a ocultas, fue con los doce Apóstoles al cenáculo a celebrar de la manera más tranquila aquella cena íntima y misteriosa. Todo estaba preparado, según las órdenes dadas: sala espaciosa, mesa

adornada y provista, escaños, o mejor dicho, una especie de lecho alrededor de ella, según la costumbre de los hebreos. El cordero de un año e inmaculado, escogido por dos Apóstoles, había sido inmolado en el Templo por manos del sacerdote, después asado y condimentado con hierbas amargas; los panes ázimos estaban cocidos y el vino extraído de las ánforas. Todo era simbólico; el cordero recordaba la víctima, cuya sangre había servido para marcar las puertas de las casas de los judíos, a fin de preservarles de la cólera del Ángel exterminador. No faltaba nada; el misterioso rito que recordaba la liberación de Israel de Egipto, podía comenzar. La ley nos dice cómo se debía desenvolver; se comía el cordero estando de pie, con el bastón en la mano, la túnica alzada, los lomos ceñidos, en absoluto silencio. Llegada la hora del banquete; Jesús, con sus Apóstoles, se puso a la mesa, y comenzó y cumplió la cena legal de la manera establecida.

Consideración: Jesús conmemora en la última cena la liberación de los hebreos de Egipto; también tú debes conmemorar, en la cena eucarística, tu liberación del pecado.

12. Lavatorio de los pies.- La cena legal iba siempre seguida de la cena usual, que permitía a los convidados saciar su hambre, porque el pequeño cordero sólo, no podía bastar para los convidados, que nunca eran menos de diez, y a veces pasaba de veinte. Terminada, por lo tanto, la sagrada ceremonia, también Jesús y los Apóstoles se sentaron y comenzaron la cena de costumbre. Pero apenas dieron principio se levanta Jesús, depone sus vestidos y tomando una toalla, se la ciñe. Después echó agua en una palangana, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugárselos con el lienzo, con que estaba ceñido. Vino, pues, a Simón Pedro, y Pedro le dice: ¿Tú me lavas a mí los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago tú no la sabes ahora, lo sabrás después. Pedro le dice: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Simón Pedro le dice: Señor, no

solamente los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dice: El que está lavado no necesita sino lavar los pies, pues está todo limpio. Y vosotros limpios estáis, más no todos. Porque sabía quien era el que le había de entregar; por esto dijo: No todos estáis limpios. Este incidente de Pedro persuadió a los otros Apóstoles a no hacer oposición al Maestro. Todos, pues incluso Judas se dejaron lavar los pies por Jesús.

Consideración: Jesús lava los pies a los Apóstoles diciéndoles que era necesario; tú debes considerar que solamente Jesús es el que te puede limpiar de tus culpas.

13. Ejemplo digno de imitación.- Después que les hubo lavado los pies y tomado sus vestidos; se volvió a sentar a la mesa, en medio, en el primer lugar, teniendo a Pedro a la izquierda y a Juan a la derecha, de modo que éste, inclinándose un poco, podía recostar la cabeza sobre el pecho de Jesús. Judas estaba con los doce, no muy distante. Dijo entonces el Señor: “¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis maestro y señor; y bien decís; porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies; vosotros también debéis lavar los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado para que como yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su Señor, ni el apóstol mayor que aquel que le envió. Si esto sabéis, bienaventurados seréis si lo hicieréis”. Sublimes enseñanzas para los súbditos y para los superiores. Son, especialmente un aviso anticipado a los apóstoles que dentro de poco disputarán entre sí quién de ellos es el mayor. Jesús les previene: ¡Bienaventurados seréis, si seguís mis ejemplos! La cena, mientras tanto, continuaba.

Consideración: Jesús mismo te invita a imitarlo en la humildad; resuelve tú obedecerlo, portándote humildemente con los superiores, con los iguales y con los inferiores.

14. Deseo ardiente.- Era costumbre entre los judíos que al principio de las comidas, se pasase una copa llena de vino, que todos los comensales debían gustar. Tocaba al padre de familia o al que hacía las veces tomar la copa después de la oración y pasarla a los convidados. Jesús siguió esta costumbre, y en esta ocasión fue cuando pronunció estas memorables palabras: *Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes de mi Pasión*. Porque os digo, que no comeré más de ella, hasta que sea cumplida en el reino de Dios. Tomad, pues, este cáliz y distribuidlo entre vosotros. Porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios. Todos acercaron los labios al cáliz gustando el vino; pero las palabras de Jesús habían hecho profunda impresión en el corazón de los Apóstoles, tanto que no se atrevían a hablar, pensando en el doloroso significado de ellas. No podían persuadirse, no obstante las muchas predicciones, de que Jesús tuviera que morir tan pronto. Lo que Jesús ardientemente deseaba, los Apóstoles dolorosamente lo temían. La última Pascua daba ocasión a Jesús de quedarse en la Eucaristía para morir después sobre la cruz; pero quitaba a los Apóstoles la presencia visible de su dulce Maestro.

Consideración: Jesús desea vivamente hallarse con los Apóstoles en la última cena para darles el don eucarístico: reflexiona tú cuáles son tus deseos de alimentarte con el pan celestial.

15. El traidor desenmascarado.- La cena continuaba en silencio. Se conocía que pesaba sobre el corazón de todos, un dolor secreto, como consecuencia de las últimas palabras de Jesús, lo cual se veía de una manera particular en el rostro divino del Salvador. Jesús había dicho: “Vosotros estáis limpios, mas no todos”. Estaba resuelto a hablar más claro. Rompe, pues, el silencio y habla: conviene que se cumpla la escritura. *Uno de los que comen el pan conmigo, levantará contra mí su calcañal*. Os lo digo desde ahora antes de que suceda, a fin de que, cuando

sucediere, creáis que Yo soy. Dichas estas palabras Jesús se conmovió en espíritu, protestó y dijo: *En verdad, en verdad os digo: Que uno de vosotros me entregará,* uno de los que comen conmigo, uno de los doce, uno de los que meten conmigo la mano en el plato. Al oír estas palabras los Apóstoles quedan como asustados, y cada uno se apresura a preguntar a Jesús: ¿Por ventura soy yo, Señor, el traidor? El único que no quisiera hacer esta pregunta es Judas, que, evidentemente, se halla allí perplejo. Pero pronto sale de su perplejidad; se acercó al Salvador y le dice en voz baja: ¿Soy yo por ventura, Maestro? Le dice Jesús también en voz baja: Tú lo has dicho. Ninguno de los presentes oyó esta respuesta y el que la oyó no comprendió su significado. Así lo dispuso el divino Maestro para evitar una humillación pública al traidor, y para demostrarle que aun le quería bien y lo esperaba a penitencia.

Consideración: También el traidor Judas pregunta ¿Soy yo por ventura? Acusándole el delito su conciencia; considera tú si ocultas con hipocresía tus culpas.

16. La gran promesa.- La cena tocaba a su término y el Redentor había establecido no terminarla sino después de haber cumplido una gran promesa suya. Sabemos las palabras, hasta entonces inauditas a criatura humana, salidas de sus divinos labios. *Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan, que descende del cielo; para que el que comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo.* Comenzaron entonces los judíos a altercar unos con otros, y decían: ¿Cómo nos puede dar éste su carne a comer? Y Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: Que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre

verdaderamente es bebida. *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él.* Así como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre; así también el que me come, él mismo vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo. No como el maná, que comieron vuestros padres y murieron. Quien come este pan, vivirá eternamente. Esta era la gran promesa cuyo cumplimiento se reserva a la última cena.

Consideración: Solamente Jesús es el pan de la vida; resuelve alimentarte siempre con El en la Eucaristía, para ser partícipe algún día de la vida eterna.

17. Mi carne es comida.- Había llegado el momento, único en la historia de la humanidad, no se puede describir, porque supera a la inteligencia y al lenguaje humano. Sería necesario saber leer las páginas evangélicas con la misma fe con que fueron escritas, y con la conmoción del momento en que fueron redactadas. Sabiendo Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo los amó hasta el fin. He aquí la introducción al misterio del amor. Después viene la narración del hecho. Jesús, casi absorto en la grandeza del misterio que iba a consumir a favor de la humanidad, toma el pan ázimo, alza los ojos al cielo, da gracias a Dios, bendice el pan, lo parte, y mientras lo da a sus discípulos, dice: *“Tomad y comed, éste es mi cuerpo que será sacrificado por vosotros. Haced esto en memoria mía”*. Dios omnipotente, no tenía necesidad de usar de más palabras, para obrar el prodigio. ¿No fue El quien con una sola palabra obra lo que significa?; por eso, aquí el pan ya no es pan, ha sido cambiado en su cuerpo. Lo saben los Apóstoles, que iluminados en aquel momento acerca de tan inefable misterio reciben el pan consagrado de las manos de Jesús, y se alimentan con suma reverencia. Jesús fue el primero en comulgar; jamás hubo comunión más acepta a la majestad de Dios. ¿Cómo el pérfido Judas se atrevió a contristar a Jesús en este momento con un sacrilegio?

Consideración: Jesús, ofreciendo a los Apóstoles el pan consagrado, les manda que se alimenten de él; reflexiona que el mismo mandamiento te da a ti Jesús desde el sagrario.

18.- Mi sangre es bebida.- Jesús, con la consagración del pan, había cumplido una parte de su promesa, y demostrado que su carne era verdaderamente comida; necesariamente tenía que cumplir también la segunda parte, dando su sangre en bebida. Terminada la cena, cuando, según los ritos, el padre de familia, pasaba la última copa a los convidados, Jesús toma el cáliz en sus santas y venerables manos, da gracias a su divino Padre, bendice el cáliz y, mientras lo da a sus discípulos dice: Tomad todos y bebed de él, porque *éste es el cáliz de mi sangre*, de la nueva y eterna alianza, que por vosotros y por muchos será derramada en remisión de los pecados. Los Apóstoles, ilustrados e inflamados por la alimentación del pan celestial, comprenden mejor ahora la preciosidad del vino que les ofrece Jesús, y se preparan a beberlo con la mayor reverencia posible. La copa hace su giro alrededor de la mesa y todos, después de Jesús, beben el vino consagrado. Pero cuando la copa llega a Judas, el Señor no pudo contener el dolor que siente por este nuevo sacrilegio, y prorrumpe en estos tristes lamentos: Ved aquí que la mano del que me entrega conmigo está a la mesa. En verdad, el Hijo del hombre se va, según lo que está decretado; mas ¡ay de aquel hombre, por quien será entregado! Jesús quería con estas palabras atemorizar saludablemente al miserable discípulo y hacerlo desistir de su intento, mostrándole que no se le ocultaba ninguna de sus tramas; pero el pérfido no se aprovechará.

Consideración: Jesús dice que derrama su sangre por la remisión de los pecados; reflexiona que sólo por la virtud de esta sangre puedes limpiar tu alma.

19. Haced esto en memoria mía.- Jesús, consagrando el pan y el vino, se había dado en comida y en bebida a los apóstoles.

Pero la promesa hecha por El, no se limitaba a estos solos; se extendía a toda la turba que le escuchaba, mejor dicho, a todos sus secuaces presentes y futuros, había por lo tanto que proveer a fin de que en lo sucesivo pudiesen todos alimentarse con el pan que da la vida eterna. Jesús, con la muerte de cruz, se volvería al Padre; ¿quién renovarían el prodigio? Jesús proveyó de una manera admirable con un mandato solemne que dio a los apóstoles, y en los apóstoles, a todos sus sucesores en la dignidad, hasta la consumación de los siglos. Después de la consagración del pan, dijo expresamente: *Haced esto en memoria mía*. De la misma manera, después de la consagración del vino, repitió: Haced esto todas las veces que lo bebiereis en memoria mía. La misma voz omnipotente que había consagrado el pan y el vino, consagra ahora a los Apóstoles, dándoles el divino poder de *hacer* lo mismo que había hecho Jesús. El precepto divino es bien claro: “Haced esto”; el hombre no debe ni puede resistir a este precepto de Jesús, después de Pentecostés, comenzaron “a hacer” cuanto les estaba mandado y dieron a los fieles la Eucaristía, y los fieles “eran asiduos a la común fracción del pan celestial, a fin de tener la vida sobrenatural, la vida superabundante, la vida eterna”. Así el humilde cenáculo se multiplicó sobre la haz de la tierra, resultó el templo de los cristianos; ahora se encuentra en todas partes “y en todo lugar se sacrifica la oblación limpia” “el cordero de Dios que quita el pecado”.

Consideración: El sacerdocio constituido por Jesús te da el sacrificio de la Misa y la Eucaristía; ten suma veneración a los ministros de Dios, oye gustoso la santa misa, y visita con frecuencia al Santísimo Sacramento.

20. El Discípulo amado.- Las últimas palabras que dijo Jesús respecto al traidor, hirieron de nuevo a los Apóstoles en su afecto al Maestro. Les parecía imposible que, propiamente, en la última cena pascual hubiese entre ellos un traidor. “Se miraban los unos a los otros, dudando de quien hablaba”. Juan,

particularmente, el discípulo amado, no hallaba paz y sentía una pena inmensa. Como para consolarse y para aliviar el dolor de Jesús, inclinó la cabeza hacia El, y la recostó sobre el pecho de Jesús en actitud de descansar dulcemente. Estando en esta posición, Simón Pedro le hizo una seña y le dijo: ¿De quién habla el Maestro? Juan, que había alzado algo la cabeza para oír a Pedro”, la baja de nuevo sobre el pecho de Jesús y le pregunta en voz suave: *Señor, ¿Quién es el que os hará traición?* Jesús no supo resistir al acento afectuoso, mezclado de dolor, con que le había sido hecha la pregunta y respondió en voz baja: “Aquel es, a quien yo diere el pan mojado. Y mojado el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote”. Judas lo tomó y lo comió; éste fue el último acto de su hipocresía; después del cual enderezará sus pasos para llevar a cabo sus malvados designios.

Consideración: El que ama y compadece a Jesús es admitido a sus confidencias; si tú no gozas de ellas, ¿por qué no te compadeces de El?

21. Lecciones de humildad.- Mientras tanto, bajo pretexto de testimoniar su fidelidad al Maestro se había suscitado entre los discípulos una contienda “sobre cual de ellos sería el mayor”. Esta contienda se suscitaba frecuentemente; lo cual revela todo el egoísmo que se oculta en el corazón del hombre, aun en ciertos solemnes momentos en que debía desaparecer por completo. Jesús siempre habilísimo maestro, aprovechó esta ocasión para combatirlo y dar sublimes lecciones de humildad. Los reyes de las gentes (les dijo) avasallan a sus pueblos y los que son mayores, ejercen potestad sobre ellos, y son llamados magníficos. No debe ser así entre vosotros; al contrario, el que quiera ser mayor, sea como el criado de todos, y el que guíe como el que sirve. Porque ¿Quién es más, el que está sentado a la mesa o el que sirve? ¿No es mayor el que está sentado a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros, así como el que sirve. Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones. Y por esto dispongo yo del reino para vosotros,

como mi Padre dispuso de él para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino y os sentéis sobre tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Era lo mismo que decir que no se cuidasen de las dignidades terrenas, porque les tenía preparados honores mayores en el reino de su Padre, a condición de imitar su humildad en la vida presente. A tan dulce reproche, unió con delicadeza el pensamiento del premio, para que se desprendiesen de la tierra y aficionasen al cielo.

Consideración: La humildad es el camino indicado por Jesús para conseguir los honores celestiales; reflexiona, tú que deseas entrar en el cielo, si caminas por esta vía que te ha enseñado Jesús.

22. Marcha de Judas.- Las palabras de Jesús no hicieron impresión alguna en el ánimo el traidor; le preocupaba demasiado el pensamiento de la traición. Comprendía sin embargo, que su posición en aquél lugar era insostenible; Jesús había demostrado muy a las claras que conocía todas sus intenciones, y aun los Apóstoles daban a entender que se sospechaba de él. Era necesario marchar pronto, sino quería comprometer al buen éxito de lo que había concertado con los judíos. *El demonio que tras el bocado entró en él* le urgía a que saliese cuanto antes de aquel lugar. Una fuerza misteriosa agitaba desde aquel momento al pérfido; no podía hallar quietud ni reposo. Se alzó al instante y se dispuso a salir. Pasó cerca de Jesús y quizás también le hizo alguna señal o le dirigiría alguna palabra como pidiéndole permiso para marchar. Jesús le dijo: Lo que haces, hazlo pronto”. Ninguno de los comensales supo por qué se lo decía. Algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, le había dicho Jesús: Compra lo que hemos menester para el día de fiesta; o que diese algo a los pobres. Y cuando él hubo tomado el bocado, se salió luego fuera. Y era de noche. Desde este momento, Judas da principio a la Pasión de Jesús. Cumple al pie de la letra las órdenes y compromisos adquiridos con los príncipes de los sacerdotes, pone en movimiento toda su

actividad y energía, que será tan terrible, cruel y rápida, que antes de que el día termine, será derramada toda la sangre de Jesús y la Víctima Divina consumada sobre la cruz.

Consideración: Judas, abandonando a Jesús, va a ejecutar la traición; y tú reflexiona que cuando abandonas al Señor, caes en culpas mayores.

23. **Alivio general.-** la marcha de Judas alivió el ánimo de todos. Podían, finalmente, hablar con libertad; se sentían aligerados de un peso que les oprimía el corazón. Aun el rostro de Jesús se irradió con nuevo e inefable resplandor, y su boca se abrió a los más suaves discursos. Ya no parece el mismo de antes, taciturno, misteriosamente triste; conversa con todos, para todos tiene una palabra de cariño. Así que Judas hubo salido, exclama Jesús; Ahora es glorificado el Hijo del hombre; y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también lo glorificará a él en sí mismo; y luego lo glorificará. Hijitos, aun estoy un poco con vosotros. Me buscaréis; y así como dije a los judíos; a donde yo voy, vosotros no podéis venir; lo mismo digo ahora a vosotros. Un mandamiento nuevo os doy; que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os améis también entre vosotros mismos. *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros.* Estas palabras son como introducción a la serie de discursos que manaron de sus labios, como de fuente de vida, en los cuales hay abismos que hacen temblar.

Consideración: Jesús se siente aliviado a la salida de Judas; reflexiona si tu presencia sirve de peso o de alivio a Jesús.

24. **Jesús predice el abandono de los discípulos.-** Pedro, tomando ocasión de las últimas palabras de Jesús, le preguntó: “Señor, ¿a dónde vas? Respondió Jesús: “Adonde yo voy no me puedes ahora seguir: mas me seguirás después”. Todos vosotros padeceréis escándalo en mí esta noche. Porque escrito está:

“Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño. Más después que resucitare, iré delante de vosotros a Galilea”.
“Simón, Simón, mira, que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo; más yo he rogado por ti, que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos”. Pedro respondió: Señor, aparejado estoy para ir contigo aun a la cárcel, y a la muerte. ¿Por qué no te puedo seguir ahora? Mi alma pondré por ti. Aunque todos se escandalizaren de ti, yo nunca me escandalizaré. Jesús le hizo observar: ¿Tú alma pondrás por mí? En verdad, en verdad te digo: que no cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces. Pedro le dijo: aunque sea menester morir contigo, no te negaré. Y todos los otros discípulos dijeron lo mismo. Evidentemente todos se engañaban acerca de sus fuerzas; lo que después acaeció nos demostrará cuán poco supieron mantener las repetidas declaraciones de fidelidad. Pedro, en particular, será el que caerá más miserablemente.

Consideración: Jesús predice que Pedro le negará porque se fía demasiado de sí mismo; aprende tú a fiarte solamente de Dios, y nada de tus fuerzas, si no quieres caer.

25. Es necesario prepararse.- Las precedentes palabras de Jesús fueron un aviso para los Apóstoles. De ahora en adelante ya no podrán seguir al Maestro; tendrán que separarse dolorosamente de él, quedando abandonados a mil pruebas y luchas en las cuales desfallecerán, momentáneamente. Habían terminado los días tranquilos; desaparecían juntamente con Jesús; empezaban días de dolor, eran necesario que los discípulos se preparasen para ellos.- Jesús les dijo: -Cuando os envié sin bolsa y sin alforja y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?- Y ellos respondieron: Nada. Luego añadió: Pues ahora quien tiene bolsa, tómela; y también alforja; y el que no la tiene, venda su túnica, y compre espada. Porque os digo, que es necesario que se vea cumplido en mí aun esto que está escrito: *Y fue contado entre los inicuos.* Porque las cosas que miran a mí,

tienen su cumplimiento.- Más ellos respondieron: Señor, he aquí dos espadas. Y el contestó: Basta. Interpretaría mal el pensamiento de Jesús el que viese en estas enérgicas imágenes un recurso a la fuerza material; según su costumbre, explica en parábolas vigorosas el estado de hostilidad que espera a los suyos. Hablaba así porque quería que estuviesen preparados a inminentes y durísimas pruebas.

Consideración: Bajo las imágenes de armas materiales, Jesús entiende preparar a los suyos a pruebas morales; reflexiona que la preparación espiritual te es necesaria, si quieres salir victorioso en los peligros de la vida.

IV

DISCURSOS INEFABLES

26.- **No se turbe vuestro corazón.-** Los Apóstoles estaban turbados y afligidos por las palabras oídas al divino Maestro. Jesús les consoló, hablándoles a continuación con inefable dulzura. “No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre, hay muchas moradas. Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho. Voy a prepararos el lugar. Y si me fuere, yo os aparejaré lugar; *vendré otra vez y os tomaré conmigo*; para que donde yo estoy, estéis también vosotros. También sabéis a dónde voy yo, y sabéis el camino. Tomás le interrumpe: Señor, no sabemos a dónde vas: pues, ¿cómo podemos saber el camino? -Jesús le responde: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*: Nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conociereis a mí, ciertamente conoceríais también a mi Padre; y desde ahora le conoceréis, y lo habéis visto.- Felipe le dice: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Respondió Jesús: Tanto tiempo ha que estoy con vosotros ¿y no me habéis conocido? Felipe, *el que me ve a mí, ve también al Padre*. Cómo dices: ¿Muéstranos al Padre? ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí

mismo. Más el Padre que está en mí él hace las obras. ¿No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Y si no creedlo por las mismas obras. En verdad, en verdad os digo: El que cree en mí él también hará las obras que yo hago, y mayores que éstas hará: porque yo voy al Padre.

Consideración: Jesús consuela a los Apóstoles turbados y afligidos; reflexiona que sólo Jesús es el que puede consolarte en tus interiores aflicciones.

27. No os dejaré huérfanos.- Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, yo lo haré, a fin de que sea el Padre glorificado en el Hijo. Si pidieréis alguna cosa en mi nombre, lo haré, a fin de que sea el Padre glorificado en el Hijo. Si pidieréis alguna cosa en mi nombre, lo haré. *Si me amáis guardad mis mandamientos.* Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, a fin de que more siempre con vosotros el Espíritu de verdad, a quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve, ni lo conoce: mas vosotros lo conoceréis: porque morará con vosotros y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros. Todavía un poquito y el mundo ya no me ve. Más vosotros me veis, porque yo vivo y también vosotros viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre; y vosotros en mí, y yo en vosotros. Quien tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre; y yo le amaré, y me manifestaré a él.- Le dice entonces, Judas, no el Iscariote: Señor, ¿cómo es que te has de manifestar a nosotros, y no al mundo? - Jesús respondió y le dijo: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que habéis oído, no es mía, sino del Padre, que me envió.

Consideración: Jesús consuela a los Apóstoles diciéndoles que no les dejará huérfanos: Reflexiona que Jesús mantiene aun al

presente su promesa por medio del Santísimo Sacramento del altar, y resuélvete a estar siempre cerca de El.

28. Os doy mi paz.- “Estas cosas os he hablado estando con vosotros. El Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho. *La paz, os dejo, mi paz os doy*; no se las doy yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde. Habéis oído que os he dicho: *voy y vengo a vosotros*. Si me amáis, *os gozaréis*, ciertamente, porque voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo. Y ahora os lo he dicho antes que sea; para que lo creáis, cuando fuere hecho. Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí. Más para que el mundo conozca que amo al Padre, y como me dio el mandamiento el Padre, así obro: *Levantaos y vamos de aquí*. Todo lo que el hombre puede saber de Dios, del Hijo de Dios, del Espíritu Santo, de la religión, obra divina de Jesús, todo está resumido en estos íntimos coloquios del Salvador, que superan a las más altas concepciones de la mente humana, sin que todavía agoten el tesoro de las enseñanzas del maestro.”

Consideración: Jesús distingue muy bien su paz de la paz del mundo; reflexiona cuál es la paz que tú deseas y aprende a no fiarte de la falsa paz del mundo.

29. Acción de gracias. Las últimas palabras de Jesús sacaron a los Apóstoles de aquel suave éxtasis, en que estaban absortos, al oír las inefables enseñanzas que salían de la boca del Redentor. Jamás hubieran querido moverse de aquel lugar; pero cuando vieron que Jesús se levantó, se levantaron también ellos, y rezaron juntos el himno de acción de gracias intitulado “Aleluya”. Resulta de la autoridad de los libros de la Sinagoga que este himno estaba compuesto por los siguientes Salmos: 112 Laudate, pueri, Dominum. 113 In exitu Israel de Egipto. 114 Dilexi quoniam exaudiet Dominus. 115 Credidi propter quod

Locutas sum. 116 Laudate Dominum omnes gentes. 117 Confitemini Domino, quoniam bonus. 118 Beati immaculati in via. Son Salmos que recuerdan la salida de Egipto, el paso del Mar Rojo, la promulgación de la ley, la Pasión y la Resurrección del Mesías, en los cuales veía Jesús su propio destino, sus luchas, su muerte, y su triunfo. Recitado, por tanto, este himno Jesús salió del cenáculo con los once, descendió de Sión, y por la escabrosa pendiente del Ophel, se dirigió hacia el valle de Josafat, al Monte de los Olivos.

Consideración: Jesús, después de la cena, da gracias públicamente a su divino Padre; aprende tú a hacer una fervorosa acción de gracias después de la Santa Comunión, con actos de fe, esperanza, caridad, dolor y propósito.

30. Yo soy la verdadera vid.- El descenso no se efectuó en silencio; Jesús deseaba vivamente dejar a sus Apóstoles los últimos recuerdos, y ellos ansiaban oírlos. Se veían a la claridad de la luna las viñas plantadas en el rocoso declive del monte y aprovechando la ocasión dijo: *Yo soy la verdadera vid: y mi Padre es el Labrador.* Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará: y todo aquel que diere fruto, lo limpiará para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado. Estad en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid; así ni vosotros, si no estuviereis en mí. Yo soy la vid vosotros los sarmientos: el que está en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada. El que no estuviere en mí será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará y le cogerán, y lo meterán en el fuego y arderá. Si estuviereis en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pediréis cuanto quisiereis, y os será concedido. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y en que seáis mis discípulos.

Consideración: Jesús se llama la verdadera vid y sus fieles son los sarmientos; reflexiona que solamente de Jesús puedes recibir el buen jugo de la gracia y el verdadero alimento para tu alma.

31. Este es mi mandamiento.- El alma de Jesús rebotaba de amor infinito en estos momentos; así que, bajo la fuerza de este amor, continúa hablando: “Así como el Padre me amó, así también yo os he amado. *Perseverad en mi amor.* Si guardarais mis mandamientos, perseveraréis en mi amor; así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor. Estas cosas os he dicho, para que mi gozo, esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros, como yo os amé. Ninguno tiene mayor amor que este que es poner su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hicierais las cosas que yo os mando. No os llamaré ya siervos, que el siervo no sabe lo que hace su señor. Más a vosotros os he llamado amigos; porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre. No me elegisteis vosotros a mí: mas yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis, y llevéis fruto; y que permanezca vuestro fruto; para que os de el Padre todo lo que le pidierais en mi nombre. Esto os mando: que os améis los unos a los otros.

Consideración: El amor fraternal es el precepto que Jesús llama particularmente suyo; reflexiona si le observas y cómo le observas, a fin de ser verdadero discípulo de Jesús.

32. El mundo os odia.- Los Apóstoles, y con ellos todos los secuaces de Jesús, serán el blanco del odio del mundo. El divino Maestro quiere que lo sepamos con anticipación; por eso se lo pone ante sus ojos, y les previene y fortalece contra sus asaltos, a fin de que, por muy terribles que sean, salgan siempre vencedores. *Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí antes que a vosotros.* Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; más porque no sois del mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo. Acordaos de

mis palabras, que yo os he dicho: *El siervo no es mayor que su señor*. Si a mí han perseguido también os perseguirán a vosotros; si mi palabra han guardado, también guardarán la vuestra. Más todas estas cosas os harán por causa de mi nombre; porque no conocen a aquel que me ha enviado. Si no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tiene excusa su pecado. El que me aborrece, también aborrece a mi Padre. Si no hubiese hecho entre ellos, obras que ninguno otro ha hecho, no tendrían pecado; más ahora, y las han visto, y me aborrecen a mí, y a mi Padre. Más para que se cumpla la palabra que está escrita en su Ley; *Que me aborrecieron de grado*. Pero cuando viniere el Paráclito que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Y vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.

Consideración: El que ama a Jesús, odia al mundo, y el que ama al mundo odia a Jesús; examina bien cuál es el afecto que te guía.

33. Las persecuciones.- El odio de los enemigos de Jesús no había de quedar en lo interior de su ánimo, o limitarse solamente a prorrumper en palabras de amenazas; debía, por lo contrario, producir una persecución cruel, violenta, sangrienta, primero contra el mismo Jesús, y después contra sus secuaces. Jesús avisa de ante mano a sus discípulos que sufrirán persecuciones; diciéndoles: *esto os he dicho, a fin de que no os escandalicéis*. Os echarán de las Sinagogas; vendrá la hora en que cualquiera que os mate, pensará que hace servicio a Dios. Y os harán esto, porque no conocieron al Padre ni a mí. Os he dicho estas cosas para que cuando viniere la hora, os acordéis de ello, que yo os lo dije. No os dije estas cosas al principio porque estaba con vosotros. Mas ahora voy a aquél que me envió y ninguno de vosotros me pregunta: *¿A dónde vas?* Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestro corazón. Mas yo os digo la verdad: que conviene a vosotros que yo me vaya; porque

si no me fuere, no vendrá a vosotros el Paráclito; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él viniere, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio. De pecado ciertamente: porque no han creído en mí. Y de justicia: porque voy al Padre y ya no me veréis. Y de juicio: porque el príncipe de este mundo ya es juzgado.

Consideración: Las persecuciones son el distintivo de los secuaces de Jesucristo; reflexiona cómo estás preparado para ellas, y cómo en ellas te portas.

34. Me voy al Padre.- Aunque tengo otras muchas cosas que deciros: más por ahora no podéis comprenderlas. Cuando venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades *necesarias para la salvación*: pues no hablará de suyo; sino que dirá todas las cosas que habrá oído, y os anunciará las venideras. El me glorificará: porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre, es mío. Por eso he dicho que recibirá de lo mío, y os lo anunciará. Dentro de poco ya no me veréis; más poco después, *en resucitando*, me volveréis a ver: porque me voy al Padre. Al oír esto, algunos de los discípulos se decían unos a otros ¿Qué nos querrá decir con esto: Dentro de poco no me veréis: mas poco después me volveréis a ver: porque me voy al Padre? Decían, pues: ¿Qué poquito de tiempo es éste de que habla? No entendemos lo que quiere decirnos. Conoció Jesús que deseaban preguntarle, y les dijo: vosotros estáis tratando y preguntándoos unos a otros por qué habré dicho: dentro de poco ya no me veréis; mas poco después me volveréis a ver. En verdad, en verdad os digo, *que vosotros lloraréis y plañiréis, mientras el mundo se regocija: os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo*. La mujer en los dolores del parto, está poseída de tristeza, porque le vino su hora; mas una vez que ha dado a luz un infante, ya no se acuerda de su angustia, con el gozo que tiene de haber dado un hombre al mundo. Así vosotros, al presente, a la verdad, padecéis tristeza, pero yo

volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo: y nadie os quitará vuestro gozo.

Consideración: Jesús se va al Padre, pero promete el Espíritu Santo, que consolará a los Apóstoles en sus aflicciones; invoca tú con frecuencia al Divino Espíritu, si quieres tener alivio en tus tristezas y pruebas.

35. Yo he vencido al mundo.- En aquel día no me preguntaréis cosa alguna. En verdad, en verdad, os digo: *que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá.* Hasta ahora no le habéis pedido en mi nombre. Pedidle, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo. Os he dicho estas cosas usando de parábolas. Va llegando el tiempo en que ya no os hablará con parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas del Padre. Entonces le pediréis en mi nombre; y no os digo que yo intercederé con mi Padre por vosotros. Siendo cierto que el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado, y creído que yo he salido de Dios. Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo, y otra vez voy al Padre. Le dicen sus discípulos: Ahora si que hablas claro, y no en proverbios. Ahora conocemos que tú lo sabes todo, y no has menester que nadie te haga preguntas; por donde creemos que has salido de Dios. Y les respondió Jesús: *Pues sabed que viene el tiempo, y ya llegó, en que seréis esparcidos y cada uno de vosotros se ira por su lado, y me dejaréis solo: si bien no estoy solo, porque el Padre está siempre conmigo.* Estas cosas os he dicho con el fin de que halléis mi paz. En el mundo tendréis grandes tribulaciones: pero tened confianza: *yo he vencido al mundo.*

Consideración: Jesús vence al mundo con su Pasión, ármate con el recuerdo de la Pasión de Jesús, si quieres salir victorioso en los peligros.

36. Padre glorifica a tu Hijo.- Caminando Jesús con los once hacia el huerto de Getsemaní, llega al valle de Cedrón, se

detiene en la orilla del torrente, y dirige al Padre una oración que encierra toda la virtud de su sacrificio. Continúa, en efecto, el sagrado texto: Estas cosas habló Jesús: Y levantando los ojos al cielo, dijo: *Padre mío, la hora es llegada, glorifica a tu Hijo*, para que tu Hijo te glorifique a ti; pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado. *Y la vida eterna consiste en conocerte a ti, sólo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste*. Yo te he glorificado; tengo acabado la obra, cuya ejecución me encomendaste. Ahora glorifícame, tú ¡Oh Padre! En ti mismo, con aquella gloria que *como Dios* tuve yo en ti, antes que el mundo fuese. Yo he manifestado tu nombre a los hombres que me has dado en el mundo. Tuyos eran, y me los diste, y ellos han puesto por obra tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste, viene de ti; porque yo les di las palabras o doctrina, que tú me diste; y ellos las han recibido, y han reconocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú eres el que me has enviado.

Consideración: Jesús pide al Padre la glorificación que le es debida; glorifícale tú en ti con una vida que corresponda a sus enseñanzas.

37. Padre guarda a mis discípulos.- Jesús sigue después en su oración, con el mismo ardor de afectos, y siempre con nuevos y sublimes pensamientos: “Por ellos ruego yo ahora: No ruego por el mundo, sino por estos que me diste: porque tuyos son; y todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías: y en ellos he sido glorificado. Yo ya no estoy más en el mundo, pero éstos quedan en el mundo, yo estoy de partida para ti. ¡Oh Padre santo! Guarda en tu nombre a estos que tú me has dado; a fin de que sean una misma cosa *por la caridad*, así como nosotros lo somos *en la naturaleza*. Mientras estaba yo con ellos, yo los defendía en tu nombre. Guardado he los que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido sino *Judas*, el hijo de la perdición, cumpliéndose así la Escritura. Mas ahora vengo a ti;

y digo esto estando todavía en el mundo, a fin de que ellos tengan en sí mismos el gozo cumplido que tengo yo. Yo les he comunicado tu doctrina, y el mundo les ha aborrecido, porque no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo. Santifícalos en la verdad. La palabra tuya es la verdad misma.

Consideración: Jesús confía la custodia de sus discípulos al Padre; aprende tú a vivir siempre abandonado en las manos del Padre celestial, y a confiar enteramente en él.

38. Padre, que todos sean una misma cosa. Así como tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también a ellos al mundo. Y yo por amor de ellos me santifico a mí mismo; con el fin de que ellos sean santificados en la verdad. Pero no ruego solamente por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicación. Ruego que todos sean una misma cosa; y que como Tú ¡oh Padre estás en mí, y yo en ti *por identidad de naturaleza*, así sean ellos una misma cosa en nosotros por *unión de amor*; para que crea el mundo que tú me has enviado! Yo les he dado *ya parte* de la gloria que tú me diste *alimentándolos con mi misma sustancia*; para que en *cierta manera* sean una misma cosa, como lo somos nosotros. Yo estoy en ellos y tú estás en mí; a fin de que sean consumados en la unidad: y conozca el mundo que tú me has enviado, y amándolos a ellos como a mí me amaste. *Padre, yo deseo ardientemente que aquellos que tú me has dado, estén conmigo allí mismo donde yo estoy: para que contemplen mi gloria, cual tú me la has dado:* porque tú me amaste desde antes de la creación del mundo. ¡Padre justo! El mundo no te ha conocido: yo sí que te he conocido: y estos han conocido que tú me enviaste. Yo, por mi parte, les he dado y daré a conocer tu nombre: para que el amor con que me amaste, esté en ellos, y yo en ellos.

Consideración: Jesús pide que sus discípulos sean una cosa con él y con el Padre; esto es lo que más insistentemente debes pedir en tus oraciones: la unión de tu espíritu con Dios.

V

GETSEMANI

39. Pasa el torrente Cedrón.- Parece que Jesús no sabía poner fin a sus discursos con aquellos a quien tanto amaba su corazón y que dentro de pocas horas habían de verse sometidos a durísimas pruebas. Pero el tiempo corría, y los enemigos velaban; no convenía que estos le prendiesen de improviso, lo cual no era conveniente a la sabiduría divina. Jesús se puso, pues, en camino con los suyos, y, pasando el torrente Cedrón sobre el puente de piedra se dirigió a la otra parte, hacia el huerto de Getsemaní en el cual entró con sus discípulos. Es el lugar donde Jesús solía retirarse solo o con sus discípulos para hacer oración o pasar la noche. El sendero que conduce al valle del torrente a Getsemaní, está abierto en la roca; deja a un lado la tumba de Absalón, cubierta con las piedras que al pasarle arrojan en señal de desprecio; después se alarga entre dos pequeños muros de piedra en seco. Jesús pasa por este sendero; pero ya no parece él. Ha cambiado de aspecto; taciturno, meditabundo, triste, precede algunos pasos a sus discípulos. Estos maravillados de esta mutación en Jesús, comienzan a temer que alguna cosa sobremanera dolorosa va a acontecer. Su temor era muy fundado; pronto resultará una terrible realidad.

Consideración: Jesús, pasando el Cedrón, pisa el sendero que le conduce al lugar de los dolores y de la agonía mortal; aprende tú a superar las dificultades que encuentres en el sendero de la vida, para hacer la voluntad de Dios.

40. Entra en el huerto.- Jesús llegó con sus discípulos, hacia la hora de las diez, a los umbrales del huerto, y abriéndolo, entró. No quiso sin embargo, que todos asistiesen a su última oración

en aquel lugar, y a su agonía mortal. Solamente los que le habían contemplado transformado por la gloria sobre el Tabor, serían admitidos ahora a contemplarlo transformado por el dolor en el huerto de Getsemaní. No son para todas las almas las intensas alegrías y los intensos dolores divinos, sino sólo para aquellos a quienes quiere dar Dios un testimonio de especial predilección. Deteniéndose, pues, el Salvador a la entrada del huerto, se dirigió a ocho de sus discípulos y les dijo: *Sentaos aquí, mientras voy allí y hago oración*. Y tomando consigo a Pedro, y a los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, los mismos que habían sido testigos de la transfiguración sobre el Tabor, se alejó algo de los otros ocho; los cuales no estando y abajo las miradas directas del Maestro, se olvidaron pronto de su recomendación, y cansados por los viajes que había hecho, por las fuertes y diferentes emociones probadas en aquella memorable jornada, por lo adelantado de la noche y vencidos por el sueño, se retiraron a un caserío próximo, donde se habían recogido otras veces para dormir. Así empezó alrededor de Jesús aquel aislamiento, que debía terminar con un total abandono por parte de los discípulos, como él mismo lo había anunciado.

Consideración: Jesús, para hacer oración, entra en el huerto de Getsemaní, lugar de soledad y de silencio; aprende tú a separarte, al menos espiritualmente, de los rumores del mundo, si quieres hablar con Dios.

41. **Mi alma está triste.-** Alejándose de los ocho, se internó en el huerto, precediendo algunos pasos a los otros tres, en silencio, y con el dolor impreso en el rostro. Al llegar a cierto punto, cerca de una peña que salía a flor de tierra se detiene, y volviéndose a los tres Apóstoles, les dice con profunda tristeza: *Triste está mi alma hasta la muerte; esperad aquí, y velad conmigo*. Al oír estas palabras seguramente que los tres quedarían apenados, porque jamás se las habían oído semejantes ni nunca le vieron en tal actitud; pero no se atrevieron a

preguntarle la razón, y obedecieron, parándose en el lugar que les había indicado. También hubieran querido velar, según la recomendación de Jesús; más si el espíritu estaba pronto, la carne era enferma; así que, cansados y vencidos por el sueño, cedieron al mismo, en el lugar en donde se habían detenido. Mientras tanto, Jesús se alejó de ellos como un tiro de piedra - unos cincuenta pasos - y, oprimido por tristeza mortal, entró en una Gruta, para hacer su dolorosa oración. Jesús está completamente aislado, ninguno lo acompaña, puede repetir con Job: *Me han abandonado mis amigos más íntimos. Y con Isaías: El lagar pisé yo sólo, y de las naciones no hay hombre alguno conmigo.*

Consideración: Jesús sintió un tedio inmenso desde el principio de la oración, y sin embargo, no se retiró de ella; aprende tú a no dejarte vencer por las dificultades que quisieran impedirte orar.

42. La Gruta de la oración.- La gruta donde entró Jesús es amplia apenas alumbrada por una lucera abierta en bóveda muy alta la cual descansa sobre columnas naturales, que dividen el lugar en algunas naves a modo de templo. No era la primera vez que entraba en ella. Los Apóstoles le habían visto entrar muchas veces para derramar su corazón en la oración, durante la noche, antes de concederse un poco de sueño. Esta vez, sin embargo, entraba para hacer su última y dolorosa oración, a la cual no sucederá el descanso sobre la desnuda piedra, sino la traición, el destrozo, la muerte. Es sumamente importante ver cómo ora. Retirado al fondo de la gruta hinca las rodillas, se postra con la frente en tierra y comienza la oración a su divino Padre. De su corazón salían fuertes gemidos, abundantes lágrimas manaban de sus ojos, un sudor frío corre por toda su persona, un sudor de sangre brota hasta empapar la tierra. Así, y no diversamente debemos imaginarnos a Jesús orando y agonizante en el huerto, aunque manifestado al principio sino en el curso de la oración. Es la situación correspondiente a la realidad, tan apta para conmover y atraer los corazones hacia el Salvador.

Consideración: Jesús, al orar, se pone en la actitud más humilde y conmovedora; aprende tú con qué reverencia y humildad debes presentarte delante de Dios para pedirle gracias.

43. El cáliz de las iniquidades humanas.- La oración que hace Jesús en la actitud que acabamos de describir es de las más conmovedoras. *“Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz: pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú”*. “¡Oh Padre, Padre mío!” decía: todas las cosas te son posibles, aparta de mí este cáliz”. Jesús habla aquí de las iniquidades humanas, que ahora tiene delante, le rodean por todas partes y amenazan sumergirlo como impetuoso torrente. Ha querido sustituir al hombre pecador, tomando sobre sí todos los pecados y haciéndose responsable delante de Dios: tiene que probar ahora toda la pena de esta voluntaria solidaridad. Esta pena es inmensa, porque entre él y el pecado no puede haber más que una repugnancia invencible, innecesaria, infinita; y no obstante, la tiene que sufrir, porque así lo ha determinado para salvar a la humanidad. En este momento distingue sin confusión “todas las especies de pecados por los cuales debía sufrir; los pecados de los reyes, de los pueblos; los pecados de los ricos y de los pobres; los pecados de los padres y de los hijos; los pecados de los sacerdotes y de los seglares”: los pecados de traición, de perfidia, de impureza, de sacrilegio, de imprecación, de blasfemia. ¡Cúmulo espantoso! Doquiera vuelva los ojos sólo ve torrentes de pecados que descargan sobre su sagrada persona: bien puede Jesús apropiarse las palabras de los Profetas: “Sálvame, Dios”; porque han entrado las aguas hasta mi alma. Atollado estoy en el cieno del profundo, y no hay consistencia. He llegado a alta mar, y la tempestad me ha sumergido.

Consideración: El alma de Jesús se entristece a la vista de todos los pecados del mundo; reflexiona tú que también tus pecados contristaron entonces a Jesús, y resuelve llorarlos y hacer penitencia.

44. Los discípulos dormidos.- El Cordero Inmaculado, Jesús, rodeado, oprimido, sumergido en la indecencia de las iniquidades humanas, continuaba en su oración al Padre. Y levantándose de la oración, después de cierto tiempo, “viniendo a sus discípulos los halló dormidos por causa de la tristeza”. Dijo entonces a Pedro: “¿*Simón, duermes?* Volviéndose después a los otros dos, les dice: ¿También vosotros dormís? ¿*No habéis podido velar una hora conmigo?* Levantaos, velad y orad, para que no caigáis en la tentación”. “El Espíritu, a la verdad, está pronto, pero la carne enferma.” ¿Qué pretendía hacer Jesús con esta interrupción, y con esta visita a los Apóstoles dormidos? Oprimido por tantos dolores, entendía manifestarles la tristeza de su corazón, a fin de que, en los momentos dolorosos de la vida, aprendamos de él a buscar legítimos consuelos. Por eso, no manifiesta en público sus penas interiores y ni siquiera se las manifiesta a todos los Apóstoles, sus fieles amigos; sino sólo a los tres íntimos confidentes, testigos ya de su gloria. Las palabras que dijo a los tres, antes de comenzar su oración, nos indican cómo debemos hablar en semejantes circunstancias: mi alma está triste hasta la muerte. Ni una palabra áspera, ni una señal contra los que iban a quitarle la vida, su vida inocente; sino la sencilla narración de su estado interior. He aquí el modo de hacer nuestras confidencias.

Consideración: Jesús reprende dulcemente a los apóstoles, porque duermen en vez de orar; reflexiona tú si no mereces semejante reproche por tu negligencia en hacer compañía a Jesús en la oración.

45. El cáliz de su Pasión y muerte.- Los Apóstoles, soñolientos y confusos como estaban, no supieron que responder a las palabras de Jesús. Comprendían el grave estado en que se hallaba su Maestro; pero el sueño y el cansancio casi les quitaba la voluntad de obedecer sus recomendaciones y de prestarle algún alivio. Por eso, Jesús sin esperar respuesta, volvió a la gruta para continuar su oración, que en sustancia era la misma

pero con una modificación digna de consideración. De rodillas, con la frente en tierra, oró segunda vez: *Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase, tu voluntad.* En esta segunda oración ya no pide que se aleje de él el cáliz, sino solamente que se cumpla en él la voluntad de su Padre. Y al hacer este acto de sumisión, acepta beber el cáliz de su Pasión y muerte, hasta la última gota. Pasa por su mente la serie de humillaciones y sufrimientos que su alma y su carne han de padecer para llegar a la completa satisfacción de la justicia divina. Ha tomado las apariencias de pecador: pague, pues el tributo de las apariencias tomadas. Caerán sobre él todos los dolores, y El los ve y los siente antes de haberse sometido a ellos. Ve y siente la traición de Judas, el abandono de los Apóstoles, la negación de Pedro, las burlas, las bofetadas, los esputos, la condenación, los azotes, la corona de espinas, la cruz, el Calvario, los clavos, la agonía, la muerte. En el huerto siente, en compendio, y anticipadamente todos los dolores de la Pasión.

Consideración: Jesús sufre, al ver delante las penas y tormentos a que será sometido, pero se resigna y conforma con la voluntad de su Padre; aprende tú a resignarte con la voluntad de Dios, en las aflicciones presentes y en la previsión de las venideras.

46. Segunda visita a los tres Apóstoles.- Después de haber orado y sufrido largo rato, se levanta segunda vez y va a sus discípulos. “Los halló dormidos porque sus ojos estaban cargados y no sabían qué responderle.” Esta segunda visita merece una reflexión. No la hizo solamente para mostrar a sus Apóstoles las angustias de su corazón, si no también para significar su amor hacia ellos y la solicitud que tenía por su bien. ¿Temía les hubiese acaecido alguna cosa? Por lo menos, deseaba saber qué hacían y cómo estaban. Hacía tres años enteros que venía obrando de esta manera, cuidando afectuosamente de ellos, velando y protegiéndolos siempre, como una madre amorosa cuida y vela a su único hijo. No podía

olvidarlos un instante antes de abandonarlos definitivamente. En esta circunstancia es precisamente cuando su amorosa solicitud debía resplandecer con fulgores más vivos, pues la ejercía en el preciso momento en que él mismo estaba en la agonía de su muerte, y sus discípulos se mostraban más indignos que nunca de su amor. ¡Ay! ¡Si el Creador, tuviese cuidado de nosotros solamente cuando le somos gratos! Le obligaríamos a dejarnos en un perpetuo abandono. Pero Jesús vino expresamente para hacerse nuestro hermano, no para abandonarnos.

Consideración: Jesús no dirige reproche alguno a los discípulos dormidos, sino que sufre y calla; aprende, tú a sufrir y callar, cuando las personas amadas se muestran indiferentes.

47. El cáliz de la ingratitud.- En esta segunda visita a los Apóstoles dormidos, Jesús, por compasión no les dirige ningún reproche, y no esperando recibir de ellos ningún alivio, vuelve sobre sus pasos, entre en la gruta, hincándose en el mismo lugar y tomando la misma actitud: “Y dejándolos fue de nuevo a orar, tercera vez, diciendo las mismas palabras: *“Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya”*. Ahora se le presenta el cáliz de todas las ingratitudes humanas: irreverencias, profanaciones, sacrilegios hacia el sacramento de su amor, la Santísima Eucaristía: calumnias y persecuciones, contra su cuerpo místico, la Iglesia santa; traiciones por parte de las personas a quien más ha favorecido. El número de almas, que no obstante, su sangre derramada, se condenarán, le aterra. Jesús ve pasar delante de sí estas almas, como llevadas por un torbellino de gemidos y de sollozos, arrastradas hacia los abismos adonde jamás llegará el perdón. En vano alarga sus manos suplicantes, con acento de inefable ternura. ¿Y, porqué no aumentará Jesús hasta lo infinito las agonías y las torturas de la Pasión con tal de asegurar la salvación de estas almas locas? Pero aún cuando las aumentase, estas almas no le oirían e igualmente se perderían; esta condenación es la que tanto atormenta a Jesús.

Consideración: Jesús sufre inmensamente a la vista de tantas almas que se condenan; reflexiona cual es la solicitud que tienes para salvar tu alma.

48. Agonía y sudor de sangre.- Las iniquidades humanas, los tormentos de la Pasión, que ya siente, la ingratitud de las almas compradas a tan caro precio, asedian tan de cerca el alma y el corazón de Jesús, que empieza a entrar en una especie de agonía mortal. Un ángel del cielo desciende entonces y se pone de rodillas cerca del mártir divino para ayudarle a soportar la última lucha. Postrado con la cara en tierra, Jesús ora multiplicando las invocaciones al Padre, con tanta mayor insistencia, en cuanto que su voz no parecía ser escuchada. Siente la pena del abandono por parte de los hombres y de Dios. El Padre celestial ha cerrado sus oídos y su corazón, dejando a su Hijo predilecto, al objeto de todas sus complacencias, en el abandono que había pedido el mismo, cuando quiso ocupar nuestro puesto. Este abandono es para Jesús peor que la muerte y *“ciertamente hubiera muerto, si un poder divino no le hubiera sostenido a fin de reservarlo para otros suplicios”*. Si no muere, siente sin embargo, las penas de una agonía desgarradora. Su sangre corre entonces impetuosamente por las arterias, y forzando los poros, salen en abundantes gotas del cuerpo, baña los vestidos y la tierra; apenas se percibe ya su voz, y su sagrada persona, encorvada sobre el terreno, queda medio privada de la vida. Sudor, lágrimas, y sangre se mezclan y corren por la tierra. La lucha ha terminado; y sintiéndose agotado, toma de nuevo fuerzas, se levanta, va al lugar donde estaban los discípulos y les dice: dormid ahora y descansad; y he aquí que llegó la hora, y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores: Levantaos, vamos: ya llega aquel que me ha de entregar.

Consideración: Jesús sufre por tu amor el más desolador abandono; prométele por amor suyo, hacerle compañía en sus penas.

49. **Judas y los Esbirros.**- Judas, en efecto, seguido de los soldados, no estaba lejos. Había conseguido su intento. Después de salir apresuradamente del cenáculo, acudió a los principales adversarios de Jesús para decirles que había llegado el momento oportuno de prenderlo; que le dieran personal de los custodios ordinarios del templo y de la guardia asalariada, provistos de bastones y de armas, y él pensaría en conducirlos adonde estaba Jesús. Su demanda fue oída al instante, concediéndole todo lo que pedía. El traidor entonces, después de haber comprobado que Jesús y los Apóstoles les habían abandonado el cenáculo, hacia algunas horas, bajó la alta ciudad con la tropa, llegó al valle de Josafat, pasó el puente del Cedrón, se dirigió hacia el huerto de Getsemaní, donde sabía que Jesús, como de costumbre, se había refugiado. Mientras tanto hacia a los furibundos esbirros mil recomendaciones. “Acercaos al lugar con mucho silencio, manteneos un poco atrás, yo me adelantaré solo, no sea que despertemos sospechas. Me acercaré a él, lo besaré; ésta será para vosotros la señal de avanzar, prendedlo y conducidlo con precaución.” Todos prometieron observar puntualmente todas sus recomendaciones.

Consideración: Judas recomienda la observancia de las precauciones más minuciosas para llevar a feliz término la traición de Jesús; tú, al contrario, aprende a usar las mismas precauciones para no perder nunca la gracia de Jesús.

50. **¡Dios te guarde, Maestro!**- No eran desconocidas de Jesús las maquinaciones de Judas; todo lo había predicho y todas las veía en su desenvolvimiento. Sabía muy bien que dentro de poco vendría el traidor con los esbirros a prenderlo. Por eso salió de la gruta, acudió a sus discípulos por última vez, y les dirigió las referidas palabras (Véase el número 48). Mientras los Apóstoles, asustados sacudían el sueño, Jesús precediéndoles, se adelantó hacia la entrada del huerto, donde había dejado los ocho discípulos (Núm. 40). Era cerca de la media noche. Judas llegó a los umbrales del huerto, mandó a los

soldados esperasen fuera, y él pretendió entrar, creyendo que el Señor estaba en lo interior. Pero precisamente entonces acababa Jesús de llegar a la entrada del huerto. Viéndole de improviso delante de sí, Judas se encontró algún tanto confuso; pero se desembarazó al instante recordándose de la señal convenida. Y se llegó luego a Jesús y le dijo: *Dios te guarde, Maestro. Y lo besó.* Mientras se acercaba el traidor, Jesús le preguntó: *¿Amigo a qué has venido?* Y cuando ya había recibido el beso, Jesús exclama con acento de ternura y de dolor: *Judas ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?*

Consideración: Judas, con un beso, hace traición al Señor; reflexiona si no te has servido nunca de tu aparente devoción para ocultar las ofensas graves o ligeras contra la bondad de Dios.

51. La turba cae en tierra.- Cuando Judas oyó las palabras de Jesús, quedó como humillado, confuso, y retrocedió casi instintivamente buscando dentro de sí una palabra, una frase cualquiera con que ocultar si fuera posible, al divino Maestro, su propia perfidia. Pero comprendió que con Jesús eran inútiles todas las ficciones y que nada se le podía ocultar ni siquiera el pensamiento más recóndito. Retrocediendo el pérfido, fue a colocarse fuera del umbral donde se había detenido la turba. Pero Jesús sabiendo todo lo que le iba a suceder se adelantó y les dijo: *¿A quién buscáis?* Le respondieron: A Jesús Nazareno. Les dice Jesús: *Yo soy*, retrocedieron todos y cayeron en tierra. Mas les volvió a preguntar: *¿A quién buscáis?* Y ellos dijeron: A Jesús Nazareno. Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos; para que se cumpliese la palabra que dijo: *Padre ninguno he perdido de los que tú me diste.* Con esta segunda pregunta, Jesús hacía comprender a sus enemigos que no pretendía derribarlos en tierra para siempre y que ahora, después de haber probado momentáneamente su omnipotencia, podían levantarse. En efecto, se levantaron al

instante en nada enmendados, y adelantándose echaron la mano a Jesús y le prendieron.

Consideración: Jesús con una sola palabra derriba por tierra a sus enemigos; reflexiona en el terror de los impíos en el día del juicio final, cuando se manifieste Jesús en toda su gloria y majestad.

52. Los Apóstoles intentan la defensa del Maestro.- ¿Dónde estaban los Apóstoles mientras sucedían estas cosas? Pedro, Santiago y Juan después de despertar, presintiendo alguna cosa grave, corrieron a despertar a los otros ocho que reposaban en el inmediato caserío. Asustados también éstos, se levantaron apresuradamente y en un abrir y cerrar de ojos se trasladaron a la entrada del huerto, al lado de Jesús. Presenciaron la escena indicada sin saber todavía de qué se trataba, pero cuando vieron poner las manos encima de Jesús, comprendieron entonces la gravedad del caso y juzgaron que aquél era el momento de obrar “cuando vieron los que estaban con Jesús y lo que iba a suceder le dijeron: Señor ¿herimos con espada? Y uno de ellos Simón Pedro alargando la mano sacó su espada e hiriendo a un siervo del Pontífice le cortó la oreja derecha. Este siervo se llamaba Malco. Sucedió esto con la rapidez del rayo, antes de oír la respuesta de Jesús. Pero Jesús tomando la palabra dijo luego: dejadlo, no paséis adelante. Y habiendo tocado la oreja del herido, “lo curó”. Dijo después a Pedro: Mete tu espada en la vaina; porque todos los que se sirvieren de la espada, a espada morirán. Piensas que no puedo acudir a mi Padre y pondrá al momento a mi disposición más de doce legiones de ángeles. *El cáliz que me ha dado mi Padre ¿he de dejar yo de beberlo?* ¿Cómo se cumplirán las Escrituras, según las cuales conviene que suceda así?

Consideración: Jesús no probó ni quiso la defensa con las armas materiales, hecha por los Apóstoles; tú debes defenderlo

siempre con las armas morales de una vida intachable y de un celo ilustrado.

53. Esta es vuestra hora.- Las palabras de Jesús a los Apóstoles y poco después las dirigidas a sus enemigos, no fueran posibles sino es suponiendo un cambio de aspecto en la turba. El movimiento imprevisto de los Apóstoles probablemente atemorizó a los enemigos los cuales según las indicaciones de Judas, creían que Jesús estaba solo, y que sus discípulos estaban en aquella hora dormidos. Además la oscuridad, rota solamente por el tenue claro de las teas, no les permitía ver el número haciéndolos creer más de los que eran. Quizás pensaron que Judas les había conducido allí para hacerles traición. El hecho es que retrocedieron y dejaron libre a Jesús. Jesús se aprovechó de este instante para dirigir a los Apóstoles las referidas palabras, después de las cuales se vuelve a la turba, a los príncipes de los sacerdotes, a los prefectos del templo y a los señores, que se habían movido contra él y les dice: “Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos a prenderme; cada día estaba sentado entre vosotros enseñándoos en el templo, y no me prendisteis *más esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*. Todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los Profetas”.

Consideración: La hora de los malvados es aquella en que ejecutan obras pecaminosas, la hora de los justos, por el contrario es aquella en que se practican obras virtuosas; reflexiona cómo has empleado el tiempo en la práctica del bien y promete más cuidado y empeño para lo sucesivo.

54. En los tribunales como cordero en medio de lobos.- Jesús, con sus últimas palabras, hizo comprender a sus enemigos que no haría más oposición y que en todo se entregaba a su diabólico furor. Ellos lo entendieron bien, y como perros rabiosos se abalanzaron contra él. *La cohorte de soldados, el tribuno y los ministros de los judíos prendieron a Jesús y le*

ataron. No omitieron precaución alguna. Le doblan las manos por detrás, le echan otras cuerdas al cuello y alrededor de la cintura, temiendo que se les marchase de las manos. No había necesidad de nada de eso, puesto que Jesús, cual mansísimo Cordero llevado al matadero, no hace la más mínima resistencia ni pronuncia la más breve palabra de lamento o de amenaza. Y así como escucha con mansedumbre divina las palabras de los esbirros, ya de alegría infernal, ya de burla, ora de blasfemia, ora de imprecación y de amenaza; así soporta, con la misma mansedumbre todas las villanías, los golpes, y las heridas de aquellos lobos enfurecidos, los cuales se preparan a desandar el camino hacia Jerusalén. ¿Qué hacen entre tanto los discípulos? Recibida de Jesús la prohibición de herir a nadie, se atemorizaron ante el número de enemigos que ya estaban para echárseles encima, “*abandonaron al Maestro, y huyeron*”. Sólo cierto joven cubierto con una sábana seguía a Jesús y los soldados le cogieron. Mas él soltando la sábana, desnudo, se escapó de ellos”.

Consideración: Jesús es maniatado, arrastrado, mofado, escarnecido, golpeado, herido; reflexiona que con estas ligaduras, te ha libertado de las ligaduras del pecado, por lo cual te pide agradecimiento.

55. Cae en el torrente.- Jesús, traicionado por Judas, abandonado de los Apóstoles, atado como un malhechor, custodiado, rodeado, arrastrado por furibundos enemigos, desanda el camino recorrido pocas horas antes con los amigos. Este viaje en tales condiciones resulta penosísimo para Jesús debilitado ya por la sangre derramada en el huerto. La conducta de los soldados aumenta más y más sus dolores y penas. La turba indisciplinada, tumultuosa acelerada baja el sendero, que en ciertos puntos está formado por gradas, cargando de improperios a Jesús. Le golpean, le empujan a diestra y siniestra, le injurian, le hieren; así llegan con él al puente sobre el torrente Cedrón. La tradición nos hace asistir aquí a una

escena conmovedora. Jesús, golpeado y empujado de tan malas maneras, cae tendido sobre el rocoso lecho del torrente dando con las rodillas y la cabeza en las piedras quedando allí inmóvil entre las risotadas y las mofas de aquellas fieras. ¿Querrán acaso, desahogar su rencor contra Jesús por haber sido violentamente arrojados en tierra con una sola palabra en el huerto? Al caer Jesús, cae con las espaldas vueltas a Judas, que atormentado por los remordimientos, lo observa todo desde el otro lado por un ojo del puente. Parece que el divino Maestro tiene horror de mostrar su rostro al traidor, hijo de perdición. Es el castigo debido a todos los impíos obstinados.

Consideración: Jesús es golpeado, empujado, injuriado y herido por los soldados, tú en cambio trata a Jesús y a tus hermanos con mansedumbre, amabilidad y delicadeza.

56.- El Pontífice Anás.- Jesús ligado como estaba, ciertamente que no hubiera podido levantarse del lugar de la caída; así que le ayudaron a levantar sus mismos enemigos a quienes apremiaba llegar pronto a la alta ciudad; después se continuó el camino por una subida fatigosa y en ciertos puntos escarpada. Primeramente le presentaron a Anás, suegro de Caifás, pontífice aquel año. Caifás era el que aconsejó a los judíos que: *convenía que muriese un solo hombre por el pueblo*. Los dos pontífices tan estrechamente unidos entre sí por los vínculos de la sangre, habitaban un mismo palacio o en dos, de tal manera próximos, que parecía uno solo. Aunque ya no era sumo pontífice, Anás por su astucia y por la práctica adquirida en tantos años de mando y también por el ascendiente que tenía sobre el pueblo, era el que indirectamente dirigía los asuntos religiosos de la nación. La cuestión de Jesús, que se decía el Mesías esperado por los judíos, que había querido demostrar esta cualidad con portentos de todo género, era una cuestión eminentemente religiosa, más aún, vital para la nación. Era pues imposible que Anás no se ocupase de ella, aunque no oficialmente. Aunque, a decir verdad él fue el que tejó y ordenó hasta allí todas las

insidias y todas las tramas contra Jesús; este viejo astuto, fue el inspirador y hostigador de todo; con él se había entendido Judas antes de ejecutar la traición. No debe, por tanto, causar maravilla que Jesús fuese conducido primero a Anás.

Consideración: Anás emplea toda su astucia en tender insidias a Jesús; reflexiona qué uso haces de los dones naturales que te ha concedido el Creador.

57.- Preguntas y respuestas.- Era cerca de la una y media después de medianoche, Anás como los demás enemigos del Salvador, estaba esperando el éxito de la conjuración; fue avisado al instante de que todo había salido bien y que dentro de breves momentos le presentarían a Jesús. La alegría que sintió al anuncio de esta noticia, fue igual al odio que tenía y no veía el instante de tener delante de sí al Mesías, para hacerle algunas preguntas a fin de sonsacarle siquiera una palabra que sirviera de motivo para condenarle. Finalmente aparece Jesús, rodeado de la chusma, maniatado, vilipendiado, fatigado por el viaje, en un estado que causaría compasión a las mismas fieras; entra en el palacio del pontífice; ya se halla frente a frente de Anás. “El pontífice preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Jesús le respondió: Yo manifiestamente he hablado al mundo; Yo siempre he enseñado en la Sinagoga y en el templo, adonde concurren todos los judíos; y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntas a mí? Pregunta a aquellos que han oído lo que yo les hablé; estos saben lo que he dicho.

Consideración: Anás, con verdadera malicia, pregunta a Jesús, acerca de su doctrina; tú al contrario, medita con sencillez las enseñanzas divinas y procura ponerlas en práctica.

58. La bofetada.- Esta respuesta, con la que Jesús llama a todo el mundo a testimoniar su inocencia, puso en apuros a Anás, el cual ciertamente no esperaba que un prisionero le diera semejante contestación. Mientras pensaba cómo reanudar las

preguntas, un siervo del mismo pontífice sacó de apuros a su amo. Este siervo, según la tradición, era el mismo Malco a quien Pedro cortó la oreja en el huerto y, curada después por Jesús. Cuando oyó la respuesta de Jesús, “dio una bofetada a Jesús diciendo: *¿Así respondes al Pontífice?* Jesús le respondió: *si he hablado mal, da testimonio del mal; pero si bien, ¿por qué me hieres?* Nada más ilegal e injusto por parte del siervo; y nada más justo que las palabras del Salvador. Ninguna ley, en efecto permite maltratar a un acusado, que aun no ha sido condenado y que probablemente puede ser inocente; y mucho menos se dio nunca a un siervo el derecho de abofetear al acusado que se defiende a sí mismo en el proceso. Las palabras de Jesús son además, las palabras de la verdad, que no teme ser desmentida delante de ninguna prueba; son las palabras de la dulzura que ablandan los corazones más duros. En el caso de este siervo, la tradición nos demuestra profundamente impresionado por la mansísima conducta de Jesús; quizás se convertiría y expiaría su pecado con una vida santa.

Consideración: Jesús es herido y deshonrado públicamente con una bofetada; aprende a soportar por su amor las injurias que se te hagan.

59.- Primera negación de Pedro.- Mientras sucedían estas cosas en presencia de Anás, acaecía otro hecho en el atrio del palacio; Pedro, en este intervalo, niega repetidas veces a su maestro. Después que los Apóstoles se dieron a la fuga en el huerto (Núm. 54) Pedro y Juan recapacitaron, se avergonzaron de su vileza y se decidieron a seguir al menos de lejos, a Jesús. Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Y aquél discípulo era conocido del pontífice y entró con Jesús en el atrio del pontífice. Pedro estaba fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, que era conocido del Pontífice, y lo dijo a la portera e hizo entrar a Pedro. Aquí iban a empezar las negaciones del apóstol demasiado seguro y confiado de sí mismo. Y dice a Pedro la criada portera: *¿No eres tú también de los discípulos de ese*

hombre? Una respuesta afirmativa probablemente no hubiera causado a Pedro ningún perjuicio siendo compañero de Juan, públicamente conocido como discípulo de Jesús. Pero él se atemorizó y presagió, quién sabe cuantas desgracias; y bajo esta impresión respondió al instante: No lo soy. Era la primera negación, tanto menos excusable, cuanto que la pregunta fue hecha por una mujer que le preguntaba sólo por curiosidad.

Consideración: Pedro niega a Jesús por temor de una mujer; reflexiona que muchas veces descuidas el cumplimiento de tus deberes por un vano respeto humano.

60. Segunda negación.- El que empieza a caer, no se detiene fácilmente a la primera caída; sigue; sigue la segunda, la tercera y otras más, hasta que la mano misericordiosa de Dios le detiene y convierte al culpable. Así sucedió a Pedro; la primera negación no fue más que el principio de otras que siguieron. A la verdad “estaban los siervos y los ministros calentándose al fuego porque hacía frío; y habiendo encendido fuego en medio del atrio y sentándose alrededor, estaba también Pedro en medio de ellos sentado con los ministros para ver el fin. Y se acercó a él una criada del sumo sacerdote; y viendo a Pedro sentado al fuego, mirándolo fijamente dijo: este también estaba con Jesús; sí; tú también estabas con Jesús el Galileo. Pedro, apostrofado delante de tanta gente, se atemorizó más y cegado por la gravedad del caso, multiplicó las negaciones, diciendo: Mujer, no le conozco; *ni le conozco, ni sé lo que dices*. Y salió fuera del atrio, y cantó el gallo. Y saliendo él a la puerta, le vio otra criada y dijo a los que estaban allí; Este estaba también con Jesús Nazareno. Y negó otra vez con juramento diciendo: *No conozco a tal hombre*. De allí a poco se acercó otro de los que allí estaban y dijo a Pedro: Seguramente tú también eres de ellos. Y dijo Pedro: “Hombre no lo soy.” “¡Pobre Pedro! No se apercibía que el temor y las negaciones le arruinaban cada vez más.

Consideración: Pedro niega segunda vez a Jesús, porque se fía de sí mismo y se expone a las ocasiones; reflexiona que ésta es también la razón de tus repetidas caídas.

61. Delante de Caifás.- Anás, después de las últimas palabras que Jesús dirigió al siervo que le abofeteó, quedó todavía más indeciso no sabiendo como continuar las preguntas al Salvador, a fin de arrancarle alguna palabra de acusación. Pero llegaron muy a tiempo los enviados de Caifás, diciéndole de parte de éste, que el Sanedrín estaba reunido y que se condujese allí a Jesús, ya que el juicio formal se debía celebrar solamente delante de este pontífice. Las guardias rodearon otra vez al Señor, le quitaron de la presencia de Anás, le hicieron pasar por los diversos vestíbulos y por el atrio y en pocos minutos lo presentaron al Sanedrín. “Anás lo envió atado al pontífice Caifás”; estas son las breves palabras evangélicas que nos cuentan el hecho; son más que suficientes para indicarnos que Jesús se encontró entonces delante de una reunión formada con todos los elementos y aparatos exteriores acostumbrados en estos casos, de los cuales conviene tener una idea. Caifás está sentado sobre un palco, no muy alto, especie de trono adornado con trabajos en talla, reservado al príncipe de los sacerdotes. Los otros miembros del Sanedrín, pontífices, escribas, ancianos del pueblo, están sentados en semicírculo sobre una grada cubierta de tapetes y cojines. Jesús fue colocado en medio de pie, y con las manos atadas. A un lado están los satélites, los siervos, la turba; y a los lados extremos del semicírculo, los dos secretarios con sus tablillas en la mano, para registrar las disposiciones.

Consideración: Caifás se sirve del aparato exterior para herir más a Jesús; considera si no te has servido nunca de tus buenas apariencias para pecar más libremente.

62. Falsas acusaciones.- Se abrió formalmente el juicio. El primer acto que hizo el sumo sacerdote fue preguntar si entre

tanta gente, había alguno que quisiera hacer de testigo contra el Señor. La acusación debía ser tal que sirviese para condenarlo a muerte. Este era el pensamiento bien a las claras, manifestado por los sacerdotes, y por los señores. “Los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio buscaba algún falso testimonio, contra Jesús, para entregarle a la muerte. Y no le hallaron aunque se habían presentado muchos falsos testigos. Porque muchos decían testimonio falso contra él; pero no concordaban sus testimonios. Más por último llegaron dos testigos falsos que dijeron: Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este templo hecho de manos de los hombres, y en tres días fabricaré otro sin obra de mano alguna. Pero tampoco en este testimonio estaban acordes. Entonces el sumo sacerdote levantándose en medio del congreso, interrogó a Jesús diciéndole: *¿No respondes nada a los cargos que te hacen éstos?* Jesús callaba y nada respondió”. ¿Porqué responder a acusaciones de individuos que entre sí se contradecían y tergiversaban maliciosamente el sentido claro de sus palabras?

Consideración: Jesús acusado falsamente, calla; aprende tú a callar humildemente cuando te reprochan un defecto verdadero.

63. Es reo de muerte.- El silencio de Jesús irritó sobre manera a Caifás, el cual perdió su calma más aparente que real y decidió hacerle una pregunta en nombre de la Religión. “Le interrogó de nuevo el sumo sacerdote y le dijo; Te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo el Hijo de Dios bendito. Jesús le dice: *Yo soy, tú mismo lo has dicho*; y aun te digo que algún día veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo”. Jesús había hablado así por respeto al Santo Nombre en virtud del cual se pedía una respuesta, y para confirmar delante de una asamblea tan imponente su cualidad de Hijo de Dios. Esta respuesta, sin embargo, desencadenó sobre él una tempestad de furor y de rabia por parte de los circunstantes. Caifás se fingió invadido de religioso horror procurando manifestarlo al exterior; los demás

le imitaron en la hipocresía. “Al punto el sumo sacerdote rasgando sus vestiduras dice: ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos de testigos? Vosotros mismos le habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Ya se sabía cual había de ser la respuesta”. Todos ellos le condenaron y respondiendo dijeron: es reo de muerte.

Consideración: Jesús es declarado reo de muerte, por haber sostenido una verdad probada con estrepitosos milagros; aprende tú a no mentir nunca a tu conciencia a costa de cualquiera pena temporal.

64. **Insanos furores.-** Apenas fue pronunciada la sentencia a muerte, todos los jueces, criados y chusma que asistían montaron en diabólico furor. Los jueces arrellenados sobre sus cojines, se levantaron en pié; los secretarios dedicados en las dos extremidades del semicírculo a escribir las disposiciones arrojaron con desdén las tablillas; todos los circunstantes se pusieron a vocear, lanzando mil villanías e improperios al acusado; se hace lo que se ve hacer a los jefes. Se escupe en cara a Jesús, se le abofetea, se le golpea, se le hiere, se le insulta de todas las maneras. *Entonces le escupieron en la cara, y le maltrataron a puñadas y otros le dieron bofetadas en el rostro.* No desisten hasta que se cansan; después se retiran a sus habitaciones, dejando a Jesús en poder de algunas guardias, las cuales desde el lugar de la reunión le conducen fuera del patio continuando los ultrajes. Jesús calla siempre y soporta con admirable paciencia todos estos malos tratos; no sale de su bendita boca el más mínimo lamento. Eran cerca de las tres y media.

Consideración: Jesús insultado, herido, abofeteado, sufre y calla; aprende tú a padecer y callar por amor de Jesús.

65. **Tercera negación.-** Mientras sucedían estas cosas delante de Caifás, Pedro, que había procurado rehuir otras preguntas

indiscretas fue por el contrario, turbado nuevamente “Casi una hora después otro criado del sumo pontífice, pariente de aquél a quien Pedro había cortado la oreja, decía resueltamente: ¿No te vi yo en el huerto con él? Sí, verdaderamente tú también eres uno de ellos, porque aun tu habla te da bien a conocer”. Y como si esto no bastase, se sumaron otros al interrogatorio, y rodearon al tímido y cobarde discípulo. “Se acercaron los que allí estaban y dijeron a Pedro: Verdaderamente tú eres de ellos porque eres también Galileo”. Ante tan terminantes afirmaciones, Pedro se creyó perdido; la dolorosa escena de la prisión de Jesús en el huerto de Getsemaní se le presentó en todas sus más mínimas circunstancias, y los enemigos le recordaban ahora todas las cosas: ¡Me han visto en el huerto!... Luego han visto mi singular ardor en defender a Jesús, la espada en mano, el golpe lanzado contra Malco... todo. Pensó que para librarse de tan grave peligro, era necesario insistir en la negación aunque fuera con imprecaciones y perjuicios; así lo hizo. “Y él comenzó a maldecirse y a jurar: *No conozco a ese hombre que decís*. Así “en presencia de los siervos del sumo sacerdote, Pedro negó conocer como hombre, al que en medio del colegio apostólico había confesado y reconocido por Hijo de Dios”. ¡Era el colmo de la vileza y de la debilidad humana!

Consideración: El excesivo miedo a los hombres hace a Pedro ingrato, infiel, perjurio, examínate seriamente para ver si el temor humano no te ha inducido nunca a ser ingrato con Jesús.

66. Arrepentimiento de Pedro.- Había llegado el momento de la misericordia de Dios. Pedro, según la hermosa palabra de Jesús debía convertirse, para confirmar después a sus hermanos en la fe. Aun estaba pronunciando los últimos perjurios, cuando el gallo, como si supiera el efecto que había de sufrir, emitió su canto agudo. Este canto despertó al Apóstol perjurio del letargo de su culpa. “Y en el mismo instante, cuando él estaba aún hablando, cantó el gallo, segunda vez”. Pero aun esto no hubiera sido suficiente; era necesaria la mirada de Jesús para que Pedro

entrarse dentro de sí definitivamente. Y la misericordiosa mirada de Jesús no se hizo esperar. Mientras Pedro pronunciaba su tercera negación y el gallo cantaba, Jesús, conducido al atrio en un estado lastimoso (Núm. 64), pasó cerca de Pedro; volviéndose el Señor, le miró. Los ojos del Maestro se encontraron con los del discípulo; esta mirada fue como un dardo que le traspasó el alma. *Y volviéndose el Señor, miró a Pedro...* Pedro se acordó de la palabra que le había dicho Jesús: Antes que el gallo cante me negarás tres veces. Este recuerdo sacudió su espíritu y le mostró el abismo en que había caído. No podía más; las lágrimas saltaron impetuosas a los ojos y debió salir apresurado del palacio para dar libre desahogo a su amargo llanto. *Y saliendo Pedro fuera lloró amargamente.* Una piadosa tradición nos dice que se retiró llorando a la próxima casa donde moraba la bendita Madre de Jesús, le confesó el pecado cometido y le pidió perdón; después se fue a una gruta cercana, para continuar llorando su culpa. Toda la vida, cuando oía cantar al gallo, las lágrimas corrieron de sus ojos y surcaron sus mejillas.

Consideración: La mirada de Jesús hizo que Pedro se arrepintiese; procura estar siempre con la memoria bajo esta mirada divina para tener un sincero dolor de tus pecados.

67. Burlas y heridas.- Cuando los jueces, ancianos y pueblo se hubieron retirado, Jesús quedó bajo la custodia de algunos soldados hasta que, después de unas horas se pudiese reunir otro concilio para tomar la última decisión. Mientras tanto los mismos soldados se creyeron con derecho de continuar los insultos al amantísimo Señor; así que, rodeándole, le escarnecían y atormentaban a porfía. *Y aquellos, que tenían a Jesús le escarnecían hiriéndole.* Una sola cosa, sin embargo, servía de humillación y de tormento: el silencio de Jesús y su mirada, ya fija, ya llena de lágrimas, pero siempre dulce. Precisaba hallar el medio para hacerle romper el silencio, e impedir aquella mirada; y lo encontraron muy pronto, digno de

su grosería y crueldad. Taparle la cara, herirle despiadadamente, y al mismo tiempo, hacerle preguntas con palabras de mofa y de tormento, he aquí el medio que imaginaron para impedir el silencio y la mirada. “Y le vendaron los ojos, y le herían en la cara, y le preguntaban: *Adivina, Cristo, ¿quién es el que te hirió?* Y decían otras muchas cosas blasfemando contra él. Y los ministros le daban de bofetadas.

Consideración: Los soldados tapan la cara a Jesús para escarnecerlo y abofetearlo; reflexiona que el pecador, para abandonarse libremente al pecado, antes pierde de vista la amable presencia de Dios.

68. En prisiones.- El rencor de los enemigos, con todos los medios crueles que adoptaron, no consiguió el fin que ellos deseaban; porque Jesús, escarnecido y atormentado, no dijo la más mínima palabra de reproche o de lamento; ni siquiera dejó señal alguna de tedio o de impaciencia. Los soldados, cansados de insultar al paciente, determinaron reposar hasta la hora destinada a celebrar la segunda reunión. Pero era necesario asegurar antes al prisionero, en un lugar donde ni pudiese huir ni ser libertado por ninguno de sus amigos. En el piso bajo y al lado de la habitación del conserje, existía un sucio escondrijo que quizás servía también de prisión a los acusados, durante la noche y en los intervalos del proceso. Aquí es donde por cautela y seguridad, arrastraron a Jesús encerrándole dentro y ellos se acostaron. Jesús es el único que no puede descansar; se lo impide la inmundicia del lugar; las ligaduras que le molestan y la imposibilidad de tomar una posición cómoda.

Consideración: Jesús sufre y ora en el oscuro escondrijo; asóciate tú espiritualmente a Jesús para compadecerlo y hacerle compañía.

69. Del palacio de Caifás al tribunal.- Hacia las seis de la mañana, los pontífices, los escribas y los ancianos se reunieron

de nuevo, no en el palacio de Caifás, sino en el lugar donde se juzgaban las causas más graves de religión, y que probablemente sería una sala grande anexa al mismo templo. En efecto, hallamos escrito: “Y cuando fue de día se juntaron los ancianos del pueblo, y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas contra Jesús, para hacerlo morir y le llevaron a su concilio”. A esta hora todos los habitantes de Jerusalén conocían la prisión de Jesús verificada durante la noche. El que no pudo saberlo pronto, lo supo por la mañana y cada uno creyó un deber comprobar con sus propios ojos un hecho de tanta importancia. La concurrencia al lugar de la reunión fue general, y aun los numerosos forasteros, que en aquellos días se hallaban en Jerusalén, por razón de la Pascua, hicieron todo lo posible para intervenir. Las guardias a la hora señalada abrieron el escondrijo donde habían encerrado a Jesús, le sacaron fuera, y en el lastimoso estado en que se encontraba le condujeron al tribunal indicado, mientras que, en el trayecto, iba engrosando por momentos la turba de enemigos y curiosos.

Consideración: Jesús es objeto de curiosidad y de insultos en las calles de Jerusalén; tú por el contrario, debes fijar siempre tu mirada en El con viva fe.

70. Yo soy el Hijo de Dios.- Antes de que Jesús apareciese de nuevo, los principales jefes de los judíos, en las pocas horas transcurridas desde la última sesión nocturna, habían ideado ya la línea de conducta que habían de seguir para entregar a Jesús y hacerlo condenar a muerte. Resolvieron no dirigirle muchas preguntas, sino solamente hacerle repetir, que él era el Hijo de Dios, igual al Padre. Conseguida esta respuesta tendrían un motivo grave para acusarle de blasfemo y hacerle condenar a muerte, según lo prescrito por la Ley. La cosa salió a medida de sus deseos. Cuando Jesús llegó al tribunal, seguido de las guardias y de la plebe, cada cual ocupaba ya su lugar. En el fondo de la sala, en alto, el Sumo Sacerdote; alrededor, sentados sobre cojines, los jueces; en medio Jesús con las manos atadas; a

los lados, la guardia; a las espaldas, el pueblo. Caifás se levantó entonces y preguntó a Jesús. “Si tú eres el Cristo dínoslo”. Respondió Jesús: si os lo dijere, no me creeréis; y si yo os hiciese alguna pregunta, no me responderéis, ni me dejaréis. Más desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la diestra de la virtud de Dios. “Dijeron entonces todos: Luego ¿tú eres el Hijo de Dios? Jesús respondió: *Vosotros decís, que yo lo soy*. Era la respuesta que ellos deseaban; una vez obtenida gritaron todos a una: ¿Qué necesidad tenemos de testigos? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca y seguidos de las turbas alborotadas se dirigieron a la torre Antonia, residencia del gobernador de Judea, Poncio Pilatos, por quien deseaban fuese pronunciada la sentencia de muerte.

Consideración: Los Judíos quieren que muera Jesús porque ha dicho la verdad, que es el Hijo de Dios; tú por el contrario, renueva tu fe en El y, postrado, adóralo profundamente.

71. Judas sigue a Jesús.- Antes de asistir a lo que sucedió ante Pilatos, veamos el fin horrible del traidor Judas, ya que, como parece, después de haber asistido a la segunda reunión del Sanedrín, fue cuando se abandonó a la desesperación. Este desgraciado Apóstol, después que hubo hecho traición a Jesús, siguió a la turba desde Getsemaní a la casa de Anás, vio todos los escarnios que se hacían a Jesús, asistió a su caída en el torrente, a las primeras preguntas de Anás, a la bofetada, a las negaciones de Pedro, al interrogatorio de Caifás, a las exclamaciones de muerte, a los esputos, a las heridas, y probablemente conoció también las dolorosas e indecentes mofas de los guardias a Jesús en el resto de la noche. En fin, sin haber podido descansar, fue por la mañana al tribunal de las causas graves, donde pudo oír y entender que ya no había esperanza de vida para el Salvador. La vista de todos los tormentos del divino Maestro, no sirvió a Judas más que para precipitarlo más pronto en el abismo de la desesperación.

Consideración: Judas sigue a Jesús con malas intenciones, por eso no recaba ningún bien, y si muchos males; examina tus disposiciones en tu seguimiento a Jesús y enmiéndate.

72. Desesperación de Judas.- Es muy difícil adivinar el estado de ánimo del pérfido Judas después de su traición. La turbación que siente el pecador en cuanto ha cometido el pecado, la debió sentir el traidor de un modo intensísimo. Seguía a Jesús, maltratado, arrastrado, y golpeado, pero quizás se hacía la ilusión de que los enemigos no llegarían al punto de hacerlo morir. Quizás también esperaba que el Maestro se libertara a sí mismo con uno de aquellos prodigios con los que había conquistado tanta celebridad. ¿No los había obrado en otras circunstancias, cuando los enemigos le quisieron prender y apedrear? ¿Por qué no haría otro tanto también ahora? Pero la situación era muy diversa. Jesús sufría y callaba, y cuando hablaba, hacía comprender claramente que había llegado su hora, y que la muerte estaba próxima para él. No aparecía, pues, por ninguna parte la voluntad de librarse con los prodigios. Entonces conoció Judas la enormidad del acto que había llevado a cabo, y se sintió como oprimido por este conocimiento. Su turbación se cambió de pronto en verdadera desesperación, y creyó que ya no merecía perdón ni ante los hombres ni ante Dios.

Consideración: Judas desespera del perdón de Jesús, no obstante haber experimentado muchas veces su infinita bondad; no hagas tú nunca esta injuria al Señor, ni siquiera levemente; confía siempre en él, arrepíentete de tus pecados.

73. Judas muere ahorcado.- “Entonces Judas, cuando vio que había sido condenado, movido de arrepentimiento, volvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes, y a los ancianos, diciendo: *He pecado, entregando la sangre inocente.* Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros?, lo veras tú. Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró”

Abandonando a toda prisa, aquel lugar, bajó al valle, pasó el Cedrón y casi sin darse cuenta, volvió a repetir el camino, que había andado el martes por la tarde, cuando acudió al solitario palacio de Caifás, de lado de Belén y había cerrado el horrible contrato. Al llegar a cierto punto, cansado del camino, detuvo sus pasos, y agitado horriblemente su ánimo, dirigió las miradas al monte del mal consejo, después al huerto de Getsemaní, y por último, al otro lado del torrente, a Jerusalén con su templo: todos estos lugares le recordaron su perfidia. Recordó las enseñanzas y los beneficios recibidos de Jesús y los numerosos rasgos de su inefable bondad; todavía resonaban en sus oídos las últimas palabras del huerto: “*Amigo, ¿a qué has venido?*” Su ingratitud a tanta bondad le pareció monstruosa, imperdonable. El desgraciado no quiso pensar que la humillación y el arrepentimiento le hubieran podido salvar aún, y le pareció que sólo la muerte le podía librar de tantos remordimientos. Estrechado por la desesperación, se echó un lazo al cuello, subió a un árbol cercano, ató la otra extremidad del lazo a una rama, se dejó caer pendiente, y quedó destrozado. La violencia de la caída, los desesperados movimientos en las últimas apreturas, le partieron las vísceras, que se derramaron por la tierra.

Consideración: Judas trae a la mente su propia ingratitud, para decidirse mejor a la desesperación, y tú, reflexionando que eres un ingrato, decide, por el contrario, arrepentirte, abandonándote a la bondad de Dios.

74. **El campo del alfarero.**- ¿Qué destino se daría a las monedas arrojadas por Judas en el templo? Los sacerdotes no las habían querido; más cuando las vieron esparcidas por el suelo y supieron que su poseedor se había quitado la vida, violentamente ordenaron que fueran recogidas y dijeron: “No es lícito meter estas monedas en el tesoro, porque es precio de sangre”. Se reunieron en consejo para determinar el uso que se les debía dar. Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros. Por

lo cual fue llamado aquel campo, “*Hacéldama*, esto es, campo de sangre, hasta el día de hoy”. Así se cumplió lo que fue predicho por Zacarías profeta, que dijo: Y tomaron las treinta monedas de plata, precio del apreciado, al cual apreciaron, de los hijos de Israel; y las dieron por el campo del alfarero, así como lo ordenó el Señor”.

Consideración: el precio de la sangre de Jesús causa escrúpulos a los Judíos, los cuales, sin embargo, no sienten ninguno en condenarle a muerte; considera tú que la hipocresía finge siempre delicadeza en las cosas pequeñas para ocultarse mejor al hacer las cosas graves.

75. Ante Pilatos.- Mientras Judas ejecutaba sus desesperados designios, Jesús, con las manos atadas con las cadenas al cuello y en medio de las turbas alborotadas e insultantes, fue conducido al gobernador romano de toda la Judea. Pilatos había sido ya avisado de la llegada del augusto prisionero. Cuando llegaron al pretorio “era muy de mañana; y ellos no entraron en el pretorio por no contaminarse, al contacto con un gentil, y para poder comer la Pascua. El presidente pues, no pudo detenerse en el lugar acostumbrado de las sentencias, y adelantándose se detuvo cerca de Jesús. “Por eso Pilatos salió fuera y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y le dijeron: Si éste no fuera malhechor no te le hubiéramos entregado. Pilatos les dijo entonces: “Tomadle allí vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Los judíos le dijeron: A nosotros no nos es permitido matar a nadie. Con lo que vino a cumplirse lo que Jesús dijo indicando el género de muerte de que había de morir.” Y continuando en las acusaciones dijeron: “A éste le hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación, y vedando pagar los tributos al César, y diciendo, que él es el Cristo o el ungido rey de Israel”.

Consideración: Los injustos acusadores quieren ser creídos sin pruebas; piensa si tienes tú esta pretensión cuando debes referir los defectos de tu prójimo.

76. **Yo soy Rey.-** al oír estas últimas palabras de los judíos, Pilatos entró de nuevo en el pretorio, y llamó a Jesús; el cual fue presentado ante el presidente, quien le preguntó ¿Eres tú rey de los judíos? Jesús le dijo: *Tú lo dices. ¿Lo dices de ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?* Respondió Pilatos: ¿Acaso soy galileo? Tu nación y tus pontífices te han puesto en mis manos: ¿qué has hecho? Respondió Jesús; mi reino no es de este mundo; si mi reino fuese de este mundo ciertamente que mis ministros trabajarían para que no fuese entregado en poder de los judíos; mi reino no es de acá. Le replicó Pilatos, ¿Luego rey eres tú? Respondió Jesús: *Tú dices que yo soy rey.* Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo aquel que pertenece a la verdad, escucha mi voz. Le dice Pilatos: ¿Qué es la verdad? Y sin esperar respuesta, salió otra vez al pretorio.

Consideración: Jesús es verdaderamente rey de todos, pero los enemigos de la verdad no quieren someterse a El; tú, por el contrario, ama la verdad, y sométete siempre al dominio de Jesús.

77. **Yo no hallo causa de muerte.-** Esta brusca interrupción del coloquio denotaba que el presidente estaba contrariado e indeciso. Comprendía que el acusado era inocente y quería salvarlo. Y cuando esto hubo dicho, salió otra vez a los judíos, y les dijo: *Yo no hallo en él ninguna causa.* Pero los príncipes de los sacerdotes le acusaban de muchas cosas. Y Jesús siendo acusado por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos, no respondió nada. Pilatos le dice entonces. ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan. Jesús no contestó ni una sola palabra. De modo que Pilatos estaba altamente maravillado. Los judíos se frotaban las manos y decían: tiene alborotado el

pueblo con la doctrina que esparce por toda Judea, comenzando desde Galilea, hasta aquí. El débil Pilatos, entre el misterioso silencio de Jesús y las rabiosas e insulsas acusaciones de los judíos, no sabía qué hacer.

Consideración: Pilatos reconoce la inocencia de Jesús pero es débil en defenderla; reflexiona qué celos tienes por el honor de Jesús con las palabras y con el ejemplo.

78. Es enviado a Herodes.- Al oír el nombre de Galilea, cruzó un pensamiento por la mente de Pilatos, ¿será Jesús Galileo? Se lo preguntó al instante a los que tenían más cerca, los cuales le respondieron que, en efecto el acusado pertenecía a aquella región, sujeta al dominio de Herodes, que por una feliz coincidencia se hallaba aquellos días en Jerusalén. Pilatos para quitarse de engorros, decidió enviar a Jesús a aquel rey, a fin de que fuese juzgado por él. “Pilatos oyendo Galilea preguntó si aquel hombre era Galileo. Y cuando entendió que era de la jurisdicción de Herodes, lo remitió al mismo Herodes que en aquellos días se hallaba también en Jerusalén”. El presidente romano creía que así se libraría de ulteriores molestias y de toda responsabilidad; esperando además obtener en este acto de deferencia hacia Herodes, la cesación de la notoria y pública enemistad que existía entre los dos gobernadores. De este modo con un solo acto se proponía dos bienes. En parte no se engañó, porque desde aquel día quedaron amigos Herodes y Pilatos; porque antes eran enemigos entre sí”.

Consideración: Pilatos, con el fin de eximirse del cumplimiento de un deber enojoso, se sirve de un pretexto, aunque fuera fundado, para alejar de su tribunal a Jesús; considera si no le imitas, al buscar pretextos para eximirte de tus deberes.

79. En las calles de Jerusalén.- Las órdenes de Pilatos se cumplieron al pie de la letra. Las guardias y los criados que habían capturado, atado y custodiado a Jesús, conduciéndole de

un tribunal a otro, fueron sustituidas por los soldados romanos, probablemente los mismos que habían seguido a Pilatos al apaciguar la insurrección de la Isla Ponza y los mismos judíos, que pertenecían a la legión Itálica. Jesús por lo tanto, rodeado de estos soldados y de la acostumbrada turba, deja el pretorio y es conducido a la residencia de Herodes. Pasa por las calles de Jerusalén con las manos atadas, con los vestidos empolvados, con el rostro lleno de rubor e hinchado por las bofetadas y la barba manchada de esputos. No puede enjugarse de modo alguno ni ocultar las lágrimas que corren de sus ojos a la vista del odio y la ceguera de un pueblo tan favorecido que trata de esta manera a su Salvador. Esta ingratitud le hizo llorar muchas veces en el curso de su Pasión!

Consideración: El estado lastimoso de Jesús en el viaje desde el Palacio de Pilatos al de Herodes no mueve a compasión al endurecido corazón de los enemigos; tú por el contrario, arrodíllate en espíritu delante de Jesús, bésale las manos atadas y báñalas con tus lágrimas.

80. Silencio misterioso.- Hacia las ocho de la mañana, Jesús atravesó los umbrales del palacio de Herodes. Hacia mucho tiempo que deseaba ver y oír al Salvador; así que, al verle en su presencia, se alegró sobremanera. Y Herodes cuando vio a Jesús se holgó mucho; porque hacía mucho tiempo que deseaba verle, por las muchas cosas que había oído de él, y con esta ocasión esperaba ver algún milagro. Al mirarlo ahora delante de sí, en aquel estado, sucio, pálido, desfigurado, debió sufrir algún desengaño. ¿No se le podía haber cambiado los vestidos y asearlos? Pero ya que le tiene delante, es preciso aprovecharse de la ocasión y preguntarle. “Le hizo pues, muchas preguntas. Y estaban presente los príncipes de los sacerdotes y los escribas acusándole con grande instancia”. No es difícil imaginarse qué clase de preguntas le hacía Herodes y qué acusaciones repitiesen los judíos: El primero preguntaba por su personal curiosidad, los segundos repitieron las mismas acusaciones que su diabólica

maldad les hizo decir a Pilatos. Todos merecían las mismas respuestas, el silencio. Y Jesús la dio, porque escrito está: “*Más él no le respondió palabra*”. Con esto demostraba muy bien que sabía entre qué raza de gente se hallaba, esto es, delante de un rey adúltero y homicida y de una corte aduladora de escandalosos; y que semejante gente de ninguna manera merecía oír la voz de Jesús.

Consideración: Ni los deshonestos, ni los calumniadores, ni los curiosos merecen oír la suave voz de Jesús; procura conocer tú cual es el motivo por el cual no se te hace sentir el Señor.

81. **Burlado como loco.-** Herodes quedó engañado en sus esperanzas; ni una sílaba pudo oír de la boca de Jesús. Despechado por esto y, casi para desquitarse de la vergüenza padecida, mandó que se tratase al Salvador como a un loco. La vestidura blanca era en aquellos tiempos, un distintivo de los locos; con ellas fue vestido Jesús. “Y Herodes con sus soldados le despreció; escarneciéndole, le hizo vestir de una ropa blanca”. Fue como una señal de desprecio y burla universal. Herodes fue el primero en mofarse de todos los modos de Jesús; y a Herodes hizo eco toda la corte con los soldados y cortesanos. Los judíos, que no esperaban otra cosa siguieron el ejemplo, y mientras le colocaban las cadenas a los pulsos y otras ligaduras en la cintura y al cuello, le maltrataban como su rabia les sugería. En fin, Herodes ordenó que Jesús fuese devuelto a Pilatos, teniendo el Señor que desandar el mismo camino en medio de un pueblo, cada vez más numeroso, ávido de este espectáculo de burla, enteramente nuevo.

Consideración: La Eterna Sabiduría es tachada de locura, porque, no consiente con las pretensiones humanas; postrado adora esta Sabiduría, y sométete humildemente a sus insondables juicios.

82. **Vuelve a Pilados.-** Desde lo alta de la Torre Antonia, residencia del gobernador el centurión de guardia vio aparecer una turba de gente alborotada que llevaba en medio un hombre vestido de blanco; cuando la turba estuvo próxima y oyó la gritería y los improperios, comprendió al instante de qué se trataba. Inmediatamente corrió a advertírselo a Pilatos el cual se maravilló mucho; pero fingiendo calma salió de la habitación y descendió al Lithostrothos. La turba había llegado, y Pilatos creyó ver la hora oportuna de libertar a Jesús. Llamó a los príncipes de los sacerdotes, y a los magistrados, y al pueblo, y les dijo: Me habéis presentado este hombre como pervertidor del pueblo, y ved que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en éste hombre culpa alguna de aquellas de qué le acusáis. Ni Herodes tampoco; porque os remití a él, y he aquí que nada se ha probado, que merezca la muerte”. Así que le soltaré después de haberle castigado. Al oír esta proposición los judíos, se callaron, pero su silencio indicaba que no les agradaba. Pilatos lo comprendió al momento, mas no por eso dejó de pensar entre sí la manera de libertar a Jesús.

Consideración: Pilatos declara inocente a Jesús, y sin embargo, le manda castigar; reflexiona que estos son los medios términos a que recurren los que no quieren cumplir con todos sus deberes, y resuelve, por tu parte, huir siempre de esta manera de obrar.

83. **¿Queréis a Jesús o a Barrabás?** Pilatos se acordó muy oportunamente de la costumbre que tenían los hebreos de dar libertad, en las fiestas de Pascua, a un malhechor condenado a muerte, cualquiera fuese el crimen que hubiera cometido. “Y teniendo a la sazón en la cárcel a uno muy famoso, llamado Barrabás, encarcelado entre los sediciosos, por haber, en cierto motín, cometido un homicidio, acudió el pueblo reunido a pedirle el indulto que siempre les otorgaba.” Pareció a Pilatos una circunstancia muy propicia para libertar a Jesús, y valiéndose de ella, propuso al pueblo la elección entre Barrabás y el Salvador. “Estando los judíos reunidos, les dijo Pilatos: Ya

que tenéis la costumbre de que os suelte un reo por la Pascua: ¿a quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo, el rey de los judíos? Porque sabía bien que se lo habían entregado los príncipes de los sacerdotes por envidia.” Dándoles tiempo para reflexionar, Pilatos subió al tribunal desde donde debía pronunciar la sentencia. Quizás, el pueblo ante la figura de un Barrabás sedicioso y homicida, no hubiera tenido dificultad en pedir la libertad de Jesús; pero los jefes de los judíos, giraban entre la muchedumbre excitándola a pedir la libertad de Barrabás.

Consideración: la propuesta de Pilatos a los judíos, es la que se hace el pecador, cuando tiene que decidir entre el pecado y la gracia; reflexiona si has hecho alguna vez semejante propuesta y arrepíentete de corazón.

84. **El enviado a Procla.** En breve intervalo, Procla, mujer de Pilatos, le envió un propio especial con unas tablillas hechas de cera, sobre las cuales ella misma había escrito palabras misteriosas. He aquí la narración: Estando él sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: No te mezcles en las cosas de este justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa. Tomó las tablillas, y leídas estas palabras, Pilatos quedó preocupado, y aumentó en él, el deseo de salvar a toda costa a Jesús.” ¡Vano deseo! Porque “los príncipes y los señores indujeron al pueblo, y lo persuadieron a pedir más bien la libertad de Barrabás y *hacer morir a Jesús*”. Solamente una voluntad enérgica hubiera podido triunfar de estas insidias; que era precisamente, lo que faltaba al gobernador romano.

Consideración: Dios envía a Pilatos una amonestación extraordinaria, para que opte y se decida por la justicia, pero él no hace caso; mira si lo imitas en rechazar las divinas inspiraciones que te incitan al bien.

85. Suéltanos a Barrabás.- Leídas las tablillas y repuesto de la impresión recibida, el procurador echó una mirada a la turba y comprendió que estaba pronta a responder. Encarado, pues, con ellos les hizo la misma pregunta: “¿A cuál de los dos queréis que os suelte?” De aquellos millares de bocas salió entonces un aullido feroz. “Todos exclamaron a una: *Quítale a éste la vida, y suéltanos a Barrabás*. Barrabás era un asesino, el cual por una sedición levantada en la ciudad y por un homicidio, había sido encarcelado. Les dice de nuevo Pilatos, queriendo salvar a Jesús: ¿Pues qué haré de Jesús, que es llamado el Cristo? Respondieron, todos, gritando: *Crucifícale, crucifícale*. El presidente les dice por tercera vez: ¿Qué mal ha hecho éste? Yo no hallo en él delito ninguno de muerte; así que, después de castigarle, le pondré en libertad. Mas ellos insistían con grandes clamores pidiendo que fuese crucificado, y se aumentaba la gritería repitiendo: *Crucifícale*. Pilatos no sabía darse razón de esta obstinación por parte de las turbas; por eso temiendo haberse expresado mal repitió tres veces la misma pregunta. Pero las turbas, sugestionadas por sus jefes, no eran capaces de dar otra respuesta. ¡Pobre pueblo, siempre engañado por los aduladores!

Consideración: Asusta la obstinación de la turba en pedir la muerte de Jesús; reflexiona que espanta más el cristiano que permanece obstinado en su pecado.

86. Pilatos se lava las manos. Viendo Pilatos que nada adelantaba y que la obstinación y alboroto de la turba cada vez crecía más y más, quiso dar testimonio público de su inocencia en la condenación del justo. Habló en secreto a un oficial ordenándole que un siervo le trajese allí, al tribunal, una palangana de agua. Fue obedecido y pocos minutos después apareció el siervo con el objeto pedido, subiendo las gradas del tribunal. El pueblo estaba intrigado, no sabiendo adonde iría a parar aquel breve silencio, aquellas órdenes dadas en voz baja y la aparición del siervo con la palangana llena de agua. Pilatos se

volvió al pueblo con rostro airado. Viendo que nada adelantaba, antes bien que cada vez crecía más el tumulto, tomó el agua, se lavó las manos a vista del pueblo, diciendo: “*Inocente soy de la sangre de este justo; allá lo veáis vosotros.*” La respuesta que dio la turba a estas palabras de Pilatos, fue una formidable explosión de rabia y de imprecaciones. “Y respondiendo todo el pueblo, dijo: *recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos.* Al fin, Pilatos, queriendo contentar al pueblo, decretó que fuese ejecutada su petición, les soltó al que por causa de sedición y de homicidio había sido puesto en prisión, esto es, a Barrabás, al que ellos pedían. ¡Todo había terminado para el inocente Jesús!

Consideración: La declaración del inocente y el lavar las manos no exime de culpa a Pilatos; las obras buenas exteriores, sin las disposiciones interiores, ¿son acaso, suficientes para librar al alma de pecado?

VII

FLAGELACIÓN

87. **Diferentes modos de azotar.** La libertad de Barrabás suponía la ruina de Jesús. El preludio ordinario de la ejecución era la flagelación. Este tormento se infligía a los esclavos, por castigo, o a los condenados a muerte. No era en todo igual entre los judíos que entre los romanos. Entre los judíos no se podían dar más de cuarenta azotes al castigado, y sólo en determinadas partes del cuerpo. Entre los romanos no había número fijo, y podían darse en cualquier parte. Los instrumentos usados eran varas o ramales, reforzados en las extremidades, con huesos, hierros y abrojos. Los ejecutores de este tormento podían ser los lictores o los verdugos, la gente más abyecta. A estos últimos, se confiaba la flagelación, cuando era empleado el ramal. El tormento era horrible, y podía causar la muerte; porque los

azotes surcaban el cuerpo del paciente y desgarraban la carne, arrancando briznas casi desde los primeros golpes. Si no causaba la muerte, dejaba siempre al cuerpo magullado, lacerado y desgarrado.

Consideración: Para comprender la carnicería hecha en el cuerpo de Jesús en la flagelación, es necesario traer a la mente los efectos que producirían los instrumentos empleados; acuérdate tú de ellos cuando contemples a Jesús azotado.

88. Con qué instrumento se azotó a Jesús.- Jesús fue azotado con el instrumento de los ramales a la manera de los romanos, como si se azotara a un esclavo judío. El Salvador fue primero conducido hacia una columna de mármol, fija en tierra, al nordeste del pretorio, con una anilla encima para asegurar en ella a la víctima. Pilatos, aunque de mala gana, pronunció entonces las palabras usuales: *Ve, lictor, átale las manos, tápale los ojos, hiérele con vigor y precaución.* Sus órdenes fueron ejecutadas al momento. El virginal cuerpo de Jesús fue ante todo despojado de sus vestidos; después, le cubrieron la cara, le ataron las manos, y le aseguraron por delante, a la columna, que, por ser baja, obligaba al paciente a permanecer encorvado. También los lictores estuvieron prontos, armados de los ramales, con cuatro puntas, de pie y detrás de la víctima. Nunca como en estos momentos pudo Jesús aplicarse a sí mismo las palabras del profeta: *Aparejado estoy para los azotes; y mi dolor está siempre delante de mí.*

Consideración: Jesús sufre el tormento de la desnudación a causa de los pecados contra la modestia; compadécete del buen Jesús y prométele una modestia angelical.

89. Cómo fue ejecutada la flagelación.- A una señal del procurador, los verdugos “comenzaron a azotar con lentitud, espaciando los golpes sobre la carne palpitante, a fin de que ninguna parte de ella quedase sin dolor. Los surcos se

aproximan a los surcos, antes de cruzarse. Con arte refinada, sacudiendo a todo el organismo con espantosa conmoción. Se rasga la piel, briznas de carne y gotas de sangre saltan por los aires, y las costillas, surcadas por las agudas extremidades de los ramales, muestran los huesos”. Jesús aparece como lo habían predicho los profetas: Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no hay nada sano en él; no hay parte sin dolor. No tiene figura de hombre, parece un leproso, un herido por Dios, el último de los hombres. Su cuerpo está reducido a una sola llaga, a una figura de sangre: la sangre corre hasta la tierra tiñe los ramales, los vestidos, la cara de los verdugos.

Consideración: Jesús sufre la cruel y sangrienta flagelación por los pecados de impureza; mira en sus llagas la malicia del pecado impuro, y llora sobre los dolores del Salvador.

90. **Bañado en sangre.-** Tan espantoso tormento hubiera sido suficiente para dar muerte a Jesús, si El mismo, con su divinidad no hubiese sostenido la debilidad de su humanidad, en el momento en que debía sucumbir por la fuerza del dolor. Pero este auxilio divino sólo sostenía la humanidad para soportar las penas no para disminuirlas; por lo cual fueron inmensas, peores que la muerte, superiores a toda ponderación humana. Cuando la flagelación llegó a su término, Jesús exhausto de fuerzas, quebrantado, cayó al suelo bañado en sangre. Entonces cesaron los golpes, y los verdugos, apartando a Jesús de la columna, le desataron las manos y lo dejaron tendido en tierra a fin de que recobrase algo las fuerzas. No salió un solo lamento de la boca de este Cordero divino en el lugar de su martirio; deja que hablen de la atrocidad de sus dolores, las llagas, la sangre, las lágrimas, su afanosa respiración. Apenas se reanimó un poco, los mismos verdugos lo levantaron de la tierra, le pusieron los vestidos, teñidos de sangre, y esperaron nuevas órdenes del procurador.

Consideración: El hombre-Dios desfallece bajo la acción de los azotes para dar fuerza a tu debilidad; arrodíllate cerca de él, compadécele y fortalécete en su preciosa sangre.

VIII

CORONACIÓN DE ESPINAS

91. **Jesús coronado.-** Pilatos, después de ordenar la flagelación, probablemente se ausentó, dejando al centurión el encargo de vigilar la ejecución de la misma. Una vez terminada, aun no había regresado Pilatos, los soldados concibieron una idea cruel, que pronto convirtieron en hecho. Se recordaron que Jesús había dicho “que era rey”; convenía, por tanto, burlarse de él, dándole una corona, un cetro y un manto real. “Entonces los soldados del presidente tomando a Jesús para llevarle al pretorio, hicieron formar alrededor de él toda la cohorte”; esto es, cerca de quinientos hombres; después lo despojaron de nuevo, le ataron las manos, le pusieron encima un manto de color grana; y entrelazando una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña en su mano derecha, símbolo del cetro. De este modo el Rey de los siglos, inmortal y visible por la humanidad, cubierto de un manto, coronado de espinas, con la caña en la mano, es reducido a la figura de rey de burla.

Consideración: a Jesús se le debe todo honor y gloria, porque es el verdadero rey del universo; y tú, reconociéndole esta cualidad, póstrate delante de El coronado de espinas, y adórale.

92. **Dolores, sangre y oprobios.-** Las espinas penetraron en la cabeza y en la frente, haciendo correr sangre viva por todas partes; la sangre descendía por los cabellos y por la barba, manchando la vista, velando los ojos. Los soldados, añadiendo a

los dolores las burlas y los escarnios, hicieron sentar a Jesús sobre una columna truncada, que debía significar el trono, la cual, naturalmente, se movía, y moviéndose hacía caer al Salvador, que, con las manos atadas no podía sostenerse. Cada caída daba ocasión a nuevas risotada de los presentes, y nuevos dolorosos movimientos de la corona de espinas, sobre la cabeza. Se apresuraban entonces los soldados a levantar al caído y colocarle bien en su lugar la corona y, con el fin de que esta no se moviese más, le quitaban la caña de la mano, y con ella golpeaban fuertemente sobre la corona para que las espinas penetrasen más y no se volviera a caer. ¡Todas las crueldades eran lícitas para con Jesús!

Consideración: Las espinas punzan y taladran la adorable cabeza de Jesús en satisfacción de todos los pecados de pensamiento; considera si no has coronado con ellos de espinas a Jesús y arrepíentete amargamente.

93. **Aparatosa irrisión.-** Después de lo que hasta aquí hicieron con Jesús, pensaron dar una forma más solemne a las burlas, a fin de guardar en todo hasta las más minuciosas ceremonias que se usaban en la coronación de los verdaderos reyes. Los soldados se pusieron en orden de marcha, y pasando delante de Jesús se arrodillaban, fingían adorarle, y le saludaban socarronamente con estas palabras: *Dios te salve, Rey de los judíos*. Algunos más abyectos, como para llamar la atención de sus compañeros después de pronunciar las palabras del saludo, escupían el rostro de Jesús; otros le golpeaban y le daban bofetadas; otros, en fin, le quitaban de la mano la caña y con ella golpeaban fuertemente la cabeza. Es el mismo evangelio el que nos cuenta todos estos actos de crueldad, como invitándonos a considerar otros muchos que cometería semejante canalla. Jesús no pronunció una sola palabra ni dio la más mínima señal de impaciencia; se contentó con echar de vez en cuando alguna mirada compasiva a aquellos desgraciados, dejando correr de

sus ojos abundantes lágrimas, mezcladas con sangre, única señal de su inmenso dolor.

Consideración: Los soldados pasan delante de Jesús por desprecio y cometen toda clase de crueldades y desmanes; pasa tú en espíritu delante de Jesús y proclámalo tu verdadero rey y dale pruebas de amor.

94. **La galería del palacio.-** Ya era hora de que terminase la burla cruel y sangrienta. Aparece, finalmente Pilatos y manda que conduzcan a su presencia a Jesús. Debió sentir en su corazón viva compasión al verle reducido a tan miserable estado; pero calló con la esperanza de que la turba quedaría conmovida a tal vista y desistiría ya de pedir la muerte de Jesús. Pilatos subió, pues a lo alto de la galería, cerca de la tribuna que caía sobre el gran arco de entrada, desde donde se podía ver toda la muchedumbre de la plaza. Jesús seguía a Pilatos a poco pasos de distancia, conducido por los soldados, casi desnudo, cubierto solamente con el andrajo de púrpura, con las manos atadas, con la caña entre ellas, coronado de espinas, desfigurado por las llagas, y por la sangre que brotaba de toda su persona. En esta ocasión fue cuando subió y después bajo la *Escala* que hizo *Santa*, dejando caer en ella la sangre que salía de tantas heridas.

Consideración: Jamás se vio a ninguno reducido al estado en que ahora se halla Jesús, subir una escalera para ser mostrado al pueblo; acompaña en espíritu a Jesús, y besa aquellas gradas enrojecidas con su preciosa sangre.

95. **Ecce Homo.-** Las turbas que poco a nada habían visto de la flagelación, y que nada sabían de la coronación de espinas y de los improperios de los soldados, esperaban con impaciencia la reaparición de Pilatos para oír de sus labios la fórmula ritual de la condenación definitiva de Jesús a muerte. Finalmente, las turbas observaron el movimiento que se producía en la terraza, ya que los soldados se iban colocando en la galería y el mismo

gobernador, acercándose hacia la balaustrada, se disponía a hablar. La calma se restableció entonces de un extremo a otro de la muchedumbre, y todos se dispusieron a prestar atención, ciertamente al espectáculo que les estaba reservado. “Pilatos, pues, salió otra vez fuera, y les dijo: Ved que os le saco fuera, para manifestaros que no hallo en él delito ninguno. Y salió Jesús llevando una corona de espinas, y un manto de púrpura”. Cuando terminó Pilatos de pronunciar estas palabras, hizo avanzar a Jesús hasta la balaustrada, pues estaba algo atrás, y por consiguiente, aún no le había visto la turba, y mostrándosele en tan compasivo estado, dijo con voz fuerte y emocionada: *¡Ecce homo!* ¡He aquí al hombre!

Consideración: Con las palabras “Ecce homo” Pilatos invita a las turbas a considerar, si es posible temer a un hombre reducido a tal estado; escucha esta palabra y fija tus miradas en Jesús, y considera su amor infinito.

96. Crucifícale, crucifícale.- Fue un momento de silencio emocionante; Pilatos contaba con este imprevisto golpe de escena para apaciguar la cólera y excitar la compasión. ¿Quién hubiera podido resistir a la instantánea aparición de aquel espectro sanguinolento? Aquella cabeza rodeada de espinas, aquel rostro surcado por los golpes de los ramales, lívido por las bofetadas, aquellos ojos medio apagados, derramando lágrimas, aquellos labios pálidos, prontos a exhalar el último suspiro, aquel pecho jadeante, donde la púrpura del manto dejaba ver horridas heridas, aquellas manos atadas, sosteniendo una caña, todo aquel conjunto de dolores y de humillaciones, y sin embargo, sellado todo con una majestad que resplandecía sobre todos como un rayo de sol que cae sobre ruinas. ¿No era esto más que suficiente para herir los espíritus y conmover los corazones?” Pilatos se engañó por un momento, creyendo que aquel pueblo no insistiría más en su injusta demanda; también los miembros del sanedrín temieron un cambio en la turba; por eso se apresuraron a romper el silencio con altos clamores.

Apenas vieron a Jesús, los pontífices y los ministros, alzaron la voz diciendo: *¡Crucifícale, crucifícale!* Solamente los jefes clamaban; la turba callaba todavía; Pilatos quiso aprovecharse de este silencio para replicar con desprecio y desdén: Tomadle, allá vosotros y crucificadle; porque yo no hallo en él motivo. “Entonces la turba salió de su estupor y, azuzada por los jefes empezó a dar sus acostumbrados aullidos.” Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos ley, y según la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.”

Consideración: Los judíos perdieron todo sentimiento de piedad, porque se dejaron guiar por el odio; vigila sobre ti mismo a fin de que nunca te arrastre este vicio.

97. “**No tuvieras poder alguno**”.- Al oír de boca de los judíos que Jesús se había declarado Hijo de Dios “Pilatos se atemorizó más”. Volvió a entrar en el pretorio y allí, a solas con Jesús, le preguntó: “¿De dónde eres tú? Más Jesús no le dio respuesta. Pilatos le dice: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para salvarte?” El presidente, que así hablaba y que creía tener plenos poderes sobre el Hijo de Dios, estaba en un engaño, porque ignoraba los secretos consejos de la justicia y de la misericordia divina hacia la humanidad. Jesús le quiso desengañar y respondió: No tendrías poder alguno sobre mí si no te hubiera sido dado de arriba. Por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene. Esta respuesta dada con calma y majestad divina por un maniatado, coronado de espinas, magullado por los azotes, agitó fuertemente al gobernador, el cual no sabiendo como proseguir, quiso hacer el último esfuerzo para mover a compasión a la turba. “Y desde entonces procuraba Pilatos soltarle”.

Consideración: Al oír las palabras de Jesús, Pilatos, teme pero no resuelve; tú, por el contrario, al oír las palabras divinas, toma la necesaria resolución para observarlas.

98. **He aquí vuestro rey.**- Pilatos volvió de nuevo a la tribuna, pero ni siquiera tuvo tiempo para abrir la boca, pues la turba se puso a gritar: *si sueltas a éste, no eres amigo de César. Porque todo aquel que se hace rey, contradice a César.* La astucia de los jefes de los judíos había triunfado. En efecto, mientras Pilatos hablaba en secreto con Jesús, los jefes habían persuadido al pueblo que pronunciara estas palabras de amenaza contra el procurador romano, en caso de que persistiese en querer salvar a Jesús. Al oírlas Pilatos se tambaleó como herido por un rayo, y por un momento no vio nada más. La sola probabilidad de ser acusado de contradecir a César significaba caer en desgracia suya, la cual desgracia llevaba aparejada la muerte. Despechado, salió inmediatamente al tribunal, se hizo conducir a Jesús, que estaba atrás entre las manos de los soldados, y tomando en sentido irónico las palabras dichas por el pueblo, le mostró en aquel lastimoso estado, diciendo: Ved aquí vuestro rey”. Pero ellos, entendiendo la ironía, aullaron más rabiosamente: *Quita, quita crucifícale.* Les dice Pilatos: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los pontífices: No tenemos más Rey que César”. Comprendió entonces el procurador que estaban perdidas todas las esperanzas de salvar a Jesús y que era necesario pronunciar la sentencia de condenación, si no quería correr peligro de enemistarse con César.

Consideración: El temor de César hizo olvidar a Pilatos el deber de la justicia; vigila para no dejarte vencer por el respeto humano con detrimento de tus deberes.

CAPITULO IX

CONDENACIÓN A MUERTE; VIAJE AL CALVARIO

99. **La condenación.**- Con la última respuesta que los judíos dieron a Pilatos el pueblo de Dios cesó de existir, por confesión de sus mismos pontífices o fue abolida su antigua teocracia;

aquellos fieros patriotas, que pocos días antes habían decretado la muerte de Jesús por temor de que viniesen los romanos a apoderarse totalmente del reino, piden ahora ser confundidos con los otros pueblos esclavos del imperio. Con tal de suprimir a Jesucristo, declararon oficialmente que sólo pertenecían a César. Pilatos aceptó esta declaración, y no obstante los remordimientos de conciencia, la íntima persuasión de la inocencia del acusado y del odio de los judíos, se doblegó y pronunció sentencia de muerte contra el rey de Israel. Eran cerca de las once de mañana y el procurador desde su silla de juez, dirigiéndose al Señor recitó en voz alta la fórmula usual: *Ibis ad crucem*; irás a la cruz”. Después, vuelto a los lictores presentes les dice de la misma manera: “*I, lictor, expedi crucem*: ve lictor, prepara la cruz”. Al instante, descendiendo las gradas del tribunal, subió los escalones de mármol, y se retiró a sus habitaciones, convencido de haber condenado a un justo y de ser cómplice de su muerte.

Consideración: El hombre debía ser condenado, y por el contrario es condenado Jesús; dale gracias de corazón y prométele gratitud.

100. **El título.-** Pronunciada la sentencia, Pilatos entregó a Jesús en manos de los judíos abandonándolo a su voluntad, para que fuese crucificado. Los soldados desataron entonces las manos de Jesús, le quitaron la caña, la clámide y la corona de espinas, y le pusieron encima sus vestidos, a fin de que todos conociesen bien durante el viaje, quién era el condenado a muerte. Después le volvieron a colocar en la cabeza la corona de espinas, renovando sus atroces dolores. *Y tomaron a Jesús, y después de haberlo escarnecido, lo despojaron de la púrpura y lo revistieron con sus vestidos; y le sacaron fuera para crucificarle.* La cruz estaba preparada allí cerca; sólo faltaba el título y la inscripción que indicase la causa de la condenación. El oficial acudió al procurador con la tabla pintada en blanco y le pidió la inscripción que debía poner en ella. Pilatos respondió:

“Escribid: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*”. El oficial para más comodidad de las gentes de las otras naciones, que en aquellos días habían acudido a Jerusalén a celebrar la Pascua, escribió dichas palabras en hebreo, en griego y en latín. Todo estaba ya dispuesto para la subida al Calvario, lugar destinado al suplicio del Hombre-Dios.

Consideración: No obstante el odio de los enemigos, el “Título” dice claramente que Jesús es rey; sométete pues, a El en todo y obedécele siempre.

101. **La cruz.-** Cubierto con sus vestidos, con la corona de espinas en la cabeza, con la cuerda al cuello y a la cintura, Jesús fue conducido donde estaba preparada la cruz, para que cargase con ella sobre las espaldas y la llevase al lugar del suplicio. Las cruces eran muy pesadas pues tenían que sostener un cuerpo humano; por eso no la solía llevar toda entera el condenado, sino sólo la parte transversal. De ordinario estaban formadas las cruces con dos pies derechos cuadrados, de unos tres metros de altas. Así era la cruz presentada a Jesús; pero no la mitad sino toda entera. Jesús no la rehusó ni hizo acto alguno de repugnancia, antes bien pareció que no había deseado otra cosa en toda su vida, pues vio llegado el momento de mostrar con los hechos lo que había enseñado a sus discípulos esto es, tomar su cruz y seguirle. La cogió con amor y la puso en las espaldas con alegría, viendo en ella la señal de su triunfo, y el instrumento de la salvación eterna de innumerables almas.

Consideración: Jesús te enseña cómo debes abrazar tu cruz; considera si te sometes a ella como quiere el Maestro.

102. **El fúnebre cortejo.-** “Jesús con la cruz a cuestas, se encamina hacia el lugar llamado Calvario, en hebreo Gólgota”. Cargado, por tanto, con el pesado madero e inclinado bajo él, Jesús mueve lentamente sus primeros pasos, y llega bajo el gran arco de la Torre Antonia, situada en la cima de la rápida

pendiente. Desde allí podía dominar toda la muchedumbre que le seguía. Salió entonces un grito de feroz alegría de aquellas bocas que con tanta insistencia habían pedido a Pilatos la condenación de Jesús. Finalmente le veían cargado con el instrumento del suplicio; gozaban inmensamente. El fúnebre cortejo se pone entonces en orden y prepara la marcha. Precedía el centurión, según prescribía la ley romana, seguido de su compañía, rodeando al condenado; después venía Jesús cargado con la cruz, con un ladrón a cada lado, condenados, también ellos a muerte de cruz. A un lado, iba el heraldo con los carteles, indicadores de los delitos que motivaban la condenación, y tocando también la trompeta para abrir paso. Por último seguían los sacerdotes, los escribas, los fariseos y la turba alborotada y alborotadora.

Consideración: Jesús endereza sus primeros pasos por la vía del Calvario; aproxímate a El, e imagínate oír las palabras: “El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz.

103. **Primera caída.-** Era preciso descender por la misma cuesta, término del camino que bordea el fondo del valle del Tyropeón; este descenso fue muy doloroso para Jesús. La extremidad de la cruz arrastraba por tierra y tropezaba en las piedras; los golpes repercutían en la persona del Salvador, ya debilitada por tantos sufrimientos, haciéndole vacilar entre las mofas, escarnios, el fango y las piedras que la chusma lanzaba contra él. Los soldados no siempre podían tener a raya a la turba, que aprovechaba su proximidad para golpear y empujar a Jesús. Era fácil prever una próxima caída del paciente. En efecto, cuando Jesús llegó cerca del fondo de la pendiente, golpeado por todas partes, extenuado por la fatiga, cayó lastimosamente por tierra, quedando bajo el peso de la cruz, bañado con su sudor, con sus lágrimas y con su sangre el polvo del camino. Apareció en estos momentos tan debilitado de fuerzas que dudaron no pudiera continuar el viaje; y, sin embargo, ninguno se movió a compasión; sino que, después de

haberlo levantado, le pusieron de nuevo la cruz sobre los hombros.

Consideración: Jesús cae bajo la cruz, pero no se lamenta, y se levanta continuando el camino; procura imitarlo en esta resignación, cuando la prueba, te parezca insoportable.

104. La casa de la madre.- La bendita Madre de Jesús, después del conmovedor adiós dado al Hijo, ciertamente le había seguido en espíritu desde el Cenáculo hasta la vía del Calvario, en la cual se hallaba ahora, y, espiritualmente, había asistido a cada uno de los dolores, especialmente a la agonía del huerto, a la traición, a los escarnios, a las bofetadas, a las heridas, a la flagelación, a la coronación de espinas, a la condenación, recibiendo en su alma, de un modo misterioso y como de reverbero, todas las penas que sufría el Hijo amado, resultando así, antes que todas las almas escogidas, el retrato más fiel del Unigénito del Padre. No se puede pensar diversamente, por poco que se reflexione, la unión natural y divina que existía entre María y Jesús. Sin embargo, puede decirse, con toda probabilidad, que estuvo presente, personalmente, en los momentos más dolorosos de la Pasión, teniendo su morada en Jerusalén; y por el título de mujer y de Madre no le debía ser tan difícil y peligroso para ella seguir a Jesús. De todos modos aun estando en su casa, pudo oír el formidable aullido que emitieron los judíos al ver a Jesús con la cruz en los hombros, cuando salió del arco de la Torre Antonia, encaminándose al suplicio. Comprendiendo entonces que todo había acabado para su Hijo, se preparó para encontrarse con él en la calle a fin de darle el último adiós.

Consideración: María Santísima, en fuerza del amor, sintió reproducida en sí, más que todas las almas la Pasión de Jesucristo; ruégale que te obtenga la gracia de imitarla en compadecer sinceramente al Señor.

105. **El encuentro con la madre.-** Levantado Jesús de su primera caída y cargado de nuevo con el pesado madero de la cruz, continuó lentamente su doloroso viaje. El cortejo, terminado el descenso, torció algunos metros a la izquierda por un camino derecho y llano. Mientras tanto el Salvador avanzaba en silencio e inclinado bajo el peso de la cruz, con los vestidos sucios y bañados en sangre. De repente a la izquierda, delante de una puerta, sostenida por algunas piadosas mujeres, vio Jesús a su Madre llorando y tendiendo sus lánguidas miradas y sus maternales brazos hacia él. Las miradas del Hijo se cruzan con las de la Madre; y más que los ojos, podríamos decir, se encontraron el corazón y el alma. Imposible decir el dolor que sintieron los dos aquel momento; fue tal que les impidió articular una sola palabra. La bendita Madre, no pudiendo resistir la dolorosa impresión que le causó la vista del estado en que se hallaba su divino Hijo, se desvaneció entre los brazos de las piadosas mujeres, y Jesús, bajo el peso de este otro dolor, tuvo que continuar su camino. Ni a la turba ni a los verdugos les importaba nada los sufrimientos del uno ni de la otra.

Consideración: La mirada de Jesús hiere el corazón de María, y la mirada de María hiere el de Jesús; pide a Jesús y a María que hieran tu corazón de compasión hacia ellos, y de dolor por tus pecados.

106. **El Cirineo.-** El Calvario se iba aproximando. A la derecha del camino, donde Jesús se había encontrado con su Madre, se abre una senda estrecha, escabrosa, que sube hasta la Puerta Judiciaria, por donde entonces se salía de la ciudad. Era el camino para llegar al lugar del suplicio; pero Jesús aparecía a los ojos de todos, especialmente del Centurión, tan quebrantado y abatido, que, justamente, dudaban pudiera subir con la cruz tan rápida pendiente. Pensando cómo aligerarle del peso “detuvieron a un hombre de Cirene, llamado Simón, padre de Alejandro de Rufo, que venía de una granja; y le cargaron con la cruz, para que la llevase en pos de Jesús”. El Salvador pudo

caminar con menos fatiga; pero fácilmente se comprenderá el desdén y enojo del Cirineo que le seguía, obligado por la violencia de los soldados a llevar públicamente un peso de tanta humillación. Pero cuando se hizo cristiano, comprendió muy pronto el honor que se le había hecho, y entonces daría mil veces gracias al Señor.

Consideración: Quien desconoce la preciosidad de la cruz, la lleva a disgusto; procura conocer y apreciar tan precioso don.

107. La piadosa Verónica.- El camino por donde subía el cortejo era tan estrecho que apenas podían pasar tres o cuatro personas juntas; así que, la turba camina apiñada, a empujones, a disgusto, obligada a distraer su atención del divino Redentor. Es el momento oportuno para que las almas buenas puedan más libremente con las palabras o con los hechos, demostrar compasión hacia Jesús. La tradición nos hace asistir aquí a uno de estos actos piadosos, llevado a cabo por una piadosa mujer llamada Verónica o Berenice, estacionada en la puerta de su casa mientras, pasaba Jesús. Al verlo tan abatido y desfigurado por los dolores, se sintió presa de viva compasión, y con grandes deseos de enjugarle el sudor y limpiarle el rostro. Sin perder tiempo saca un lienzo blanco y se lo ofrece a Jesús, el cual lo acepta muy agradecido; se sirve de él, y después se lo devuelve a la caritativa mujer. Se retira a casa, cierra la puerta; mientras pasa la muchedumbre, desdobra el lienzo, y cual no sería su estupor y alegría al ver impreso en el mismo el rostro del mansísimo Jesús. Le guardó religiosamente y salió en pos de Jesús hasta el Calvario.

Consideración: La Verónica, en premio de su compasión, recibió el Santo Rostro impreso en el lienzo; medita las penas del Señor, y procura hacértelo imprimir en tu propio corazón.

108. En la puerta judiciaria.- Todo esto sucedió muy rápidamente, tanto que los soldados apenas lo advirtieron hasta

que la piadosa mujer terminó sus caritativos oficios. Se mostraron entonces como despechados, juzgando inconveniente un acto de compasión con un público seductor, condenado a muerte, y, en castigo del piadoso acto aceptado, pensaron tratarlo con mayor crueldad. A tal efecto quitaron la cruz de las espaldas del Cirineo y la pusieron sobre las de Jesús, dejando libre a aquel hombre, que gustoso se aprovechó de esta oportunidad para sustraerse rápidamente a las miradas y a las mofas irónicas de la turba. El cortejo reanuda la marcha hasta llegar a la Puerta Judiciaria, donde debía hacer pausa para oír la última lectura de la sentencia de muerte. Así se había obrado con los otros condenados, y no se quería hacer una excepción con Jesús y con los ladrones que le acompañaban. Además aquél era el lugar más adecuado para dar publicidad a la condenación pues por él, particularmente aquel día, debían pasar los forasteros que venían de Damasco, de Jope, de Belén, y de Gaza. Se detuvo el cortejo, y con las solemnidades acostumbradas, se volvió a leer en voz alta la sentencia de muerte, que Jesús escuchó humildemente, al mismo tiempo que la turba lo escarnecía e insultaba.

Consideración: Cuando se trata de escarnecer a Jesús, todos los pretextos y todos los lugares son buenos para sus enemigos; tú, al contrario, aprovecha gustoso todas las ocasiones y motivos para obsequiarlo.

109. **Segunda caída.-** Terminada la breve ceremonia de la Puerta Judiciaria, prosiguió la marcha. El camino tuerce a un lado hacia la izquierda, y después de un breve trecho, comienza la subida suprema. Antes de llegar, sintió Jesús que le faltaban las fuerzas, y cayó de improviso en tierra, sin que los soldados advirtiesen a tiempo el peligro. En vez de compadecerse, le espolean e incitan a levantarse por sí mismo; pero no podía, le faltaban las fuerzas. Probablemente se arrepentirían entonces de haber dejado libre, antes de tiempo al Cirineo, y gustosos hubieran dado la cruz a otro, si todos los presentes no hubieran

preferido la muerte antes que llevar aquel instrumento de suplicio. Tuvieron que resignarse a quitarle primero la cruz de encima, después a levantarlo, asiéndole por los brazos, y por último después de un breve descanso, a cargarle la cruz para el resto del viaje. ¡Oh si a su afligida Madre y a las piadosas mujeres les hubieran sido lícito tomar la cruz, con qué gusto lo hubieran hecho! Pero los soldados jamás hubieran permitido sustituyera al condenado una mujer, y mucho menos su madre.

Consideración: Jesús cae segunda vez, y nadie tiene piedad de El; acércate con fe al Señor, y ofrécete a prestarle auxilio, y tus servicios.

110. Las piadosas mujeres.- A los pocos pasos, el camino dobla algo hacia el Calvario y aquí un grupo de piadosas mujeres se había detenido esperando el paso de Jesús. Habían visto el trato cruel que se le daba, y al verlo ahora en tan lamentable estado, se sintieron incapaces de contener las lágrimas, sollozos y lamentos, no obstante la prohibición legal, y el peligro a que se exponían. “Y le seguía una gran multitud de pueblo, y de mujeres; las cuales lo plañían, y lloraban. Más Jesús volviéndose hacia ellas les dijo: *Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, antes llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.* Porque vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. *Caed sobre nosotros;* y a los colados: *Cubridnos.* Porque si en el árbol verde hacen esto, en el seco, ¿qué se hará?” Esta fue la primera y única vez que Jesús habló durante el viaje, y para hacerlo, tuvo que alzar algo la cabeza, coronada de espinas, e inclinado bajo la cruz y, fijar su mirada, afectuosa, pero triste, velada por las lágrimas y por la sangre, sobre aquel grupo de piadosas mujeres. Sus palabras eran una profecía, que las mujeres y una parte de los presentes verían realizada dentro de pocos años.

Consideración: Jesús agradece la compasión que se tiene de sus dolores, pero desea más que se quite la causa de los mismos; considera si compadeciendo a Jesús, te has mostrado solícito de enmendarte de los pecados, causa de sus sufrimientos.

111. **Tercera caída.-** Dichas las referidas palabras a las piadosas mujeres, Jesús prosiguió el viaje con mayor fatiga, llegando finalmente al pie de la última y más escabrosa subida donde debía caer por tercera y última vez. Para comprender lo mortal de esta caída hay que tener en cuenta que el Calvario, en su forma primitiva y sin las modificaciones acaecidas más tarde, era una colina rocosa de pocos metros de altura, formando en su conjunto una especie de promontorio limitado, en tres lados, por fosos de irregulares medidas, al cual se subía por una senda corta, pero muy áspera, del lado del sudeste. Precisamente cuando Jesús iba a dar principio a esta última subida, exhausto ya de fuerzas, cayó pesadamente por tierra bajo la cruz. Quizás los soldados le creyeron muerto; pero cuando vieron que todavía respiraba, sin cesar de insultarle, comprendieron que en los pocos pasos que aun faltaban, no merecía la pena de exigir de él nuevos esfuerzos. Le levantan del suelo, y casi arrastrándole a él y a la cruz llegaron a la cumbre. El Dios de la fortaleza, vestido de nuestra humanidad, no podía sostenerse por sí mismo!

Consideración: Jesús no puede más, cae, pero no se lamenta; con esto te enseña a padecer y callar hasta el completo sacrificio.

X

CRUCIFIXIÓN

112. **Preparativos.-** A la derecha de la cumbre del Calvario existía, y aun existe una fosa, en el fondo de la cual, yacía una piedra larga con dos agujeros, capaces cada uno de dejar pasar un pie humano. Solían bajar aquí a los condenados, y cuando pasados los pies por los agujeros se les ataba por debajo con

cuerdas. ¿Era una precaución que se tomaba a fin de que no huyesen mientras se preparaban las cosas necesarias para su suplicio? No lo sabemos con certeza. De todos modos esta precaución no hubiera sido necesaria para Jesús, habiendo llegado al Calvario en aquel estado de abatimiento. Y sin embargo, la tradición nos muestra, aun al presente, aquella fosa como el lugar donde reservaron al Salvador mientras los verdugos preparaban el hoy para plantar la cruz. Se ve que no omitieron ninguna crueldad con Jesús; el cual desde el fondo de esta especie de prisión, oía los gritos de los soldados, las blasfemias de los dos ladrones y el tumulto de la turba, obligada por la tropa a detenerse un poco más abajo.

Consideración: Jesús está por tu amor en aquella fosa como en una prisión; tú, por su amor, debes saber estar retirado, y santamente ligado por las ligaduras del deber.

113. Las mujeres en el Calvario.- Las piadosas mujeres, que poco antes habían compadecido a Jesús, seguramente hubieran querido estar cerca de Él, junto con la Madre y otras personas devotas, para confortarlo, al menos con su llanto; pero se las detuvo a todas a cierta distancia, separadas en grupo, a medio camino entre el Calvario y el sepulcro de José de Arimatea. El texto evangélico nos lo da a entender y nos conserva el nombre de algunas de estas piadosas mujeres. *Y todos los conocidos de Jesús, y las mujeres, que le habían seguido de Galilea, estaban de lejos mirando estas cosas. Entre las cuales estaba María Magdalena, y María madre de Santiago el Menor y de José, María Salomé, la madre de los hijos del Zebedeo; y otras muchas, que juntamente con Jesús habían subido a Jerusalén.* Pero particularmente estaba su bendita Madre, la más afligida de todas, el apóstol Juan, Juana de Cuza, y la laboriosa Marta, la cual no podía faltar en un momento tan solemne, en que las almas afectas daban a Jesús la última demostración de admiración y de amor. Aunque por la distancia no podían ver mucho de lo que se hacía en torno de la adorable persona del

Salvador, adivinaban fácilmente las penas y tormentos que le harían sufrir, y todas lloraban amargamente.

Consideración: Entre la turba de enemigos, está la Madre y un grupo de personas que ama y compadece a Jesús; tu puesto está entre ellas, y con ellas debes derramar lágrimas de dolor.

114. **El sorbo de hiel.-** Apenas terminaron los verdugos de preparar las cosas necesarias para las tres fúnebres ejecuciones, a saber: los hoyos para las cruces, los clavos, las cuerdas y otros objetos útiles, sacaron a Jesús de la fosa y le condujeron a un lugar cercano en el que se debía proceder a la denudación de los vestidos. Antes de llegar a ésta, acostumbraban los judíos ofrecer a los condenados una bebida mezclada que les atolondraba y hacía menos sensibles los dolores. Este acto era en sí mismo un acto de piedad, cumplido siempre por mujeres piadosas que se encargaban de preparar la bebida y de ofrecerla a los ajusticiados. Con Jesús, sin embargo, fue un acto de crueldad, porque no fue la Madre ni las mujeres piadosas las que ofrecieron la bebida sino los soldados, habituados a mofarse del paciente. La bebida misma fue alterada con amarguísimos ingredientes. En efecto, hallamos escrito: “Le daban a beber vino mezclado con mirra; y le dieron a beber vino mezclado con hiel”. “Pero Jesús no lo quiso beber”, y no lo tomó. Cuando hubo gustado, no lo quiso beber. Gustando la bebida, amargó toda su boca, y así probó lo que tenía de penoso; rehusándola, alejó el aparente efecto de alivio que podía proporcionarle. El que había venido a sufrir voluntariamente por la Redención de la humanidad, no debía morir en un estado de aparente ignorancia del sublime acto que verificaba.

Consideración: La divina boca de Jesús ese amargada con hiel para satisfacer por los pecados de gula; vigila este sentido y mortifícate.

115. Despojo de los vestidos.- Los condenados a la cruz debían morir crucificados desnudos, despojados de toda indumentaria; no podemos, ni siquiera pensar, que en este punto hicieran los verdugos una excepción con Jesús, derogando la ley universal. Aferraron, pues, a la víctima divina y procedieron al despojo con su acostumbrada grosería y brutalidad, sin miramiento alguno a las numerosas llagas de aquel cuerpo inmaculado. Primero le quitaron de la cabeza la corona de espinas, para volvérsela a poner al instante; después el vestido exterior con que cubría su sagrada persona, y, por último, la túnica inconsútil. Jesús apareció a los ojos de todos desnudo, ensangrentado, desollado por los azotes, con las llagas brotando sangre, casi todas ellas renovadas al levantar la corona y los vestidos. Su vestido esa ahora verdaderamente rojo y sus ropas teñidas en sangre, porque sólo de sangre está revestida la humanidad que ha tomado. Jesús padece inmensamente al ver en este estado de humillación; el rubor virginal difundido en todo su rostro es un pequeño indicio de la aflicción interior. No debemos pensar, sin embargo, que le quitasen hasta la misma cintura renal; y dado que los soldados se la hubieran quitado, la tradición nos asegura que una mano piadosa le ciñó al instante a la cintura un lienzo que le defendió de las miradas de los presentes.

Consideración: Considera de nuevo en el despojo de los vestidos de Jesús, la pena descontada por los pecados de inmodestia, y prométele guardar celosamente esta virtud.

116. El suplicio de la cruz.- Este género de suplicio tuvo su origen en las riberas del Éufrates, donde fue usado la primera vez, y desde donde se extendió a otras muchas regiones; en los tiempos de los romanos era muy conocido y empleado en los casos establecidos por la costumbre o por la ley. La forma de la cruz no fue siempre la misma; primero era un palo o tronco, al cual se clavaba al culpable por las manos y por los pies; después se añadió, a la parte superior del tronco, una transversal, que

más tarde se puso un poco más abajo, y así se formó la cruz latina con la parte superior del asta libre para fijar en ella la sentencia de muerte. Este suplicio estaba reservado a los esclavos y a los malhechores de la peor calaña, por lo cual imprimía en el condenado una nota particular de infamia, y hasta casi quitaba la dignidad de hombre y le privaba de todo derecho a la compasión de los otros, siendo lícito contra el condenado el insulto, en el momento mismo de la agonía. Era el más cruel y espantoso de todos los suplicios; la historia no recuerda otro más atroz, y la bestia humana no lo podía concebir peor. El condenado “era primeramente despojado de sus vestidos, después se le adaptaba sobre la cruz con los brazos abiertos, sujeto fuertemente con cuerdas, que paralizaban su resistencia y, por último, mano por mano y pie por pie se le clavaba con sendos clavos de ancha cabeza a fin de que no se deslizase el cuerpo cuando se levantara la cruz. La posición del paciente era intolerable; las contorsiones y esfuerzos que seguían eran capaces de desgarrar las manos y los pies. El crucificado podía sobrevivir varios días, según los mayores o menores sufrimientos que hubiera padecido anteriormente, y no raras veces, eran las fieras las que venían de noche a devorarle las entrañas, poniendo así término a sus días.

Consideración: Trae a tu mente los horrores del suplicio de la cruz, a fin de que comprendas mejor las penas de Jesús en la cruz, y sírrete de este conocimiento para llorar los sufrimientos de Jesús.

117. **“Ibi crucifixerunt eum!”** Jesús fue sometido al espantoso suplicio de esa crucifixión. Despojado de sus vestidos y conducido cerca de la cruz, tendida en tierra, se dobló de espaldas sobre ella, y sin proferir lamento o palabra alguna, extendió sus manos y pies. ¡La víctima estaba preparada para la inmolación; podía el verdugo cumplir con su oficio! Le apoyan primero la mano derecha en la extremidad del transversal; uno de los verdugos la fija, de un golpe seco, con un clavo de cuatro

esquinas y diez centímetros de largo, cuya vista todavía mete miedo. Brota la sangre, los dedos se contraen. La víctima deja salir de sus labios un gemido. Un segundo golpe sujeta la mano izquierda a la otra extremidad del mismo madero. Se pasa a los pies. Mientras disponen las piernas, dobladas por la mitad, sobre el tronco del árbol maldito, corre un estremecimiento horrible por todo el cuerpo del ajusticiado... Y al mismo tiempo que una presión brutal sujetaba los pies en el lugar señalado, los martillos empujaban rápidamente los clavos que aun faltaban. . . Todo el cuerpo se contorsionó en un esfuerzo supremo, buscando sobre aquel fúnebre lecho una postura menos dolorosa; el pecho se dilató para aspirar el aire mientras que la cabeza se dejó caer con un movimiento convulso, que distendió los brazos e imprimió en ellos una terrible y recíproca sacudida. La convulsión hizo contraerse las rodillas y otras partes del cuerpo... El corazón latía con violencia, lanzaba sollozos; gruesas lágrimas surcaban las mejillas, mientras que los ojos abiertos invocaban un poco de compasión y de alivio. Después sobrevino el aplanamiento: el crucificado parecía desvanecerse y perder el sentimiento de su mísero estado: la cabeza se inclinó, las lágrimas se secaron, los miembros se dilataron cuanto les fue posible.

Consideración: Aquellas manos que te criaron, aquellos pies que se fatigaron en buscarte, son clavados en la cruz. Aproxímate al Salvador y besa con afecto esas santas llagas.

118. Es levantada la cruz.- La víctima santa había sido definitivamente clavada en el madero; se podía, por consiguiente, proceder a levantar la cruz con su “dulce peso”, y fijarla en el hoyo, cavado a tal efecto. Los soldados poniendo manos a la obra, la arrastraron hasta poner el pie inferior cerca del hoyo, y después levantándola por la parte opuesta la dejaron bajar lentamente. Era, sin embargo, imposible evitar el golpe del pie de la cruz contra la piedra, lo que efectivamente sucedió, siendo terrible para el divino paciente. Jesús golpeó la cruz con

su cabeza coronada de espinas; las heridas de las manos y de los pies se rasgaron y renovaron por la violencia del golpe, dejando correr hilos de sangre. Debió entonces salir de los benditos labios de Jesús un gemido de dolor, producido naturalmente, por la violencia de tantos martirios simultáneos. Este gemido no conmovió el corazón de los verdugos, atentos solamente a asegurar bien la cruz, a apisonar la tierra alrededor y a poner término a tan fúnebre operación, al fin de la cual, se permitió que las turbas se aproximasen y contemplaran a su antojo a los ajusticiados. Entonces se movió de su lugar el grupo de las mujeres piadosas con la madre de Jesús y se acercaron algo, esperando a que las turbas se alejasen para aproximarse más.

Consideración: Jesús levantado de la tierra, llama desde la cruz a todas las criaturas; oye su voz, aproxímate a El y no te separes nunca jamás.

119. **Apodos crueles.**- Era ya casi la hora del mediodía, cuando Jesús fue crucificado. El sol debería estar en todo su apogeo de luz; pero por el contrario fue poco a poco obscureciéndose y amenazaba convertir el día en noche tenebrosa. Los miembros del Sanedrín con las turbas, ávidos de ver a los ajusticiados, particularmente a Jesús, al principio, no dieron importancia a las tinieblas que empezaban y sólo pensaron en dar libre desahogo a su odio contra el Salvador prorrumpiendo en insultos y motes crueles. Referiremos unidos aquí algunos de los que nos transmitieron los evangelistas. “El pueblo y los jefes se entretenían en escarnecerle. Y los que pasaban delante, blasfemaban de él, moviendo la cabeza y diciendo: Oh tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz, si eres el Hijo de Dios”. Particularmente los príncipes de los sacerdotes mofándose de él con los escribas y los ancianos decían: Ha salvado a otros y ahora no se puede salvar a sí mismo; si es el Cristo elegido de Dios, si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz y le

creeremos; ha confiado en Dios líbrele ahora, si le quiere bien; Porque ha dicho: *Yo soy el Hijo de Dios*. Esto mismo le echaban en cara hasta los ladrones que estaban crucificados con él. Le insultaban también los soldados, acercándose a él, y presentándole vinagre le decían: Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo. Todos los órdenes sociales estaban representados al pie de la cruz; el religioso, el militar, el civil, y cada uno tenía un insulto particular que lanzar contra el agonizante Señor que moría por ellos.

Consideración: Todos los que niegan la fe y la obediencia a Jesús, se unen a sus enemigos para insultarlo sobre la cruz; considera como te has portado en esto, confúndete y enmiéndate.

120. **Quod scripsi, scripsi.**- Al mismo tiempo y, a cada lado de la cruz de Jesús, se levantaron dos cruces en las cuales fueron crucificados dos condenados al mismo suplicio, el uno a la derecha y el otro a la izquierda. El puesto del medio era el más ignominioso, reservado para el Salvador, verificándose, por esta circunstancia, la profecía de Isaías: *Fue contado con los malvados*. En lo alto de la cruz, sobre la cabeza de todos los crucificados, se colocaba una tablilla, que indicaba la causa de su condenación. Pilatos escribió también un título y lo puso sobre la cruz, encima de la cabeza de Jesús indicando la causa de su muerte. Y lo escrito era: *Jesús Nazareno rey de los Judíos*. Los miembros del Sanedrín no se habían fijado en estas palabras, atentos como estaban a escarnecer e insultar a Jesús; pero apenas se dan cuenta de ellas, ya no pensaron más que en hacerlas desaparecer, pues las consideraban de un significado muy humillante para su nación. “Muchos de los judíos leyeron este título porque estaba cerca de la ciudad el lugar en donde crucificaron a Jesús. Y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín”. Y decían a Pilatos los Pontífices de los judíos: No escribas *Rey de los Judíos*; sino que él dijo: Rey soy de los judíos. Pero el presidente, angustiado todavía por lo que le

habían obligado a proceder contra su conciencia, respondió secamente: “Lo que he escrito, he escrito” y no quiso oír hablar de cambio alguno.

Consideración: Los Judíos no quieren que se diga que Jesús es su rey, y por eso son reprobados en Dios; tú, por el contrario, gloriáte de estar sujeto a Jesús y de obedecerle siempre.

121. **División de los vestidos.-** Mientras tanto los soldados se retiraron un poco al nordeste del Calvario para repartirse los vestidos de los ajusticiados, como les permitía la costumbre de aquel tiempo o, mejor dicho, el derecho entonces vigentes. Divididas entre ellos las vestiduras de los dos ladrones, se procedió a la división de las de Jesús, para ver a quien tocaba la túnica, el vestido exterior, la cinta el manto, la faja de la cabeza y las sandalias. Los soldados después de haber crucificado a Jesús, tomaron sus vestiduras y las hicieron cuatro partes una para cada soldado. Tomaron también la túnica; pero como ésta no tenía costura, sino que era toda una pieza tejida de arriba abajo, dijeron unos a otros: No la partamos, echemos suertes sobre ella, y jugando a los dados, la sortearon. A fin de que se cumpliese la Escritura, que dice: *Repartieron mis vestidos entre sí; y echaron suerte sobre mi vestidura. Y los soldados ciertamente hicieron esto.* El centurión reunió después a sus soldados, y colocó cuatro de ellos en cada cruz, a las órdenes de un decurión, como estaba prescrito para que defendiesen a los ajusticiados de los excesos de las turbas. No fue inútil esta precaución, porque si los ladrones no tenían nada que temer, no era lo mismo con el Redentor, contra el cual no cesaban los enemigos de descargar sus ultrajes, y de manifestar su odio, siempre en aumento a medida que crecían los sufrimientos de Jesús.

Consideración: La fe, significaba por la túnica inconsútil, jamás debe dividirse; procura custodiarla y conservarla siempre viva e intacta.

XI

AGONÍA Y MUERTE

122. **Primera palabra: Padre, perdona...** La víctima divina callaba siempre en medio de tantos insultos, verificándose en aquellos momentos las palabras del Profeta que en la persona del Salvador, había dicho; “Los que me buscaban males, hablaron vanidades; y todo el día maquinaban engaños. Más yo como sordo no oía, y como mudo, que no abre su boca. *Y me hice como un hombre que no oye, y que no tiene en su boca réplica en su defensa.* Pero cuando vio que la muchedumbre que le rodeaba había mermado, el Maestro divino, desde su cátedra de dolor, quiso dar sus últimas y preciosas enseñanzas. La primera de ellas debía servir de solemne confirmación a todo lo que anteriormente había enseñado a sus discípulos: “Yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen y rogad por los que os persiguen y calumnian”. Porque viendo Jesús a sus enemigos tan dominados por el odio y oyendo sus blasfemias, no mostró resentimiento alguno contra ellos, antes bien, se compadeció, los excusó, y alzando como pudo su lánguida mirada al cielo, pidió a su Padre que los perdonase: “Jesús decía: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*”. Estas palabras hubieran debido mover a llanto a sus mismos enemigos, sino se hubiera extinguido en ellos todo sentimiento de humanidad. Pero, seguramente hicieron llorar de emoción a la Madre divina, al discípulo amado, y a las mujeres piadosas, que estaban todavía algo distantes por no haberse podido acercar más.

Consideración: Jesús nos enseña con sus palabras y con sus ejemplos el perdón de los enemigos; óyele tú y perdona de corazón al que te ha ofendido.

123. **Segunda palabra: Hoy estarás conmigo...** La oración de Jesús a su Padre debía sufrir muy pronto sus benéficos efectos.

Los dos ladrones crucificados con Cristo, hasta aquellos momentos, estaban unidos con las turbas en las blasfemias contra el Salvador, según está escrito: “Y los ladrones que estaban crucificados con él le llenaban de improperios”. Uno repetía las quejas del Sanedrín, otro le decía por desprecio: “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros”. Pero después de la oración del Señor pidiendo perdón, uno de ellos, el que estaba a la derecha, llamado Dimas, quedó herido por la paciencia y mansedumbre de Jesús, e iluminado por la gracia comenzó a reflexionar sobre el Redentor y sobre sí mismo. La luz divina brillaba cada vez más vivamente en él; se vuelve al compañero que continuaba blasfemando y le dice: “Cómo, ¿ni aún tú temes a Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros, a la verdad, estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero éste ningún mal ha hecho”. Estas palabras contenían el reconocimiento de sus culpas, la humilde sumisión al castigo merecido, y la purísima inocencia del Salvador. Era mucho; pero no bastaba para la justificación del impío; se requería la confesión manifiesta de la divinidad del Mesías, después de haber creído interiormente en él. El buen ladrón, inundado de luz superior, vio en Jesús al Mesías prometido, al Redentor de los hombres, al Rey de los reyes, al Señor de los que dominan, al Verbo hecho carne, al Hijo de Dios vivo. Aquellas humillaciones, llagas, cruz, agonía no le escandalizaban porque eran una señal del inmenso amor de Dios para con la humanidad. Vio, pues, creyó y confesó: “Y decía a Jesús: *Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino*”. Jesús no esperaba otra cosa; por eso le dijo: *En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso*. Una confesión hecha en circunstancias inauditas, bien merecía una inaudita promesa.

Consideración: Una confesión sincera como la del Buen Ladrón, merece el perdón; procura imitar a este penitente si quieres ser perdonado.

124. La Reina de los Mártires.- Antes de oír la tercera palabra, que Jesús pronunciará desde la cruz y que será dirigida a su Madre, debemos fijar nuestras miradas en aquella que en estos momentos se conquistaba para todos los siglos futuros el título de Reina de los Mártires. ¡Estaba allí, al pie de la cruz! Después del encuentro con su Hijo durante el doloroso viaje, la afligida Madre no le había dejado un momento, siguiéndole lo más de cerca que le fue posible. Así que, todo lo vio, oyó, observó y sintió repercutir en su inmaculado corazón; las diferentes caídas, la fosa, la hiel, la desnudez, la corona de espinas, la perforación con los clavos, de las manos y de los pies, la elevación de la cruz, las primeras palabras de Jesús; los insultos, las heridas, la división de los vestidos, las blasfemias, los improperios. Todo esto había acumulado en su corazón de Madre y una angustia tan inmensa, que no hay pluma ni lengua humana, que pueda expresarlo jamás. María padecía en el alma lo que el Redentor padecía en el cuerpo, y cuando Jesús fue crucificado, también la Madre fue clavada espiritualmente en la cruz”. El corazón de la Virgen era como un espejo en el que se reflejaba al vivo la Pasión de Jesús; antes bien, hubiera padecido menos, si los tormentos infligidos a su Hijo, se los hubieran hecho padecer a ella misma en su cuerpo. Cuando, en aquellos momentos, se cruzaban las miradas, la pobre Madre sufría una transfixión mortal. Aquel rostro regado de sangre y magullado por las bofetadas; aquella boca, ennegrecida y abrasada; aquel pecho, hinchado y lacerado; aquellas manos, aquellos pies abiertos y perforados por los clavos; ¡cómo habían cambiado a su Hijo, el más hermoso de todos, la delicia de los ángeles! Por eso, la afligidísima Madre gime, suspira, llora, se siente desfallecer; pero no por eso decae de la más sublime resignación, permanece y conserva, al pie de la cruz, su puesto de corredentora de la humanidad.

Consideración: María sufre a los pies de la cruz con resignación heroica; haz tú compañía a María e imita su fortaleza.

125. **He ahí a tu Hijo.-** El cielo continuaba oscureciéndose y las turbas, temiendo alguna cosa grave por tan extraño fenómeno, habían, en gran parte, descendido del Calvario, después de haber dirigido cada uno el último insulto al Crucificado. Los soldados, inquietos también por lo que veía, se aproximaron al grupo del Centurión, sobre la colina del Calvario, quizás para cobrar ánimo. Los amigos de Jesús pudieron entonces acercarse más a la cruz a fin de oír los últimos acentos y atestiguarle el dolor que sentían y el sincero afecto que le profesaban. El Salvador agradeció aquella aproximación, y lo demostró pronunciando su tercera palabra, llena de profundos y consoladores significados. Le agradaba sobremanera la proximidad de su Madre, y a ella se dirigió en particular. Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre. Y viendo Jesús a su Madre y al discípulo que amaba, que estaba allí, dijo a su Madre: “*Mujer, he ahí a tu hijo*. Después dijo al discípulo: *He ahí a tu madre*. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió por suya”. Se suscitaron en los corazones de María Santísima y de Juan los más vivos sentimientos de dolor y de amor hacia Jesús al oír estas expresiones, y los dos entendieron cuál debía ser en lo sucesivo su oficio por disposición de Jesús: María, mortal en la tierra, o inmortal en el cielo, debía portarse como madre con todos los que creyesen en Jesús; y los creyentes, en la persona de Juan, debían portarse como hijos con esta incomparable Madre.

Consideración: El mismo Jesús moribundo declara a María por madre tuya, y a ti por su hijo; procura amarla y confiar en ella con amor filial.

126. **Cuarta palabra: Dios mío...** A la tercera palabra siguió un silencio prolongado, durante el cual continuaron sufriendo tanto Jesús que agonizaba sobre la cruz, como María y las mujeres piadosas que lloraban debajo de ella. Mientras tanto las tinieblas y obscuridad del cielo habían aumentado espantosamente, hasta el punto de casi no dejar ver nada. “Se

obscurió el sol, y toda la tierra se cubrió de tinieblas”. Por eso, casi todos abandonaron el Calvario, quedando solamente los amigos de Jesús, los soldados y algunas otras personas. Jesús calló durante esta oscuridad; pero en su misterioso silencio, rogaba y ofrecía sus grandes padecimientos al Padre por la eterna salud de nuestras almas. Cuando las tinieblas empezaron a clarear algo, Jesús pronunció su cuarta palabra, con angustioso lamento y alzando sus moribundas miradas al cielo. Cerca de la hora nona, clamó Jesús en alta voz, diciendo: ELI, ELI, LAMMA SABACTHANI? Que quiere decir: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”* Estas palabras en lengua siro-caldaica, no fueron comprendidas por algunos de los circunstantes, por lo cual dijeron: a Elías llama éste. Dejad, veamos si viene Elías a librarlo, y a bajarlo de la cruz. Pero su curiosidad fundada en la ignorancia, quedó burlada, y Jesús continuó rezando en voz baja el salmo veintiuno, que precisamente comienza con las referidas palabras.

Consideración: La oración, llena de confianza, a modo de lamento, es agradable y acepta a Dios; únete a Jesús en los momentos de angustia y ruega con los lamentos de El.

127. Quinta palabra: Sitio.- Un momento después Jesús hizo oír de nuevo su voz. Todos los condenados a muerte de cruz sentían, de un modo especial y sensibilísimo, el tormento de la sed. Los sufrimientos físicos, la tensión de las vísceras, la pérdida progresiva de la sangre, eran las causas principales que la producían. A veces era tan viva, que por sí sola podía producir la muerte, y en comparación de ella, parecían pequeños los otros tormentos. Esta sed debió ser terrible para Jesús a causa de la noche pasada en vela, de los ultrajes recibidos, de los viajes hechos de un tribunal a otro, del abundante sudor derramado, de las lágrimas y de la sangre vertida en el huerto, en la flagelación, en la coronación de espinas y en el fatigosísimo viaje al Calvario. Debía, por lo tanto, sentir tan indecible sequedad, que al fin pidió refrigerio, diciendo con voz

débil: *Tengo sed*. Había allí un vaso lleno de vinagre, y los soldados poniendo alrededor de un hisopo una esponja empapada en vinagre, al oír el lamento del moribundo, se la aplicaron a la boca. Así se cumplió otra profecía respecto del Salvador, que dice: *Me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre*. Pero la sed de Jesús más que natural, era sobrenatural, y jamás se hubiera lamentado del ardor de su paladar, si no hubiera estado devorado por la ardiente sed de nuestra eterna salvación. Con esas palabra: *sed tengo*, parece que queremos decir: la causa de mi sed es vuestra salvación.

Consideración: Jesús tiene sed de tu alma; ofrécete a El con un rasgo de amor generoso y apaga su sed.

128. Sexta palabra: Todo está cumplido.- La última hora se aproxima a grandes pasos. Jesús lanza desde la cruz una mirada retrospectiva a la obra que había desarrollado desde su encarnación hasta aquel momento, y vio que todo estaba cumplido. Puede ahora repetir lo que había dicho poco antes de su Pasión: *Salí del Padre, y vine al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre*. Porque con su mirada divina ve ahora la justicia de su Padre celestial plenamente satisfecha, el pecado destruido, el hombre reconciliado con Dios, cerrado el infierno, abierto el cielo a todas las criaturas humanas de buena voluntad. La misión recibida había sido desempeñada fielmente en todas sus partes, según todo lo que habían predicho los Profetas; ya no quedaba nada más que hacer; el mismo Jesucristo lo declara solemnemente y a tal efecto pronuncia su sexta palabra: *Consummatum est*; todo está cumplido. Era la palabra, mejor dicho, el grito de su victoria, porque en aquel momento podía invitar a todos los antiguos profetas a subir al Calvario, a reconocer por sí mismos el cumplimiento exacto de sus predicciones; Isaías podía ver aquí al divino Cordero llevado al matadero; Zacarías, podía contemplar las numerosas heridas; David, observar sus manos y pies perforados, amargado con hiel y vinagre. ¿Qué le quedaba por hacer? Nada. Se recogió en el

espíritu, como para no pensar nada más que en sí mismo, ya que hasta aquel momento sólo había pensado en nosotros, sus amados hijos.

Consideración: Jesús pudo decir al fin de su vida: Todo está cumplido; reflexiona si tú, con la conducta que llevas, podrás decir otro tanto en la hora de la muerte acerca del cumplimiento de tus deberes.

129. Séptima palabra: Padre en tus manos... Jesús vio en su profundo recogimiento que ya no le quedaba más que entregar su espíritu en manos del Padre. Antes que el Verbo Eterno se hiciese carne, se había hecho en el cielo esta pregunta: ¿A quién enviaré? O ¿quién irá por nosotros? La Sabiduría eterna respondió: *Aquí estoy, envíame*. Y entonces Dios fue *visto en la tierra, y conversó con los hombres* peregrinando, con su Madre de Nazaret a Belén; de Belén a Egipto; de Egipto a Nazaret. A los treinta años recorre Galilea y Judea, predicando el reino de Dios, sanando a los enfermos, haciendo bien a todos. Cuando llegó el momento y la hora de las tinieblas dio su vida por la salvación del mundo, y a través de indecibles sufrimientos, llegó a esa cruz en donde se encuentra ahora moribundo. El dolor ha destruido su humanidad pero no quiere que el espíritu abandone al cuerpo, y salga de este mundo sin el beneplácito de su divino Padre. Levanta, pues los ojos al cielo, antes de volver al seno de su Padre, parece pedirle permiso exclamando con voz conmovida y prodigiosamente fuerte: *Padre en tus manos encomiendo mi espíritu*. Después cerró definitivamente aquella boca que siempre había tenido palabras de vida eterna, y esperó la muerte que no había de tardar.

Consideración: El que se habitúa en vida a ponerse en las manos de Dios, lo hará fácilmente en la muerte; luego, si quieres estar seguro en aquel momento, procura que ahora te sean familiares las palabras de Jesús.

130. **Muerte de Jesús.-** Era la hora de nona, esto es, cerca de las tres de la tarde. La mayor parte de las turbas habían abandonado el Calvario, yendo, apenas les fue posible al templo de Jerusalén, para asistir a la apertura de las fiestas pascuales. En aquel momento, los levitas tocaban las trompetas sagradas anunciando que iba a inmolarse el cordero pascual en el mismo templo. Al oír esta señal el pueblo debía prepararse a celebrar la fiesta de su liberación. A la hora señalada, callaron las trompetas y entonces en medio de universal silencio, el sacerdote hirió la víctima, y la muchedumbre se postró en tierra para adorar al futuro libertador, de quien el cordero era una simple figura. Pero en aquellos momentos el libertador ya no era futuro; estaba presente en el Calvario, moribundo sobre la cruz, el Cordero de Dios, que había venido para borrar los pecados del mundo. La figura, por lo tanto, ya no significaba nada; debía ceder el puesto a la realidad. Así que, en el instante de la inmolación del cordero, Jesucristo, después de haber pronunciado las últimas palabras, inclinó la cabeza, como para dar permiso a que se acercase la muerte y entregó su alma en las manos del Padre. Su bendita Madre se sintió desgarrar por el dolor en aquel momento, y las piadosas mujeres prorrumpieron en amargos llantos y en fuertes lamentos. La muerte había hecho su presa más noble; pero esta presa señalaba el principio de su derrota, porque, con el sacrificio de sí mismo, *Jesús ha destruido la muerte y revelado la vida y la inmortalidad.*

Consideración: Jesús muere y muere sobre la cruz. Feliz de ti si la muerte te hallare algún día sobre la cruz en que te había puesto la misericordia y la justicia de Dios.

SEPULTURA

131. **Gime el Universo.-** No era conveniente que la muerte del Hombre Dios, Creador del universo, acaeciese sin que las

criaturas diesen una señal de horror y de espanto. El cielo y la tierra efectivamente la dieron con pasmosa armonía. El cielo, el sol, la luna, las estrellas habían llorado ya en la agonía de Jesús, y las tinieblas se habían extendido, a modo de inmenso paño mortuario, para invitar a todos al luto. Ahora tocaba a la tierra dar sus señales de dolor. La dio apenas expiró Jesús; la tierra tembló espantosamente; los peñascos se despedazaron, se abrieron sepulcros, se levantaron algunos cuerpos de santos que reposaban en las tumbas, que anduvieron por la ciudad y se aparecieron a muchos; se agitaron las bases del Monte Moria, la pesadísima puerta de Nicanor se abrió por sí misma, y el velo del templo, que ocultaba el *Sancta Sanctorum*, se rasgó de arriba abajo, dividiéndose en dos partes. Se oyeron en el templo voces misteriosas que decían asustadas: *Salgamos de aquí*; al mismo tiempo se oían pasos de gente invisible que huía. La turba, presa de terror, salió del templo, y los pocos judíos que habían quedado en el Calvario, huyeron despavoridos. El centurión mismo y los soldados, que estaban de guardia, se atemorizaron grandemente y glorificaron a Dios exclamando: *Verdaderamente este hombre era justo; verdaderamente era el Hijo de Dios*; y se golpeaban el pecho, y al volver a la ciudad, repetían: *Sí, era el Hijo de Dios*. Hasta en la remota Atenas, un docto pagano del Areópago, viendo las pasmosas señales y no sabiendo la causa, exclamó: *El Creador padece o la máquina del mundo se descompone*.

Consideración: Todo el universo llora la muerte de Jesús; observa si tu corazón permanece duro ante este espectáculo.

132. **La lanzada.**- Después de estas señales, que no fueron de larga duración, se desvanecieron las tinieblas, y el sol apareció en el occidente, iluminando con sus rayos la cruz ensangrentada y el cuerpo exangüe del Salvador. Los judíos se repusieron algo del susto, y juzgaron que no era conveniente dejar los cuerpos humanos suspendidos de la cruz en la próxima solemnidad de la Pascua. Rogaron, pues, a Pilatos que hiciera quebrar las piernas

de los tres crucificados, para acelerar su muerte y así quitarlos después de la vista del público. Se ve que todavía no conocían la muerte de Jesús, pues los últimos que quedaron en el Calvario, marcharon antes de comprobarla, y el centurión aun no había podido anunciárselo oficialmente a Pilatos. Vinieron, pues, los soldados destinados a ejecutar la orden recibida, comenzando a quebrar las piernas a los ladrones, que evidentemente aparecían vivos aún; pero cuando se acercaron a Jesús, conocieron que estaba ya muerto; y no le rompieron las piernas, pero uno de ellos, llamado Longinos, para asegurarse de la muerte real, vibró su lanza contra el lado derecho del costado de Jesús, con tanto ímpetu que llegó hasta el corazón y se lo abrió. *Y luego salió sangre y agua.* Y el que lo vio, dio testimonio y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. Porque estas cosas fueron hechas, para que se cumpliese la Escritura: *No quebrantaréis ninguno de sus huesos.* E igualmente otra escritura que dice: *Verán al que traspasaron.*

Consideración: La Iglesia fue formada y salió del abierto costado de Jesús, como Eva de Adán; reflexiona si amas a esta tu madre espiritual y si te portas con ella como hijo.

133. **José de Arimatea.-** Tanto a los enemigos como a los amigos les apremiaba quitar cuanto antes de la vista, del público los cadáveres de los ajusticiados. Hubiera sido, sin embargo, una desgracia que los perseguidores de Jesús pusieran sus manos en este piadoso oficio. Así lo comprendieron los amigos, y despreciando todo temor y respeto humano, determinaron llevar a cabo tan caritativa obra. En particular, José de Arimatea, hombre bueno y justo, noble decurión, muy rico, miembro del sanedrín, el cual no quiso dar su consentimiento cuando se trató de la muerte de Jesús; discípulo del mismo Salvador, pero oculto, por temor a los judíos, comprendió que debía vencer ahora su excesiva timidez y mostrarse abiertamente tal cual era. Sirviéndose, pues, de su autoridad y posición social, se presentó con decisión a Pilatos, pidiéndole permiso para levantar de la

cruz y sepultar el cuerpo de Jesús. Todavía no le había sido anunciada a Pilatos la muerte, y se maravilló que hubiera acaecido tan pronto. Llamó al centurión, le interrogó, y recibió respuesta afirmativa. Entonces mandó Pilatos que entregase a José el cuerpo de Jesús. De este modo “el hombre bueno y justo”, con plena autoridad, se apoderó del cuerpo de Jesús, e hizo de él lo que su devoción le inspiró.

Consideración: José pide con valor el cuerpo de Jesús y le obtiene; aprende tú a superar siempre todas las dificultades a fin de poseer a Jesús.

134. José y Nicodemus en el Calvario.- No había tiempo que perder, si se quería terminar la sepultura antes de que llegasen las tinieblas de la noche. José salió de prisa del pretorio y, acompañado de sus criados, compró en una tienda inmediata, lienzos finísimos de lino para envolver el cuerpo de Jesús, vendas para sujetarlos y un sudario especial para la cabeza, según la costumbre de los judíos. Proveyéndose después de todos los enseres necesarios para el desenclave y la sepultura del cadáver, se dirigió al Calvario. Al mismo tiempo, otro hombre de mucha importancia, amigo de José y encargado por éste, hacía provisión de cien libras de un perfume especial, compuesto de mirra y áloe, para emplearlo en tan piadoso oficio. Era Nicodemus, doctor de la Ley, uno de los principales entre los judíos, el mismo que en el primer año de la predicación de Jesús, de noche había tenido un largo diálogo, con el Salvador, recibiendo de él las más sublimes enseñanzas. Este, pues, hecha su provisión, llegó al Calvario, cuando apenas había llegado José.

Consideración: Los perfumes son un símbolo de las plegarias y obras buenas, procura rendir con ellas el debido honor a Jesús.

135.- El descendimiento.- Apenas llegaron al Calvario los dos personajes, debieron quedar asustados al ver los estragos que se

habían hecho en el cuerpo de Jesús. Como no habían asistido a su Pasión, no podían suponer que se hubiera usado tantas crueldades con Jesús, y lloraron de conmoción y de dolor. Después se acercaron a la afligidísima Madre, cuya vista y dolor era suficiente para enternecer todos los corazones humanos y le pidieron permiso para bajar el cuerpo de Jesús. Lo obtuvieron fácilmente, más con señales que con palabras, comenzando inmediatamente sus piadosos oficios, en silencio y vertiendo lágrimas. La dolorida madre asistió a este acto sin pestañear y sin desviar sus miradas del Hijo amado. Quitaron primero la corona de espinas de la cabeza, caída sobre el pecho a fin de evitar el peligro de punzarse ellos mismos durante tan santa obra. Después, con mil consideraciones y no sin graves dificultades, arrancaron los clavos de las manos, usando de una atención particular para no ensanchar más las llagas. Era necesario sostener el cuerpo del difunto a fin de que no cayese antes de quitar los clavos de los pies y, a este oficio, se prestaron gustosos José, Nicodemus y Juan sirviéndose a tal efecto de lienzos plegados a lo largo y pasados bajo los sobacos, mientras los criados extraían los clavos. Terminado de esta manera el desenclave bajaron a Jesús al suelo y procedieron a levantar la cruz.

Consideración: ¿Qué sentimientos experimentarían los discípulos al tocar el sagrado cuerpo del Señor? Asóciate a estos sentimientos y mezcla tus lágrimas con las que ellos vertieron.

136.- En brazos de la Madre.- Llegó el momento en que María Santísima podía dar libre desahogo a su dolor y afecto de madre estrechando contra su seno y corazón a Jesús. Ya que se lo impidieron durante la Pasión y hasta en la misma agonía, séale concedido, al menos ahora que el Hijo difunto ha sido bajado de la cruz. Tiene pleno derecho y la tradición que nos muestra a la Madre con el Hijo difunto en los brazos, nos asegura también un hecho basado en el instinto de la naturaleza humana, especialmente en la materna. María dio a entender a aquellos

hombres piadosos que deseaba abrazar a su hijo; y ellos conociendo bien la fortaleza moral, sobrehumana, de esta admirable mujer, terminado el descendimiento, se lo colocaron con delicadeza en el regazo. ¡Imposible describir los pensamientos, los afectos, los acentos, los besos, las lágrimas de tal madre en aquel momento! No hay pluma ni paleta ni cincel que haya podido describir, pintar o esculpir al natural esta escena de dolor; solamente las almas santas admitidas a la intimidad de los corazones de Jesús y de María, pudieron en sus contemplaciones, formarse una idea algo aproximada de esta maternal escena. Por nuestra parte no podemos más que enmudecer delante de este espectáculo de dolores admirarnos, y compadecernos.

Consideración: Al ver a tan afligida Madre estrechar contra su seno al Hijo difunto, pídele que te conceda participar de sus dolores y llorar tus culpas.

137.- **La piedra de la unción.-** Después de la Madre, también los discípulos y las piadosas mujeres quisieron dar desahogo a su dolor besando y bañando en lágrimas el cuerpo del Salvador. Pero era necesario apresurarse, porque el tiempo apremiaba y la noche se echaba encima. Envuelto el cuerpo de Jesús en un lienzo lo tomaron y, descendiendo un poco, le colocaron sobre una piedra que todavía existe y se la conoce con el nombre de *la piedra de la unción*, para lavarlo y purificarlo. Los discípulos con mil precauciones y siempre llorando asearon el sagrado cadáver, mientras que María Santísima se ocupaba en limpiar el rostro y ordenar los cabellos; la vehemencia del dolor, la hacía interrumpir de vez en cuando aquella piadosa operación. Terminada ésta, el cuerpo fue envuelto en una sábana limpia de tal modo que no se viese del difunto más que la cara, la cual besaron, por última vez, todos los presentes. Era una costumbre judía; pero aun cuando no lo hubiera sido, María Santísima, los discípulos y las piadosas mujeres no hubieran omitido este acto de devoción hacia el sagrado y amado cadáver, guiados por su

sentimiento interior. Se ataron por fin las vendas alrededor del cuerpo para sujetar los lienzos y la Virgen cubrió el rostro con el sudario.

Consideración: Asiste en espíritu al piadoso acto que cumplieron con el cuerpo de Jesús la Madre y los discípulos, y procura participar de su dolor y besar con amor sus sagrados restos.

138.- **El sepulcro nuevo.-** Inmediatamente se procedió a la conducción del féretro al sepulcro. Existía una ley que prohibía sepultar a un ajusticiado en el sepulcro de familia; pero José de Arimatea, constituido dueño legal del cuerpo de Jesús, no se creyó obligado a esta ley y gustoso hubiera conducido al difunto a Getsemaní, donde estaban los sepulcros de Joaquín y de Ana, padres de María si no se lo impediera la noche y la proximidad de la fiesta de Pascua. No quedaba más remedio que resignarse a sepultarlo en el sepulcro más próximo posible. “En el lugar donde fue crucificado Jesús, existía un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, hecho en piedra viva, por orden del mismo José, en el que aun nadie había sido sepultado”. El discípulo cedió gustosísimo a su Maestro el sepulcro que había mandado construir para sí mismo. Levantaron por lo tanto, el cadáver de la piedra de la unción, lo depusieron sobre el féretro, formaron un devoto cortejo, y bajando un poco tomaron camino del huerto, al occidente del Calvario; atravesaron el pequeño valle que lo separaba y en breve llegaron al sepulcro nuevo. Era este un monolito (grueso bloque de piedra) en el cual había sido excavada una fúnebre celdita, precedida de vestíbulo y destinada a recibir una sola persona. Mientras tanto, cayeron las sombras de la noche y algunos criados tuvieron que encender antorchas para poder llevar a cabo la triste ceremonia.

Consideración: José ofrece gustosísimo a Jesús su sepulcro nuevo; ofrece tú al Salvador tu corazón renovado por la penitencia.

139. **Sepultura de Jesús.-** Apenas llegaron al sepulcro, colocaron el féretro delante de la entrada y dieron principio a la última triste ceremonia en uso entre los judíos. Cantaron *el Salmo XC, Qui hábitat in adiutorio Altissimi* y dando vuelta, triste y ordenadamente, alrededor del difunto, expresaban con lágrimas la intensidad de su dolor. Algunos discípulos levantaron después el cadáver, entraron en el vestíbulo, y bajando un poco la cabeza y las espaldas, penetraron por la angosta puerta, en la celdita sepulcral, en donde, a la derecha, se hallaba la urna abierta en la pared, a pocos centímetros de tierra. En ella colocaron al Señor difunto, ajustándole religiosamente, Caminando después hacia atrás salieron del sepulcro y taparon la entrada con la pesada piedra que debía servir de puerta. Las piadosas mujeres permanecían enfrente del sepulcro acompañando con sus miradas al cuerpo de Jesús y llorando amargamente. La que más sufría era siempre la Virgen María, que jamás hubiera querido separarse de su adorado Hijo. Tuvo que ceder a las reiteradas súplicas de los discípulos y de las piadosas mujeres y emprender con ellos el camino de regreso para retirarse a casa.

Consideración: El dolor de María en la sepultura de Jesús fue inmenso; compadece a esta buena Madre y renueva tus sentimientos de fidelidad hacia ella.

140. **Guardias y sello oficial.-** La mañana siguiente, esto es, el sábado, en que se celebraba la gran solemnidad de la Pascua de los hebreos, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos se presentaron a Pilatos y le dijeron: Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor cuando todavía estaba en vida: *Después de tres días, resucitaré*. Manda pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día, no sea que vengan sus discípulos y lo hurten y digan al pueblo: *Resucitó de entre los muertos* y será el postrer error peor que el primero. Pilatos les dijo: Guardias tenéis, id y guardadlo de la presencia del cadáver y de la consistencia de la puerta de entrada en la celda sepulcral, pusieron el sello oficial

y rodearon de guardias el sepulcro a fin de que nadie se acercara. Después, regresaron a la ciudad, seguros de que el odiado seductor no les daría más molestias. En cuanto a la vida corporal, estaba muerto y sepultado, pronto moriría también en la memoria de los hombres y ninguno se acordaría más de él. Así razonaban aquellos miserables cegados por su malicia; pero no hay sabiduría ni prudencia contra el Señor. ¡Jesús resucitará y confundirá para siempre a sus enemigos!

Consideración: Los enemigos quisieron dejar sin efecto las palabras de Jesús, pero no lo consiguieron; cree siempre en la palabra del Señor y nunca obres contra ella.

141. **Almas afligidas.-** Las almas que siguieron a Jesús quedaron sumergidas en el dolor. Los nueve apóstoles que huyeron después de la prisión del Maestro, aun estaban asustados por lo que habían oído, quizás también vieron algo, acerca de la muerte de Jesús. Pedro llora todavía su falta; Juan tiene la mente y el corazón llenos de recuerdos de los sufrimientos de Jesús; la Magdalena y las otras piadosas mujeres están inconsolables y buscan algún alivio en la compra de aromas, para volver después del sábado al Calvario y derramarlos en el sepulcro y sobre los restos del amado Maestro, ignorando el sello y las guardias puestas alrededor del sepulcro. María Santísima traspasada por la espada del más vivo dolor, se ha retirado con Juan a aquella casa de donde salió cuando encontró a su Hijo que subía al Calvario, y aquí velaba en el llanto, en la oración y en un continuo acto de resignación y conformidad con la voluntad de Dios. El dolor de esta Virgen de Israel, de esta Hija de Sión, no podía compararse con ningún otro: era inmenso como el mar y no admitía lenitivo humano. El corazón de estas almas estaba allá en aquel sepulcro donde yacían los despojos mortales de Jesús.

Consideración: María agradece tener en torno suyo, personas que comprenden, conocen y participan de sus dolores; hazle compañía en sus sufrimientos y permanece siempre a su lado.

142. **Vayamos también nosotros.-** Unidos a tantas almas afligidas, penetremos también nosotros con el espíritu en aquella celdita sepulcral; levantemos con delicadeza los velos que cubren los ensangrentados restos del cuerpo de Jesús, arrodillémonos, contemplemos y besemos con viva fe sus santísimas llagas, bañándolas con las lágrimas de nuestra compasión y arrepentimiento. ¡Oh qué bello, qué útil, qué conmovedor es prorrumpir en estos afectuosos acentos que la Iglesia pone en los labios de sus hijos agrupados alrededor del sepulcro de Jesús! ¡Oh Jesús, mi dulce amor, me acerco a Ti con fe, como si te viese con mis ojos, y te contemplo con amor, recordando devotamente tus santas llagas! ¡Oh en qué estado te veo, Jesús mío, envuelto en fúnebres lienzos, rígido, llagado, desfigurado! ¡Salve cabeza, desgarrada por las espinas, cuyo rostro ha perdido sus divinos fulgores, delante del cual tiemblan los ángeles! ¡Salve, sagrado costado de mi Salvador, dulce abertura de amor, más rubicunda que la misma rosa, medicina de todos nuestros males! ¡Santas manos y santos pies, traspasados por crueles clavos, aceptad mi tributo de amor! ¡Que siempre, divino Salvador, pueda yo vivir en tu compañía y que jamás me aleje de ti!

143. **Resucitará y triunfará.-** Jesús no debe permanecer sepultado. El sepulcro, domicilio de la muerte, no debe ser la habitación del autor de la vida. La corrupción, consecuencia del pecado, no debe apoderarse de Aquel que no tiene pecado; del que ha venido a quitar el pecado; el vencedor del mundo y del demonio no puede ser pasto de los gusanos de la tierra.

Resucitará. Había sido vaticinado muchos siglos antes, y la predicción se verificará: *No permitirás que tu santo vea la corrupción.* Jesús mismo lo había avisado antes, a los amigos y

a los enemigos, comparándose a Jonás Profeta, diciendo y repitiendo en varias ocasiones: *Yo resucitaré al tercer día*. Los enemigos se acordaban muy bien de estas palabras y por eso, se las repitieron a Pilatos, a fin de que se tomaran las más severas medidas, y se evitara así un engaño pernicioso.

Hagan lo que su astucia les sugiera, Jesucristo resucitará, después que su alma haya visitado el limbo de los Santos Padres, después que su carne haya reposado en el sepulcro parte del viernes, todo el sábado y parte del domingo. Entonces acompañado de los justos de la antigua alianza, volverá a tomar su cuerpo exangüe, lo revestirá de gloria, saldrá del sepulcro sin obstáculos, vencedor de la muerte y del infierno. Un ángel descenderá del cielo, removerá la piedra que cerraba la entrada, hará temblar a la tierra, dirá a todos, a las guardias, a las mujeres, a los discípulos: *Ha resucitado no está aquí*. Jesús mismo, por espacio de cuarenta días, estará en compañía de la Madre, y de los discípulos, razonará, conversará, tratará familiarmente con ellos, dará órdenes precisas sobre la formación de su Iglesia y sobre la predicación del Evangelio, subirá a los cielos a la vista de todos, y enviará al Espíritu Santo, prometido a los Apóstoles.

Estos doce apóstoles, a su vez, se dispersarán por toda la faz de la tierra conocida, Europa, Asia y África, predicarán a Jesús Crucificado, única salvación del mundo, hablando todas las lenguas, obrando milagros. El mundo se convertirá, y las almas rectas, amantes de la verdad, cualquiera sea su clase y condición se refugiarán a la sombra de la cruz, se someterán al suave yugo de Jesús, vivirán para él, sabrán morir por él.

Pasarán los siglos; y la obra de Jesucristo, la Iglesia, molestanda, atormentada por las persecuciones más crueles, por las herejías, por los cismas, por los enemigos, por los falsos amigos, por los escándalos interiores, por todas las malicias humanas y diabólicas, continuará su carrera cumpliendo la misión recibida

de su divino Fundador, asistirá al nacimiento y al ocaso de los imperios, marchará combatida siempre por los malvados, pero siempre vencedora, y arribará finalmente al término de los siglos.

Entonces, Jesucristo, juez de vivos y muertos, aparecerá visible a toda la humanidad reunida, y aparecerá *el solo poderoso, el rey de los reyes y el Señor de los que dominan*, el Creador de todas las cosas el Señor de los siglos que por él se abrieron y por él sólo se cierran ahora, el triunfador eterno. Los justos que perseveraron con Él en el momento de la prueba, triunfarán con El en la vida eterna; los réprobos que lo abandonaron para seguir los caminos del pecado, penarán alejados de El en el fuego eterno.

“¡Ven, Señor”, y por amor de los elegidos abrevia los días de la tribulación y hazles sentir pronto las alegrías de tu final triunfo. Amén!

O R A C I O N E S

POR LA MAÑANA

A levantarse de la cama, en casa o en la Iglesia, rezar las siguientes oraciones del cristiano, y hacer que las recen también sus dependientes.

En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Te adoro Dios mío, y te amo con todo mi corazón. Te doy gracias por haberme criado, hecho cristiano y conservado esta noche. Te ofrezco todas las obras de este día; haz que todas sean de tu agrado para mayor honra y gloria tuya. Presérvame del pecado y de todo mal. Tu gracia sea siempre conmigo y con todos mis allegados. Amén.

Padre nuestro, Avemaría y Gloria. Luego rezar la Salve y el Credo.

ACTO DE FE

Dios mío, creo firmemente cuanto Tú, verdad infalible, haz revelado y la Santa Iglesia nos enseña. Creo expresamente en Ti, único verdadero Dios, en tres personas distintas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creo en el Hijo, encarnado y muerto por nosotros, Jesucristo, el cual dará a cada uno, según los méritos, premio o pena perdurable. Y en esta fe, quiero vivir y morir, como buen cristiano, Señor, aumenta mi fe.

ACTO DE ESPERANZA

Dios mío, espero de tu bondad, por tus promesas y por los méritos de Jesucristo, me concederás la vida eterna, y las gracias necesarias para merecerla con las obras buenas, que debo y quiero hacer. Señor no permitas que me vea confundido eternamente.

ACTO DE CARIDAD

Dios mío, te amo con todo mi corazón y sobre todas las cosas, por ser Tú, bien infinito y nuestra eterna felicidad, y por amor tuyo, amo a mi prójimo como a mí mismo, y perdono las ofensas recibidas. Señor, haz que te ame cada día más.

ACTO DE CONTRICIÓN

Dios mío, me arrepiento de todo corazón de todos mis pecados; los odio y detesto, como ofensa hecha a tu Majestad infinita, causa de la muerte de tu divino Hijo Jesús, y ruina mía espiritual. Propongo firmemente nunca más pecar y apartarme de todas las ocasiones de ofenderte. Señor, misericordia, perdóname.

EL ANGELUS

El Ángel del Señor anunció a María.

Y concibió por obra del Espíritu Santo.

Dios te salve María...

He aquí la esclava del Señor.

Hágase en mí según tu palabra.

Dios te Salve María...

Y el Verbo se hizo hombre.

Y habitó entre nosotros.

Dios te Salve María...

Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.

Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

Oración: Infunde, Señor, en nuestras almas tu gracia, para que cuantos conocemos tu Encarnación de Cristo, tu Hijo, por el Ángel que nos la anunció, seamos llevados a la gloria de la resurrección, por los méritos de su Pasión y de su Cruz. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén. Tres glorias.

EL ÁNGEL DE LA GUARDA

Oh, Ángel de Dios, custodio mío, ilumíname, guárdame, rígeme, gobiérname, ya que la bondad de Dios me puso bajo tu tutela y protección.

(Padre nuestro, Avemaría, Gloria Patri)

SANTOS PROTECTORES

San Pablo de la Cruz, San Gabriel de la Dolorosa, Beato Vicente María Strambi, enamorados de Jesús Crucificado, y todos los santos y ángeles, rogad por mí. Amén.

(Padre nuestro, Avemaría, Gloria Patri)

POR LA TARDE

Antes de acostarse, rezar y hacer rezar a todos los de la casa las siguientes oraciones del cristiano.

Te adoro, Dios mío, y te amo con todo mi corazón. Te doy gracias por haberme criado, hecho cristiano y conservado en este día. Perdóname los males que haya cometido hoy, y si he practicado algún bien, acéptalo. Guárdame durante el sueño y líbrame de los peligros. Tu santa gracia sea siempre conmigo y con todos los míos. Amén. *(Padre nuestro, Avemaría, Gloria Patri, Credo, Actos de fe, esperanza y caridad, como por la mañana).*

Hacer un breve examen de conciencia, recordando los pecados o defectos cometidos durante el día, y pedir perdón a Dios con el

ACTO DE CONTRICIÓN

Dios mío me arrepiento etc., (como por la mañana)

JACULATORIAS

Jesús, José y María os doy el corazón y el alma mía.
Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.
Jesús, José y María, con vosotros descansé en paz el alma mía.
Jesús mío, misericordia,
En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

ORACIÓN DE SAN BERNARDO

Acuérdate, oh piadosísima Virgen María, que jamás se oyó decir que ninguno de los que han acudido a tu protección, implorado tu asistencia y reclamado tu socorro, haya sido abandonado de ti. Animado yo con esta confianza, a ti también acudo, oh Madre, Virgen de las vírgenes, y gimiendo bajo el peso de mis pecados, me atrevo a comparecer en tu presencia soberana. ¡Oh Madre de Dios! No deseches mis humildes súplicas, antes bien escúchalas y acógelas benigne. Amén.

MÉTODO PARA OÍR LA SANTA MISA

Según San Francisco de Sales

Salida del sacerdote.- Jesús entra en el huerto.

Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que te dejaste dominar del miedo y de la tristeza en el punto de dar principio a tu Pasión; concédeme la gracia de consagrar todas las aflicciones de mi alma. Oh Dios de mi corazón, ayúdame a sobrellevarlas en unión con tus penas y tristezas, a fin de que por los méritos de tu Pasión, me sean saludables. Amén.

Al principio de la Misa.- La oración de Jesús en el huerto.

Señor mío, Hijo de Dios vivo, confortado por un Ángel, cuando orabas en el huerto; por la virtud de tu oración, haz que tu Santo Ángel me asista siempre en mis oraciones. Amén.

Al Confiteor.- Jesús cae por tierra.

Señor mío Jesucristo, que sudaste sangre por todos tus miembros; y en el exceso del dolor, agonizando, rogaste al Eterno Padre en el huerto; haz que la memoria de tu Pasión me haga participar de tus divinos dolores, y ya que no derrame sangre, vierta, al menos, lágrimas de compunción por mis pecados. Amén.

Al besar el altar.- Judas hace traición a Jesús.

Señor mío Jesucristo. Tú que sufriste el beso del traidor Judas; concédeme la gracia de jamás hacerte traición y de no negar nunca a mis calumniadores los oficios de un amor cristiano. Amén.

A los Kyries.- Pedro niega a Jesús.

Señor mío Jesucristo, que haz permitido ser negado tres veces en el palacio de Caifás por el príncipe de los apóstoles;

presérvame de las malas compañías, a fin de que el pecado jamás me aparte de tu gracia. Amén.

A la Epístola.- Jesús es conducido a Pilatos.

Señor mío Jesucristo, conducido delante de Pilatos, y acusado falsamente en su presencia; dame a conocer el modo de evitar las alabanzas de los malvados, y de profesar siempre tu fe con la práctica de las buenas obras. Amén.

Al Munda cor meum. Antes del Evangelio.- Jesús es conducido a Herodes.

Señor mío Jesucristo, que en presencia de Herodes, sufriste falsas acusaciones sin replicar palabra alguna; concédeme fuerzas para padecer animosamente las injurias de los calumniadores, y para no revelar a los indignos los sagrados misterios. Amén.

Al Evangelio.- Jesús es burlado y vuelto a conducir a Pilatos.

Señor mío Jesucristo, que sufriste ser enviado de nuevo de Herodes a Pilatos, los cuales se hicieron amigos por este medio; concédeme la gracia de no temer nunca las conspiraciones que mis enemigos hagan contra mí, sino más bien sacar provecho de ellas para hacerme digno de conformarme con tus divinos ejemplo. Amén.

Al descubrir el cáliz.- Jesús es despojado de sus vestidos.

Señor mío Jesucristo, que has sufrido ser despojado de tus vestidos y azotado por mi salvación; concédeme la gracia de quitar de mi el peso de mis pecados mediante una buena confesión, a fin de que no aparezca a tus divinos ojos despojado de las virtudes cristianas. Amén.

Al Ofertorio.- Flagelación de Jesús.

Señor mío Jesucristo, atado a la columna, y desgarrado por los azotes, concédeme la gracia de soportar con paciencia los azotes

de tu corrección paterna, y de no afligirte en adelante con mis pecados. Amén.

Al cubrir el cáliz.- Jesús es coronado de espinas.

Señor mío Jesucristo, coronado de espinas por mi amor; haz que yo sea de tal manera punzado por las espinas de la penitencia en este mundo, que merezca ser coronado de gloria en el cielo. Amén.

Cuando el sacerdote se lava las manos.- Pilatos declara inocente a Jesús.

Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habiendo sido declarado inocente por sentencia de Pilatos, has sufrido las imposturas y los improperios de los judíos; concédeme la gracia de vivir en la inocencia, y de no temer las insidias de los enemigos. Amén.

Al Prefacio.- Jesús es condenado a muerte.

Señor mío Jesucristo, siendo inocente, quisiste ser condenado por mí al suplicio de la Cruz, dame fuerzas para soportar la sentencia de una muerte dolorosa por amor tuyo, y para no juzgar a nadie injustamente. Amén.

Al memento de los vivos.- Jesús con la Cruz auestas.

Señor mío Jesucristo, que por mí has llevado la cruz sobre tus espaldas; haz que yo abrace gustosa la cruz de la mortificación, y la lleve todos los días por amor tuyo. Amén.

Antes de la elevación.- Jesús es clavado en la cruz.

Señor mío Jesucristo, enclavado en la cruz por mi salvación y para perdonar mis pecados; penétrame con santo temor, a fin de que, abrazando con firmeza tus santos mandamientos, esté siempre clavado contigo en la cruz. Amén.

A la elevación de la Hostia.- Jesús Crucificado es levantado de la tierra.

Señor mío Jesucristo, levantado de la tierra y exaltado en la cruz por mí; aleja de mí las afecciones terrenas; y eleva mi espíritu a la meditación de las cosas celestiales. Amén.

A la elevación del cáliz.- La sangre de Jesucristo mana de sus Llagas.

Señor mío Jesucristo, de tus saludables llagas fluyó la fuente de tus gracias; haz que esa preciosa sangre me fortalezca contra los malos deseos y me sirva de saludable remedio para todos mis pecados. Amén.

Al nobis quoque peccatoribus.- La conversión del ladrón.

Señor mío Jesucristo, tu que has prometido la gloria del Paraíso al ladrón, arrepentido de sus pecados; mírame con ojos de misericordia, a fin de que en la hora de mi muerte, digas a mi alma; hoy estarás conmigo en el Paraíso. Amén.

Al Padre nuestro.- Las siete palabras de Jesús en la Cruz.

Señor mío Jesucristo, pendiente de la Cruz, recomendaste a tu Madre al discípulo amado, y el discípulo a tu Madre; recíbeme bajo tu protección, a fin de que permaneciendo exento de los peligros de esta vida, sea del número de tus amigos. Amén.

A la división de la Hostia.- Jesús muere en la Cruz.

Señor mío Jesucristo, muriendo en la Cruz por mi salvación, encomendaste tu alma al eterno Padre; haz que muera yo espiritualmente, a fin de que en la hora de mi muerte entregue mi alma en tus manos. Amén.

A la Comunión.- Sepultura de Jesús.

Señor mío Jesucristo, sepultado en un sepulcro nuevo; concédeme un corazón nuevo, a fin de que sepultado contigo, llegue a la gloria de tu resurrección. Amén.

Después de la Comunión.- Resurrección de Jesús.

Señor mío Jesucristo, ya que has salido triunfante y victorioso del sepulcro; concédeme la gracia de que resucitando yo del sepulcro de mis vicios, emprenda el camino de una vida nueva, a fin de que, cuando aparezca en tu gloria, te haga compañía. Amén.

A las últimas oraciones.- Jesús conversa cuarenta días con sus discípulos.

Señor mío Jesucristo, después de tu resurrección, te dignaste conversar por espacio de cuarenta días con tus discípulos, enseñándoles los misterios de la fe; resucita en mí, y confírmame en la fe de tus divinas verdades. Amén.

A la bendición.- Venida del Espíritu Santo.

Señor mío Jesucristo, así como has concedido el Espíritu Santo a tus discípulos, que perseveraban unánimes en la oración; te suplico purifiques mi corazón, a fin de que el Paráclito, hallando en mi alma una morada agradable, la embellezca con sus dones, con sus gracias y con sus consuelos. Amén.

ORACIONES PARA LA SANTA COMUNIÓN

Preparación

Acto de fe y de adoración.

Señor mío Jesucristo, creo con toda mi alma que estás realmente presente en el Santísimo Sacramento del altar en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Te adoro en él y te reconozco por mi Creador, Señor, Redentor y por mi sumo y único bien.

Acto de esperanza.

Señor mío Jesucristo, espero que viniendo a mí a este divino Sacramento, tendrás misericordia y me concederás todas las gracias necesarias para mi entera salvación.

Acto de amor.

Señor mío Jesucristo, te amo con todo mi corazón sobre todas las cosas, porque eres mi Padre, mi Redentor, mi Dios infinitamente amable; y por amor tuyo amo a mi prójimo como a mí mismo, y perdono de corazón a todos los que me han ofendido.

Acto de contrición.

Señor mío Jesucristo, detesto todos mis pecados, porque son ofensa tuya y me hacen indigno de recibarte en mi corazón; y propongo, ayudado de tu gracia, nunca más cometerlos en lo sucesivo, huir las ocasiones y hacer penitencia.

Acto de deseo.

Señor mío Jesucristo, deseo ardientemente vengas a mi alma, a fin de que la santifiques y la hagas toda tuya por amor, de modo que jamás se aparte de ti, sino que viva siempre en tu gracia.

Acto de humildad.

Señor mío Jesucristo, yo no soy digno de que entres en mi casa; más di una sola palabra, y mi alma será sana y salva.

ORACIONES PARA DESPUÉS DE LA SANTA COMUNIÓN ACCIÓN DE GRACIAS

Acto de fe y de adoración.

Señor mío Jesucristo, creo que verdaderamente estás dentro de mí con tu Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, y humillado en mi nulidad, te adoro profundamente como a mi Dios y Señor.

Acto de esperanza.

Señor mío Jesucristo, ya que has venido a mi alma, haz que yo no te arroje nunca de mí con el pecado; permanece siempre en mí con tu gracia; así lo espero por tu bondad y misericordia infinitas.

Acto de amor.

Señor mío Jesucristo, te amo todo cuanto sé y puedo, y deseo amarte cada día, cada momento más y más; haz que te ame sobre todas las cosas ahora y siempre por los siglos de los siglos.

Acto de ofrecimiento.

Señor mío Jesucristo, ya que te has dado todo a mí, yo me entrego todo a ti; te ofrezco mi corazón y mi alma, te consagro toda mi vida, y quiero ser tuy@ por toda la eternidad.

Acto de petición.

Señor mío Jesucristo, concédeme todas las gracias espirituales y temporales que conozcas ser útiles a mi alma; socorre a mis parientes, bienhechores, amigos, superiores, y libra a las almas del purgatorio.

A JESÚS CRUCIFICADO

SANTO VIACRUCIS

Por la señal de la Santa Cruz †. . .

Ofrecimiento

Clemente Jesús, bueno y misericordioso. Míranos aquí postrados a tus pies, contritos y arrepentidos por haber ofendido tu bondad. Oh Jesús; compunge

nuestro corazón y haz que pensemos en tus penas y danos lágrimas de sincera contrición. Resueltos a cambiar de vida, te ofrecemos este Viacrucis, en unión del que Tú hiciste por nosotros. Te rogamos por las necesidades de nuestra familia y por las intenciones del Papa y de la Iglesia; te rogamos por las almas del purgatorio. † Amén.

(Al principio de cada estación se dice):

V/ Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/ Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

V/ Señor, pequé; ten misericordia de mí.

R/Graba en mi alma, oh María, las llagas de tu Hijo amado, por mi amor crucificado.

Primera estación

En esta primera estación contemplamos a Jesús, condenado a muerte. (Leer Mat 27, 1-30). Padre nuestro.

Segunda estación

En esta segunda estación, contemplamos a Jesús, cargado con el pesado madero de la Cruz. (Jn. 19, 16-17). Padre nuestro. . .

Tercera estación

En esta tercera estación, contemplamos a Jesús, que cae por primera vez bajo la cruz. (II Cor 12, 7-10).
Padre nuestro. . .

Cuarta estación

En esta cuarta estación, contemplamos a Jesucristo que se encuentra con su Santa Madre. (Lc 1, 33-35).
Dios te salve, María.

Quinta estación

En esta quinta estación, contemplamos a Jesucristo, ayudado por el Cirineo a llevar la Cruz. (Lc 23, 26).
Padre nuestro. . .

Sexta estación

En esta sexta estación contemplamos a Jesucristo que es enjugado su rostro por la Verónica. (I Cor 15, 53-58). Dios te salve, María. . .

Séptima estación

En esta séptima estación contemplamos a Jesucristo, que cae segunda vez bajo la cruz. (Ecles. 2, 2-6).
Padre nuestro. . .

Octava estación

En esta octava estación contemplamos a Jesucristo, que consuela a las mujeres de Jerusalén. (Lc 23, 27-31). Dios te salve, María. . .

Novena estación

En esta novena estación contemplamos a Jesucristo que cae tercera vez bajo el peso de la Cruz. (Prov 24, 16-17). Padre nuestro. . .

Décima estación

En esta décima estación contemplamos a Jesucristo, despojado de sus vestidos y amargado con hiel y vinagre. (Jn 19, 23-24). Padre nuestro. . .

Undécima estación

En esta undécima estación contemplamos a Jesucristo, clavado en la Cruz. (Mc 15, 23-32). Padre nuestro. . .

Duodécima estación

En esta duodécima estación contemplamos a Jesucristo, que muere en la Cruz, a la vista de su santa Madre. (Jn. 19, 25-30). Dios te salve, María. . .

Décima tercera estación

En esta décima estación contemplamos a Jesucristo que es bajado de la Cruz y colocado en los brazos de su Madre María. (Mt 27, 57-59). Dios te salve, María. .

Décima cuarta estación

En esta décima cuarta estación contemplamos a Jesucristo, que es colocado en el santo sepulcro. (Jn 19, 38-42). Dios te salve, María. . .

Décima quinta estación

En esta décima quinta estación contemplamos a Jesucristo, el Señor, que resucita de entre los muertos, para contemplar el Misterio Pascual de nuestra Redención. (Mt 28, 5-10). Padre nuestro. . .

Oración final

Te rogamos, Padre Dios; que te dignes volver tus ojos a estos hijos tuyos, por los cuales nuestro Señor Jesús se entregó a la muerte y resucitó.

Señor nuestro Jesucristo; te pedimos que interceda por nosotros ante tu clemencia, la siempre Virgen María, tu Madre y madre nuestra, que estuvo junto a la Cruz y te acompañó en tu resurrección. † Amén.

CORONA DE LAS CINCO LLAGAS

Por la señal, etc.

(Al principio de cada llaga, se dice):

V/ Madre llena de aflicción.

R/ De Jesucristo las llagas, graba en mi corazón.

(Y después de cada oración, se rezan cinco Gloria al Padre. . .)

Primera llaga (la del pie izquierdo)

Jesús Crucificado; adoro devotamente la llaga dolorosa de tu pie izquierdo. Por el dolor que sentiste y por la sangre que derramaste, concédeme la gracia de huir de las ocasiones de pecar; y de no caminar por las vías de la iniquidad que conducen a la condenación. † Amén.

Segunda llaga (la del pie derecho)

Jesús Crucificado; adoro devotamente la llaga dolorosa de tu pie derecho. Por el dolor que sentiste y por la sangre que derramaste, concédeme la gracia de seguir constantemente la senda de todas las virtudes cristianas hasta mi entrada en tu Reino. † Amén.

Tercera llaga (la de la mano izquierda)

Jesús Crucificado; adoro devotamente la llaga dolorosa de tu mano izquierda. Por el dolor que sentiste y por la sangre que derramaste, te pido que no permitas que me encuentre en medio de los condenados en el día del juicio. † Amén.

Cuarta llaga (la de la mano derecha)

Jesús Crucificado; adoro devotamente la llaga dolorosa de tu mano derecha. Por el dolor que sentiste y por la sangre que derramaste, te pido que bendigas mi alma y me lleves a mí y a los míos a tu Reino. † Amén.

Quinta llaga (la del sagrado costado)

Jesús Crucificado; adoro devotamente la llaga de tu sagrado costado. Por la sangre que derramaste, enciende en mi corazón el fuego de tu amor y concédeme la gracia de perseverar amándote por toda la eternidad. † Amén.

Oración a nuestra Señora de los Dolores

Oh Madre afligida; oh Corazón virginal desgarrado por las llagas de tu Hijo Jesús; dignate recibir este recuerdo de sus sufrimientos en unión de los que tú

has padecido. Ofrece este homenaje a Jesús y recibe mis súplicas.

Dios te salve, Reina y Madre. . .

GRADOS DE LA PASIÓN DE JESÚS

I

Oh dulce Jesús; que todo angustiado en el huerto oraste al Padre, y puesto de rodillas en agonía sudaste sangre;

V/ Ten piedad de nosotros

R/ Señor, ten piedad de nosotros

II

†Oh Dulce Jesús; que con el beso del traidor Judas fuiste entregado en manos de los impíos; preso y atado, como un ladrón y abandonado de tus discípulos;

V/ Ten piedad de nosotros.

R/ Señor, ten piedad de nosotros.

III

† Oh dulce Jesús; que fuiste proclamado reo de muerte por el injusto tribunal de los judíos; llevado a Pilatos como un malhechor, despreciado y escarnecido por el inicuo Herodes;

V/Ten piedad de nosotros,
R/ Señor, ten piedad de nosotros.

IV

† Oh dulce Jesús; que fuiste despojado de tus vestidos, atado a la columna y cruelmente azotado;

V/Ten piedad de nosotros,
R/Señor, ten piedad de nosotros.

V

† Oh dulce Jesús; que fuiste coronado de espinas, abofeteado, golpeado con una caña, velado el rostro, vestido de púrpura por burla, escarnecido en muchas maneras y saturado de oprobios;

V/Ten piedad de nosotros,
R/Señor, ten piedad de nosotros.

VI

† Oh dulce Jesús; que fuiste pospuesto al ladrón y asesino Barrabás, reprobado por los judíos y condenado a muerte de Cruz;

V/Ten piedad de nosotros,
R/Señor, ten piedad de nosotros.

VII

† Oh dulce Jesús; que cargado con el leño de la Cruz fuiste conducido al lugar del suplicio como un cordero a la muerte;

V/Ten piedad de nosotros,
R/Señor, ten piedad de nosotros.

VIII

† Oh dulce Jesús; que fuiste contado entre los ladrones, blasfemado y burlado; amargado con hiel y vinagre y desde la hora sexta hasta mediodía atormentado con horribles sufrimientos en la Cruz.

V/Ten piedad de nosotros,
R/Señor, ten piedad de nosotros.

IX

† Oh dulce Jesús; que muerto en la cruz y herido con la lanza del soldado en presencia de tu santa Madre vertiste sangre y agua;

V/Ten piedad de nosotros,
R/Señor, ten piedad de nosotros.

X

† Oh dulce Jesús; que bajado de la Cruz fuiste bañado con las lágrimas de tu afligida Madre;

V/Ten piedad de V/Ten piedad de nosotros,
R/Señor, ten piedad de nosotros.

XI

† Oh dulce Jesús; que cubierto de heridas y con tu cinco llagas fuiste ungido con aromas y puesto en el sepulcro;

V/Ten piedad de nosotros,
R/Señor, ten piedad de nosotros.

RELOJ DE LA PASIÓN DE JESÚS

Es conveniente acostumbrarse a unir el sufrimiento de sus deberes a las horas de la Pasión de Jesucristo, para cumplirlos. Para cumplirlos con mayor responsabilidad, por amor al Señor.

7 p.m.- Jesús lava los pies a sus discípulos.

8 p.m.- Jesús instituye la sagrada Eucaristía.

9 p.m.- Jesús se despide de los apóstoles y se dirige al huerto.

10 p.m.- Jesús hace oración en el huerto de los olivos.

11 p.m.- Jesús cae en agonía de muerte y suda sangre.

12 (medianoche).- Jesús recibe el beso de Judas y es aprensado.

1 a.m.- Jesús es llevado ante Anás y recibe una bofetada.

2 a.m.- Jesús es condenado a muerte en el tribunal de Caifás.

3 a.m.- Jesús es negado por Pedro que luego se convierte.

4 a.m.- Jesús es colocado en la prisión, escupido e injuriado.

5 a.m.- en la prisión, los soldados vendan los ojos y golpean a Jesús.

6 a.m.- Jesús es acusado ante Pilatos como reo de delitos.

7 a.m.- Jesús es llevado ante Herodes, quien lo trata de loco.

8 a.m.- Jesús es pospuesto al asesino Barrabás.

9 a.m.- Jesús es azotado y coronado de espinas.

10 a.m. Pilatos presenta a Jesús ante el pueblo: He aquí al Hombre. Y lo condena a muerte.

11 a.m. Jesús carga su Cruz hacia el Calvario.

12 (mediodía).- Jesús es crucificado.

1 p.m.- Jesús perdona a sus enemigos; promete el paraíso al buen ladrón; y nos deja a María como Madre nuestra.

2 p.m.- Jesús dice: “Tengo sed”. Y a su Padre: “Dios mío; ¿por qué me has abandonado? Y también: “todo está cumplido”.

3 p.m.- Jesús exclama: “Padre, en tus manos entrego mi espíritu”. Y muere.

4 p.m.- Un soldado abre con la lanza el costado de Jesús.

5 p.m.- Jesús es bajado de la Cruz y puesto en brazos de su Madre.

6 p.m.- Jesús es sepultado. La Virgen María queda sola.

EL ESCAPULARIO NEGRO DE LA PASIÓN

Breve noticia

El escapulario de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo está formado de lana negra, y tiene en la parte principal anterior, la enseña de la Pasión. Este enseña o emblema presenta la figura de un corazón, con una cruz encima, y en medio del corazón las palabras: JESU XPI PASSIO: PASIÓN DE JESUCRISTO, con tres clavos debajo; todo de color blanco sobre fondo negro. Este escapulario representa en miniatura el sagrado hábito que San Pablo de la Cruz, Fundador de los Pasionistas, recibió del cielo cuando abrigaba el designio de fundar una nueva Congregación dedicada de un modo especial al culto y devoción de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo. Está enriquecido con muchas indulgencias parciales y plenarias y para recibirlo. Basta pedírselo a un sacerdote Pasionista o a cualquier otro sacerdote facultado por el Rmo. P. General de los Pasionistas. Los sacerdotes que deseen obtener la facultad de imponerlo, pueden dirigirse a dicho P. General. -SS. Gio. E Paolo, Roma 47.

PROMESAS DE JESUCRISTO A LOS QUE MEDITEN SU PASIÓN

1. Alcanzarán el entero perdón de sus pecados.

2. Conseguirán el valor necesario para resistir a todas las tentaciones diabólicas.
 3. Recibirán las fuerzas necesarias para ejercitarse en toda clase de buenas obras.
 4. Aumentarán considerablemente en sí mismos los grados de la divina gracia.
 5. Dios estará siempre con ellos y no los abandonará jamás.
 6. Serán iluminados acerca de los divinos misterios.
 7. Llegarán a perfeccionarse en esta vida y lograrán la gloria eterna en la otra.
 8. Obtendrán de Dios cualquiera gracia que razonablemente pidieran.
 9. Gozarán de entera paz y seguridad de salvarse en la hora de la muerte.
 10. Serán asistidos en su último trance por el mismo Jesucristo, que los defenderá de todos sus enemigos visibles e invisibles.
- (P. Juan Taulero, trat. XII, De La Pasión, cap. 12).

LA ARCHICOFRADÍA DE LA PASIÓN

Breve noticia

La Cofradía de la Pasión tiene por autor a san Pablo de la Cruz. No contento este enamorado de Jesús Crucificado de haber instituido la Congregación de los Pasionistas y de las Pasionistas, quiso también establecer en medio del mundo, Pías Uniones de personas de ambos sexos que se dedicaran a prestar a la Pasión de Jesús un culto de reconocimiento y de amor, merced a la observancia de ciertas reglas, compuestas por él mismo a tal efecto. Estas Uniones tomaron el nombre de Cofradías de la Pasión, y tuvieron la aprobación e institución canónica de los Ordinarios, estableciéndose en muchos lugares.

En 1861 Pío IX, con el Breve *Curavit Nobis* dio un nuevo impulso a estas Cofradías, y concedió al General de los Pasionistas el privilegio de poder erigirlas él mismo y de comunicarles todas las indulgencias y gracias espirituales que habían sido concedidas a su Congregación. La sede primaria de la Cofradía reside en Roma, en el Santuario de Escala Santa, en donde lleva el título de Archicofradía *ad honorem*, concedido por Benedicto XV. Fecha 29 de febrero de 1917. Los alistados en la Archicofradía gozan de la participación de todos los bienes espirituales de la Congregación de los Pasionistas, a la cual están afiliados. Los sacerdotes alistados tienen la facultad de bendecir los Escapularios de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y la Corona de las Cinco Llagas. Los deberes de los Cofrades son: meditar todos los días un punto de la Pasión; hacer los viernes alguna mortificación, o bien algún obsequio especial en memoria de las penas del Redentor; llevar el Escapulario de la Pasión; acercarse a los Santos Sacramentos al menos una vez al mes.

Para obtener la erección de una Cofradía de la Pasión, es necesario que el rector de la Iglesia, donde se quiere erigir, haga la petición al P. General de los Pasionistas y le envíe el *consentimiento escrito* del Obispado Diocesano, con la indicación del *título sagrado* de la Iglesia, del *lugar* y de la *Diócesis*. Sin el consentimiento escrito del Obispo, la erección es *inválida*.

CONSAGRACIÓN A JESÚS CRUCIFICADO

Amable Jesús Crucificado. Estamos aquí postrados a tus pies llenos de gratitud. Tuyo somos, porque todas las cosas han sido hechas por Ti; pero más tuyos, porque nos has redimido con el precio de tu sangre. Es justo que nosotros te entreguemos cuanto somos y tenemos.

Te consagramos nuestras personas; nuestra alma con sus potencias; nuestro cuerpo con sus sentidos. Te consagramos la vida entera, porque que no hagamos nuestra voluntad sino la tuya. † Amén.

ENTRONIZACIÓN DEL CRUCIFIJO EN EL HOGAR

(Es muy conveniente que la Imagen del Santo Crucifijo presida el hogar cristiano. Que un Crucifijo devoto y grande, bendecido por un sacerdote, sea entronizado en la familia. Sería buena preparación, la Confesión y Comunión de toda la familia. Ante la imagen se reza).

CONSAGRACIÓN DE LA FAMILIA A JESÚS CRUCIFICADO

Divino Jesús Crucificado. En cumplimiento de tus deseos de reinar desde la Cruz, venimos a consagrarte nuestra familia. Sabemos que los enemigos de tu obra redentora, se esfuerzan hoy por destruir a la familia cristiana. Por eso, acudimos a ti, fuente de todas las gracias y modelo del amor a Dios y a los hombres.

Jesús Crucificado: Tú has formado nuestra familia por medio de los Sacramentos. Nosotros te ofrecemos y consagramos nuestra familia y te declaramos nuestro Rey, Pastor y Maestro, como discípulos tuyos. Bendice y protege a todos, presentes y ausentes, vivos y difuntos.

Te consagramos nuestros proyectos y trabajos, nuestras alegrías y nuestras penas; nuestros éxitos y fracasos; nuestros asuntos materiales y espirituales. Prometemos cada día rezarte, darte gracias y ofrecerte nuestra vida. Te prometemos confesarnos con frecuencia y vivir como verdaderos católicos.

Jesús Crucificado; enséñanos a meditar tus sufrimientos y a llevar con amor la cruz de cada día, a practicar las virtudes cristianas, sobre todo la caridad. Hacemos esta Consagración por medio de la

Virgen María Dolorosa, que nos dejaste como Madre nuestra, junto a la Cruz. Amén.

Ofrecimiento de la Preciosa Sangre

(Fiesta 1º de julio)

Eterno Padre; te ofrecemos la preciosa Sangre de Jesucristo, en satisfacción de nuestros pecados, en satisfacción de los pecados de la Iglesia y de toda la humanidad; te ofrecemos la Sangre de Cristo, en sufragio de las almas del purgatorio; y por las necesidades de todo el mundo. † Amén.

EL LIBRO DEL ALMA PIADOSA

Un crucifijo

¡Oh alma, he aquí tu libro, el Crucifijo!

Dentro está escrito con caracteres de amor, fuera con caracteres de dolor. Ábrelo y medítalo día y noche. Verás en él suma pobreza, suma desprecio, suma dolor, suma humildad, suma paciencia, suma caridad.

¡Oh alma, medita en la Pasión, la obra del poder, de la sabiduría, de la bondad de Dios! Pregúntate a ti misma; ¿Quién padece? ¿Qué padece? ¿Por quién padece? ¿Por qué padece?... Y escucha la respuesta: Es el Hijo de Dios, el que padece los estragos y la muerte de Cruz, por tu bien, y a causa de tus pecados.

- - - - -

ÍNDICE GENERAL

	Pág.
Método para meditar la Pasión de N. S. Jesucristo	2
Ejemplo práctico de meditación.....	5
Oración para antes y después de la lectura	11
La Pasión en las Profecías.....	12
Conducta de los enemigos.....	15
La última Cena.....	19
Discursos inefables.....	32
Getsemaní.....	42
Ante los Tribunales.....	65
Flagelación.....	77
Coronación de espinas.....	80
Condenación a muerte - viaje al Calvario.	85
Crucifixión.....	94
Agonía y muerte.....	103
Sepultura.....	110
Resucitará y triunfará	119
Oraciones para la mañana y tarde.....	122
Método para oír la Santa Misa.....	126
Oraciones para la Santa Comunión.....	130
Ejercicio de Via Crucis.....	132
Coronilla de las Cinco Llagas.....	137
Grados de la Pasión.....	139
Reloj de la Pasión.....	143
El escapulario negro de la Pasión.....	146
Promesas de Jesucristo a los que meditan su Pasión .	146
Archicofradía de la Pasión.....	147
El libro del alma piadosa.....	151

ÍNDICE PARTICULAR

	Pág.
Método para meditar la Pasión	2
Ejemplo práctico de meditación.....	5
La Pasión de Jesucristo en las profecías..	12
Predicciones de Jesús.....	12
Circunstancias de la Pasión.....	13
Deseo de padecer.....	14
Conducta de los enemigos.....	15
Un mal consejo.....	16
Astucia de Judas.....	17
Contrato infame.....	18
El adiós a la Madre.....	19
De Betania a Jerusalén.....	20
Cena legal.....	20
Lavatorio de los pies.....	21
Ejemplo digno de imitación.....	22
Deseo ardiente.....	23
El traidor desenmascarado.....	23
La gran promesa.....	24
Mi carne es comida.....	25
Mi sangre es bebida.....	26
Haced esto en memoria mía.....	26
El discípulo amado.....	27
Lecciones de humildad.....	28
Marcha de Judas.....	29
Alivio general.....	30
Jesús predice el abandono de los Discípulos.	30
Es necesario prepararse.....	31
No se turbe vuestro corazón.....	32
No os dejaré huérfanos.....	33

Os doy mi paz.....	34
Acción de gracias.....	34
Yo soy la verdadera vid.....	35
Este es mi mandamiento.....	36
El mundo os odia.....	36
Las persecuciones.....	37
Me voy al Padre.....	38
Yo he vencido al mundo.....	39
Padre glorifica a tu hijo.....	39
Padre, guarda a mis discípulos.....	40
Padre, que todos sean una misma cosa....	41
Getsemaní, pasa el torrente Cedrón.....	42
Entra en el huerto.....	42
Mi alma está triste.....	43
La gruta de la oración.....	44
El cáliz de las iniquidades humanas.....	45
Los discípulos dormidos.....	46
El cáliz de su Pasión y muerte.....	46
Segunda visita a los tres Apóstoles.....	47
El cáliz de la ingratitud.....	48
Agonía y sudor de sangre.....	49
Judas y los esbirros.....	50
Dios te guarde, Maestro.....	50
La turba cae en tierra.....	51
Los Apóstoles intentan la defensa.....	52
Esta es vuestra hora.....	53
Delante de los tribunales. Como cordero...	53
Cae en el torrente.....	54
El Pontífice Anás.....	55
Preguntas y respuestas.....	56
La bofetada.....	56
Primera negación de Pedro.....	57
Segunda negación.....	58
Delante de Caifás.....	59
Falsas acusaciones.....	59

Es reo de muerte.....	60
Insanos furios.....	61
Tercera negación.....	61
Arrepentimiento de Pedro.....	62
Burlas y heridas.....	63
En prisiones.....	64
Del Palacio de Caifás al tribunal.....	64
Yo soy el Hijo de Dios.....	65
Judas sigue a Jesús.....	66
Desesperación de Judas.....	67
Judas muere ahorcado.....	67
El campo del alfarero.....	68
Ante Pilatos.....	69
Yo soy Rey.....	70
No hallo causa de muerte.....	70
Es enviado a Herodes.....	71
En las calles de Jerusalén.....	71
Silencio misterioso.....	72
Burlado como loco.....	73
Vuelve a Pilatos.....	74
Queréis a Jesús o a Barrabás.....	74
El enviado de Procla.....	75
Suéltanos a Barrabás.....	76
Pilatos se lava las manos.....	76
Flagelación, diferentes modos de flagelar.	77
Con qué instrumento se azotó a Jesús.	78
Como fue ejecutada la flagelación...	78
Bañado en sangre.....	79
Coronación de espinas.....	80
Dolores, sangre y oprobios.....	80
Aparatosa irrisión.....	81
La galería del Palacio.....	82
Ecce homo.....	82
Crucifícale, crucifícale.....	83
No tuvieras poder alguno.....	84

He aquí a vuestro Rey.....	85
Condenación a muerte.....	85
El título.....	86
La cruz.....	87
El fúnebre cortejo.....	87
Primera caída.....	88
La casa de la Madre.....	89
El encuentro con la Madre.....	90
El cirineo.....	91
La piadosa Verónica.....	91
En la puerta judicial.....	91
Segunda caída.....	92
Las piadosas mujeres.....	93
Tercera caída.....	94
Crucifixión.....	94
Las mujeres en el Calvario.....	95
El sorbo de hiel.....	96
Despojado de sus vestidos.....	97
El suplicio de la cruz.....	97
¡Ibi crucifixerunt eum!	98
Es levantada la cruz.....	99
Apodos crueles.....	100
Quod scripsi, scripsi.....	101
División de los vestidos.....	102
Agonía y muerte - primera palabra - Padre perdónalos	103
Segunda palabra: Hoy estarás conmigo...	103
La Reina de los Mártires.....	105
Tercera palabra: He ahí a tu hijo.....	106
Cuarta palabra: Dios mío.....	106
Quinta palabra: Sitio.....	107
Sexta palabra: Todo está cumplido...	108
Séptima palabra: Padre, en tus manos.	109
Muerte de Jesús.....	110
Sepultura. Gime el universo.....	110

La lanzada.....	111
José de Arimatea.....	112
José y Nicodemus en el Calvario...	113
El descendimiento.....	113
El abrazo de la Madre.....	114
La piedra de la unción.....	115
El sepulcro nuevo.....	116
Sepultura de Jesús.....	117
Guardias y sello oficial.....	117
Almas dirigidas.....	118
Vayamos también nosotros.....	119
Conclusión. Resucitará y triunfará.	119
Oraciones del buen cristiano.....	122
Método para oír la santa misa....	126
Oraciones para antes y después de la santa comunión.....	130
Ejercicio del Vía crucis.....	132
Coronilla de las cinco llagas.....	137
Grados de la Pasión.....	139
Reloj de la Pasión.....	143
Escapulario de la Pasión.....	146
Promesas de J.C. a los que meditan su Pasión.....	146
Archicofradía de la Pasión.....	147
Consagración a Jesucristo.....	149
Entronización del Crucifijo en el hogar.	149
Consagración d e la familia a Jesús crucificado.....	150
Ofrecimiento de la Preciosa Sangre.	151
El libro del alma piadosa.....	151
Índice	153

MADRE DE LA SANTA ESPERANZA



RUEGA POR NOSOTROS